

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«La Eucaristía, *don por excelencia*, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación.»

Carta encíclica
Ecclesia de Eucharistia

Los verdaderos
amigos
del Corazón
de Jesús (IV)

Padre Pío de
Pietrelcina:
santificarse
para santificar

Actualidad política:
la «religión»
americana



«Confío en que esta carta encíclica contribuya eficazmente a disipar las sombras de doctrinas y prácticas no aceptables.»

Sumario

La encíclica eucarística de Juan Pablo II <i>J.M.^aP.S.</i>	3
Carta encíclica <i>Ecclesia de Eucharistia</i> del sumo pontífice Juan Pablo II (<i>fragmentos</i>)	5
A los cuarenta años de la encíclica <i>Pacem in terris</i> (I) <i>José M^a Petit Sullá</i>	14
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (IV). La madre De Saumaise, « <i>procuradora</i> » de santa Margarita María, una de las doce estrellas que Jesús ha puesto en torno a su Corazón (I) <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	16
Padre Pío de Pietrelcina: santificarse para santificar. <i>fray Valentí Serra de Manresa, ofm cap.</i>	20
Schola Cordis Iesu, Sección del Apostolado de la Oración	25
Mis recuerdos del padre Orlandis. Pensando hoy en su teología de la historia <i>Francisco Canals Vidal</i>	28
Pequeñas lecciones de historia. El galicanismo: Trento y el reino de Francia (II). <i>Gerardo Manresa</i>	30
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	31
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	33
Orientaciones bibliográficas <i>Evan Mclan</i>	39
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	40
De otras fuentes. Tierra Santa se queda sin cristianos. <i>Artemio Vítóres, ofm</i>	42
Hace cincuenta años. La Iglesia, fundamento de Europa. <i>J. M.^a P. S.</i>	46

Edita:
Fundación Ramon Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^o
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@eic.ictnet.es

Imprime: Fundación Ramón Orlandis - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

EMPAPADA de contenido doctrinal dogmático –y con especial atención a la casi olvidada terminología del Concilio de Trento– hay en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* doctrina en el sentido más específico de la palabra cuando se recuerda el modo concreto de hacer presente en nuestras vidas la realidad del sacramento de la Eucaristía. Se olvida, dice el Pontífice, el sentido de *sacrificio* que tiene esencialmente la Eucaristía, esto es la Misa, actualización de nuestra Redención, mientras por otra parte se abandonan las prácticas de *adoración* al Santísimo Sacramento fuera de ella, que nutren la vida del cristiano y hacen eficaz su apostolado. Al lado de estos dos olvidos se llega en determinados ambientes a una praxis en que se pierde del todo el sentido de la potestad sacerdotal ministerial. En definitiva, es urgente leer la encíclica, tanto más cuanto es bien perceptible que ha sido sometida a la consabida ley del silencio.

Es de señalar que en múltiples ambientes se ha querido celebrar el cuarenta aniversario de la encíclica *Pacem in terris* del beato Juan XXIII, al que siguen llamando «bueno», que no «beato». El intento de tal conmemoración es alinear al papa del Concilio Vaticano II con las modernas filosofías nacidas de la Ilustración y plasmadas en las actuales democracias. El método es el de siempre, no citar para nada la encíclica. Pero lo cierto es que Juan XXIII afirmó que para conseguir la paz era condición indispensable, «guardar íntegramente el orden establecido por Dios», según reza el comienzo mismo de la célebre encíclica. Poco tiene que ver el «guardar íntegramente el orden» con la perenne subversión de todos los valores y la exaltación de las formas anárquicas que caracterizan la ética secularizada y la política «de hechos». Menos tiene que ver el *reconocimiento* del orden «establecido por Dios» con la *invención* de las leyes que «el pueblo se da a sí mismo» –según reza el dogma democrático– al capricho de sus concupiscencias, en una sociedad de la que han expulsado a Dios.

Queremos llamar la atención sobre un nuevo capítulo de la serie «Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús», que nos invita a conocer la obra de la Providencia que, queriendo extender en el mundo esta inmensa devoción, se abre camino en medio de cualquier adversidad y emplea instrumentos humanos tanto más sencillos cuanto mayores han de ser los bienes espirituales que ellos han de transmitir. Una llamada, pues, a la esperanza sobrenatural. Del Corazón de Jesús brota la Eucaristía, de modo que no hay mejor estímulo para la adoración eucarística que esta devoción que, por razones intrínsecas, tiene su principal fiesta en la octava del *Corpus* y su frecuente práctica en la hora santa y la comunión de los primeros viernes de mes.

Y la actualizada consideración de la teología de la historia del padre Orlandis viene muy a propósito para juzgar los acontecimientos políticos que nuestra revista afronta con criterios bien distintos de los que habitualmente nos presentan los medios de comunicación. Esta teología dirige e inspira nuestra manera de ver el mundo actual y hace que nuestra esperanza no se secularice adoptando formas de mesianismo anticristiano –democrático o totalitario– ni se conforme a los criterios de este mundo que pasa pero sobre el que Cristo habrá de triunfar finalmente.

La encíclica eucarística de Juan Pablo II

El pasado 17 de abril, solemnidad del Jueves Santo, Su Santidad Juan Pablo II publicó su decimocuarta encíclica, titulada *Ecclesia de Eucharistia*, sobre el misterio de la Eucaristía. Coincidiendo con sus veinticinco años de pontificado el Papa ha querido que la Carta que habitualmente dirige en tal fiesta a todos los sacerdotes se convierta esta vez en una Carta encíclica. Se une así a las anteriores encíclicas papales, la *Mirae caritatis*, de León XIII, la *Mediator Dei*, de Pío XII, y la *Mysterium fidei*, de Pablo VI. Esta encíclica completa lo que el propio Juan Pablo II había tratado en su carta apostólica *Dominicae Cenae*, de 1980.

Tres son los motivos de alarma –los que el Papa llama «sombras»– que le llevan a publicar esta encíclica. Primero, «un abandono casi total del culto de adoración eucarística». Segundo, el misterio eucarístico, «privado de su valor sacrificial, se vive como si no tuviera otro significado y valor que el de un encuentro convivial fraterno». Tercero, «queda a veces oscurecida la necesidad del sacerdocio ministerial». De esto último se siguen prácticas inaceptables que no pueden considerarse eucarísticas por faltar el sacerdote válidamente ordenado. «Confío –afirma el papa– en que esta carta encíclica contribuya eficazmente a disipar las sombras de doctrinas y prácticas no aceptables». Doctrinalmente, el capítulo primero puede considerarse el más fundamental. En él se recuerda y se documenta dogmáticamente que la Eucaristía es, ante todo, «el sacrificio de la cruz que se perpetúa por los siglos». Añade el papa que «este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes». En efecto, la Eucaristía del Jueves Santo precede al sacrificio cruento de la cruz del Viernes Santo. Sin el primero no podríamos actualizar y vivir del segundo. El sentido de la Misa se pierde totalmente si se olvida que es esta perenne actualización de nuestra redención.

No olvida el papa al final de este capítulo poner la Eucaristía en la dimensión escatológica que la caracteriza. En efecto, dice: «anunciar la muerte del Señor “hasta que venga” comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida... Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana. “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap. 22,20)».

Destaca, en el capítulo segundo, el culto que

se da a la Eucaristía fuera de la Misa. Pide el Papa a los obispos que «animen, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento». Necesitamos, dice «estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento». La comunidad cristiana que quiera ser eficaz ha de ser capaz de esta contemplación desarrollando este culto eucarístico fuera de la Misa.

El capítulo tercero está dedicado a recordar el carácter apostólico y por ello sacerdotal de la celebración. La «Misa dominical» no puede equipararse o sustituirse por cualesquiera actos litúrgicos «de la Palabra». En particular, donde falta el sacerdocio que está en continuidad con la tradición apostólica, no son válidas las celebraciones y los fieles «deben abstenerse de participar en la comunión distribuida en sus celebraciones» porque se falta con ello al «deber de dar un testimonio claro de la verdad». Se crea confusión y no se hace un bien espiritual a los mismos hermanos separados.

El capítulo cuarto recuerda la necesidad de estar en plena comunión con la Iglesia para participar de la Eucaristía. No sólo doctrinalmente sino también la comunión de la gracia santificante. Citando al Catecismo de la Iglesia católica escribe el papa: «Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar». Recuerda también, citando el Código de Derecho Canónico, que «no permite la admisión a la comunión eucarística a los que obstinadamente persistan en un manifiesto pecado grave». De modo general la celebración de la Eucaristía «exige inderogablemente la completa comunión en los vínculos de la profesión de fe, de los sacramentos y del gobierno eclesiástico». La celebración eucarística ha de ser la culminación del proceso de unión con los separados, pero no el punto de partida. Recuerda el papa, citando diversos documentos eclesiales, algo que ya se tenía casi olvidado: «El camino hacia la plena unidad no puede hacerse si no es en la verdad». Distinto es el caso de las Iglesias orientales, cuya comunión no es plena, pero, por tener verdadero episcopado, en casos de necesidad, pueden mutuamente participar de sus celebraciones.

El capítulo quinto está dedicado al decoro que ha de rodear a la Eucaristía. Respecto a esta cuestión escribe: «Como la mujer de la unción de Betania, la Iglesia no ha tenido miedo de “derrochar”, dedicando sus mejores recursos para expresar su reverente asombro ante el don incommensurable de la Eucaristía». Ni siquiera la legíti-

ma alegría del convite pascual «puede banalizar esta cordialidad porque el banquete es siempre un banquete sacrificial marcado por la sangre del Gólgota». Todas las artes, arquitectura, escultura, pintura y música han de estar a la altura y gravedad de la Eucaristía. No pueden hacerse «experimentos particulares» en dichas celebraciones. «Es de lamentar que, sobre todo a partir de los años de la reforma litúrgica posconciliar», dice, «no hayan faltado abusos» en este sentido. El pontífice lo denuncia claramente: «Se han introducido innovaciones no autorizadas y con frecuencia del todo inconvenientes». A este respecto el Papa anuncia que «he solicitado a los dicasterios competentes de la Curia romana que preparen un documento más específico, incluso con rasgos de carácter jurídico, sobre este tema de gran importancia».

El último capítulo, el sexto, está dedicado a relacionar la Eucaristía con la devoción mariana. Supuesto que el misterio de la Eucaristía supera plenamente nuestro entendimiento, la única actitud provechosa es la de la aceptación total como lo hizo la Virgen María. La Eucaristía «nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios». La

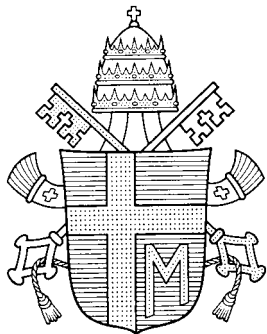
primera persona que tuvo dentro de sí a Jesús fue la Virgen María a partir de la Anunciación. Más aún, el Cuerpo que se ofrece en la cruz era el mismo cuerpo concebido en su seno. «María está presente con la Iglesia y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas». La espiritualidad del *Magnificat*, dice el papa, es lo que mejor expresa nuestra actitud eucarística.

Es realmente preciosa la conclusión de esta carta, que no puede ni necesita resumirse. «El Misterio eucarístico —escribe a modo de síntesis de todo lo dicho— no consiente reducciones ni instrumentalizaciones; debe ser vivido en su integridad, sea durante la celebración, sea en el íntimo coloquio con Jesús apenas recibido en la comunión, sea durante la adoración eucarística fuera de la Misa». Nos invita el Papa a «seguir la enseñanza de los santos, grandes intérpretes de la verdadera piedad eucarística», en particular mirando a María asunta al cielo en cuerpo y alma. Termina diciendo que «hagamos nuestros los sentimientos de santo Tomás de Aquino», expresados en sus insuperable himnos eucarísticos.

J.M^a.P.S.



Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* del Sumo Pontífice Juan Pablo II (*fragmentos*)



INTRODUCCIÓN

La permanente enseñanza de la Iglesia sobre la Eucaristía desde Trento hasta la actualidad

9. La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia. Así se explica la esmerada atención que ha prestado siempre al Misterio eucarístico, una atención que se manifiesta autorizadamente en la acción de los concilios y de los sumos pontífices. ¿Cómo no admirar la exposición doctrinal de los decretos sobre la Santísima Eucaristía y sobre el Sacrosanto Sacrificio de la Misa promulgados por el Concilio de Trento? Aquellas páginas han guiado en los siglos sucesivos tanto la teología como la catequesis, y aún hoy son punto de referencia dogmática para la continua renovación y crecimiento del Pueblo de Dios en la fe y en el amor a la Eucaristía. En tiempos más cercanos a nosotros, se han de mencionar tres Encíclicas: la *Mirae Caritatis*, de León XIII (28 de mayo de 1902), *Mediator Dei*, de Pío XII (20 de noviembre de 1947) y la *Mysterium Fidei*, de Pablo VI (3 de septiembre de 1965).

El Concilio Vaticano II, aunque no publicó un documento específico sobre el Misterio eucarístico, ha ilustrado también sus diversos aspectos a lo largo del conjunto de sus documentos, y especialmente en la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* y en la Constitución sobre la Sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*.

Yo mismo, en los primeros años de mi ministerio apostólico en la Cátedra de Pedro, con la Carta apostólica *Dominicae Cenae* (24 de febrero de 1980), he tratado algunos aspectos del Misterio eucarístico y su incidencia en la vida de quienes son sus ministros. Hoy reanudo el hilo de aquellas consideraciones con el corazón aún más lleno de emoción y gratitud, como haciendo eco a la palabra del Salmista: «¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre» (Sal 116,12-13).

Luces y sombras después de la reforma litúrgica

10. Este deber de anuncio por parte del Magisterio se corresponde con un crecimiento en el seno de la comunidad cristiana. No hay duda de que la reforma litúrgica del Concilio ha tenido grandes ventajas para una participación más consciente, activa y fructuosa de los fieles en el Santo Sacrificio del altar. En muchos lugares, además, la adoración del Santísimo Sacramento tiene cotidianamente una importancia destacada y se convierte en fuente inagotable de santidad. La participación devota de los fieles en la procesión eucarística en la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo es una gracia de Dios, que cada año llena de gozo a quienes toman parte en ella. Y se podrían mencionar otros signos positivos de fe y amor eucarístico.

Desgraciadamente, junto a estas luces, no faltan sombras. En efecto, hay sitios donde se constata un abandono casi total del culto de adoración eucarística. A esto se añaden, en diversos contextos eclesiales, ciertos abusos que contribuyen a oscurecer la recta fe y la doctrina católica sobre este admirable Sacramento. Se nota a veces una comprensión muy limitada del Misterio eucarístico. Privado de su valor sacrificial, se vive como si no tuviera otro significado y valor que el de un encuentro convivial fraterno. Además, queda a veces oscurecida la necesidad del sacerdocio ministerial, que se funda en la sucesión apostólica, y la sacramentalidad de la Eucaristía se reduce únicamente a la eficacia del anuncio. También por eso, aquí y allá, surgen iniciativas ecuménicas que, aun siendo generosas en su intención, transigen con prácticas eucarísticas contrarias a la disciplina con la cual la Iglesia expresa su fe. ¿Cómo no manifestar profundo dolor por todo esto? La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones.

Confío en que esta carta encíclica contribuya eficazmente a disipar las sombras de doctrinas y prácticas no aceptables, para que la Eucaristía siga resplandeciendo con todo el esplendor de su misterio.

CAPÍTULO I

El sacrificio eucarístico, Misterio de misericordia

11. «El Señor Jesús, la noche en que fue entregado» (1 Co 11,23), instituyó el Sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre. Las palabras del apóstol Pablo nos llevan a las circunstancias dramáticas en

que nació la Eucaristía. En ella está inscrito de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. No sólo lo evoca sino que lo hace sacramentalmente presente. Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos. Esta verdad la expresan bien las palabras con las cuales, en el rito latino, el pueblo responde a la proclamación del «misterio de la fe» que hace el sacerdote: «Anunciamos tu muerte, Señor».

La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues «todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos...».

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención». Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don.⁽¹²⁾ Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este misterio: misterio grande, misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega «hasta el extremo» (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida.

La eucaristía, memorial sacrificial y banquete sagrado

12. Este aspecto de caridad universal del Sacramento eucarístico se funda en las palabras mismas del Salvador. Al instituirlo, no se limitó a decir «Éste es mi cuerpo», «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre», sino que añadió «entregado por vosotros... derramada por vosotros» (Lc 22, 19-20). No afirmó solamente que lo que les daba de comer y beber era su cuerpo y su sangre, sino que manifestó su valor sacrificial, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio, que cumpliría después en la cruz algunas horas más tarde, para la salvación de todos. «La Misa es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor».

La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo

lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que este sacrificio se hace presente, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado. De este modo, la Eucaristía aplica a los hombres de hoy la reconciliación obtenida por Cristo una vez por todas para la humanidad de todos los tiempos. En efecto, «el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio». Ya lo decía elocuentemente san Juan Crisóstomo: «Nosotros ofrecemos siempre el mismo Cordero, y no uno hoy y otro mañana, sino siempre el mismo. Por esta razón el sacrificio es siempre uno sólo [...]. También nosotros ofrecemos ahora aquella víctima, que se ofreció entonces y que jamás se consumirá».

La Misa hace presente el sacrificio de la Cruz, no se le añade y no lo multiplica. Lo que se repite es su celebración memorial, la «manifestación memorial» (*memoralis demonstratio*), por la cual el único y definitivo sacrificio redentor de Cristo se actualiza siempre en el tiempo. La naturaleza sacrificial del Misterio eucarístico no puede ser entendida, por tanto, como algo aparte, independiente de la Cruz o con una referencia solamente indirecta al sacrificio del Calvario.

13. Por su íntima relación con el sacrificio del Gólgota, la Eucaristía es sacrificio en sentido propio y no sólo en sentido genérico, como si se tratara del mero ofrecimiento de Cristo a los fieles como alimento espiritual. En efecto, el don de su amor y de su obediencia hasta el extremo de dar la vida (cf. Jn 10, 17-18), es en primer lugar un don a su Padre. Ciertamente es un don en favor nuestro, más aún, de toda la humanidad (cf. Mt 26, 28; Mc 14, 24; Lc 22, 20; Jn 10, 15), pero don ante todo al Padre: «sacrificio que el Padre aceptó, correspondiendo a esta donación total de su Hijo que se hizo “obediente hasta la muerte” (Fl 2, 8) con su entrega paternal, es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección».

Al entregar su sacrificio a la Iglesia, Cristo ha querido además hacer suyo el sacrificio espiritual de la Iglesia, llamada a ofrecerse también a sí misma unida al sacrificio de Cristo. Por lo que concierne a todos los fieles, el Concilio Vaticano II enseña que «al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y cima de la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos con ella».

Presencia real de Cristo, Dios y hombre, en el sacrificio eucarístico

14. La Pascua de Cristo incluye, con la pasión y muerte, también su resurrección. Es lo que recuerda la aclamación del pueblo después de la consagración: «Proclamamos tu resurrección». Efectivamente, el sacrificio eucarístico no sólo hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección, que corona su sacrificio. En cuanto viviente y resucitado, Cristo se hace en la

Eucaristía «pan de vida» (Jn 6, 35.48), «pan vivo» (Jn 6, 51). San Ambrosio lo recordaba a los neófitos, como una aplicación del acontecimiento de la resurrección a su vida: «Si hoy Cristo está en ti, Él resucita para ti cada día». (20) San Cirilo de Alejandría, a su vez, subrayaba que la participación en los santos Misterios «es una verdadera confesión y memoria de que el Señor ha muerto y ha vuelto a la vida por nosotros y para beneficio nuestro».

15. La representación sacramental en la Santa Misa del sacrificio de Cristo, coronado por su resurrección, implica una presencia muy especial que –citando las palabras de Pablo VI– «se llama “real”, no por exclusión, como si las otras no fueran “reales”, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro». Se recuerda así la doctrina siempre válida del Concilio de Trento: «Por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo Señor nuestro, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su sangre. Esta conversión, propia y convenientemente, fue llamada transustanciación por la santa Iglesia Católica». Verdaderamente la Eucaristía es «mysterium fidei», misterio que supera nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe, como a menudo recuerdan las catequesis patrísticas sobre este divino Sacramento. «No veas –exhorta san Cirilo de Jerusalén– en el pan y en el vino meros y naturales elementos, porque el Señor ha dicho expresamente que son su cuerpo y su sangre: la fe te lo asegura, aunque los sentidos te sugieran otra cosa».

«Adoro te devote, latens Deitas», seguiremos cantando con el Doctor Angélico. Ante este misterio de amor, la razón humana experimenta toda su limitación. Se comprende cómo, a lo largo de los siglos, esta verdad haya obligado a la teología a hacer arduos esfuerzos para entenderla.

La explicación teológica del Misterio eucarístico debe de estar de acuerdo con la fe católica

Son esfuerzos loables, tanto más útiles y penetrantes cuanto mejor consiguen conjugar el ejercicio crítico del pensamiento con la «fe vivida» de la Iglesia, percibida especialmente en el «carisma de la verdad» del Magisterio y en la «comprensión interna de los misterios», a la que llegan sobre todo los santos. La línea fronteriza es la señalada por Pablo VI: «Toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio, debe mantener, para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la consagración, de suerte que el cuerpo y la sangre adorables de Cristo Jesús son los que están realmente delante de nosotros».

16. La eficacia salvífica del sacrificio se realiza plenamente cuando se comulga recibiendo el cuerpo y

la sangre del Señor. De por sí, el sacrificio eucarístico se orienta a la íntima unión de nosotros, los fieles, con Cristo mediante la comunión: le recibimos a Él mismo, que se ha ofrecido por nosotros; su cuerpo, que Él ha entregado por nosotros en la Cruz; su sangre, «derramada por muchos para perdón de los pecados» (Mt 26, 28). Recordemos sus palabras: «Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 57). Jesús mismo nos asegura que esta unión, que Él pone en relación con la vida trinitaria, se realiza efectivamente. La Eucaristía es verdadero banquete, en el cual Cristo se ofrece como alimento. Cuando Jesús anuncia por primera vez esta comida, los oyentes se quedan asombrados y confusos, obligando al Maestro a recalcar la verdad objetiva de sus palabras: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros» (Jn 6,53). No se trata de un alimento metafórico: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida» (Jn 6,55).

La Eucaristía, resquicio del cielo que se abre sobre la tierra.

19. La tensión escatológica suscitada por la Eucaristía expresa y consolida la comunión con la Iglesia celestial. No es casualidad que en las anáforas orientales y en las plegarias eucarísticas latinas se recuerde siempre con veneración a la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, a los ángeles, a los santos Apóstoles, a los gloriosos mártires y a todos los santos. Es un aspecto de la Eucaristía que merece ser resaltado: mientras nosotros celebramos el sacrificio del Cordero, nos unimos a la liturgia celestial, asociándonos con la multitud inmensa que grita: «La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero» (Ap 7,10). Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino.

CAPÍTULO II

Necesidad e importancia de la adoración eucarística en la vida cristiana

25. El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio eucarístico. La presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa –presencia que dura mientras subsistan las especies del pan y del vino–, deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual. Corresponde a los Pastores animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, parti-

cularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas.

Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. Jn 13, 25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el «arte de la oración», ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!

Numerosos santos nos han dado ejemplo de esta práctica, alabada y recomendada repetidamente por el Magisterio. De manera particular se distinguió por ella san Alfonso María de Ligorio, que escribió: «Entre todas las devociones, ésta de adorar a Jesús sacramentado es la primera, después de los sacramentos, la más apreciada por Dios y la más útil para nosotros». La Eucaristía es un tesoro inestimable; no sólo su celebración, sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia. Una comunidad cristiana que quiera ser más capaz de contemplar el rostro de Cristo, en el espíritu que he sugerido en las Cartas apostólicas *Novo millennio ineunte* y *Rosarium Virginis Mariae*, ha de desarrollar también este aspecto del culto eucarístico, en el que se prolongan y multiplican los frutos de la comunión del cuerpo y sangre del Señor.

CAPÍTULO III

El poder de consagrar la Eucaristía ha sido confiado sólo a los obispos y a los presbíteros

29. La expresión, usada repetidamente por el Concilio Vaticano II, según la cual el sacerdote ordenado «realiza como representante de Cristo el Sacrificio eucarístico», estaba ya bien arraigada en la enseñanza pontificia. Como he tenido ocasión de aclarar en otra ocasión, *in persona Christi* «quiere decir más que “en nombre”, o también, “en vez” de Cristo. In “persona”: es decir, en la identificación específica, sacramental con el “sumo y eterno Sacerdote”, que es el autor y el sujeto principal de su propio sacrificio, en el que, en verdad, no puede ser sustituido por nadie». El ministerio de los sacerdotes, en virtud del sacramento del Orden, en la economía de salvación querida por Cristo, manifiesta que la Eucaristía celebrada por ellos es un don que supera radicalmente la potestad de la asamblea y es insustituible en cualquier caso para unir válidamente la consagración eucarística al sacrificio de la Cruz y a la Última Cena.

La asamblea que se reúne para celebrar la Eucaristía necesita absolutamente, para que sea realmente asamblea eucarística, un sacerdote ordenado que la pre-

sida. Por otra parte, la comunidad no está capacitada para darse por sí sola el ministro ordenado. Éste es un don que recibe a través de la sucesión episcopal que se remonta a los Apóstoles. Es el obispo quien establece un nuevo presbítero, mediante el sacramento del Orden, otorgándole el poder de consagrar la Eucaristía. Pues «el Misterio eucarístico no puede ser celebrado en ninguna comunidad si no es por un sacerdote ordenado», como ha enseñado expresamente el Concilio Lateranense IV.

Los fieles católicos deben abstenerse de participar en la comunión distribuida en las celebraciones de los hermanos separados

30. Tanto esta doctrina de la Iglesia católica sobre el ministerio sacerdotal en relación con la Eucaristía, como la referente al Sacrificio eucarístico, han sido objeto en las últimas décadas de un provechoso diálogo en el ámbito de la actividad ecuménica. Hemos de dar gracias a la Santísima Trinidad porque, a este respecto, se han obtenido significativos progresos y acercamientos, que nos hacen esperar en un futuro en que se comparta plenamente la fe. Aún sigue siendo del todo válida la observación del Concilio sobre las comunidades eclesiales surgidas en Occidente desde el siglo XVI en adelante y separadas de la Iglesia católica: «Las comunidades eclesiales separadas, aunque les falte la unidad plena con nosotros que dimana del bautismo, y aunque creamos que, sobre todo por defecto del sacramento del Orden, no han conservado la sustancia genuina e íntegra del Misterio eucarístico, sin embargo, al conmemorar en la santa Cena la muerte y resurrección del Señor, profesan que en la comunión de Cristo se significa la vida, y esperan su venida gloriosa».

Los fieles católicos, por tanto, aun respetando las convicciones religiosas de estos hermanos separados, deben abstenerse de participar en la comunión distribuida en sus celebraciones, para no avalar una ambigüedad sobre la naturaleza de la Eucaristía y, por consiguiente, faltar al deber de dar un testimonio claro de la verdad. Eso retardaría el camino hacia la plena unidad visible. De manera parecida, no se puede pensar en reemplazar la santa Misa dominical con celebraciones ecuménicas de la Palabra o con encuentros de oración en común con cristianos miembros de dichas comunidades eclesiales, o bien con la participación en su servicio litúrgico. Estas celebraciones y encuentros, en sí mismos loables en circunstancias oportunas, preparan a la deseada comunión total, incluso eucarística, pero no pueden reemplazarla.

El hecho de que el poder de consagrar la Eucaristía haya sido confiado sólo a los obispos y a los presbíteros no significa menoscabo alguno para el resto del Pueblo de Dios, puesto que la comunión del único cuerpo de Cristo que es la Iglesia es un don que redundan en beneficio de todos.

La celebración diaria del sacrificio eucarístico, centro de la vida del sacerdote.

31. Si la Eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia, también lo es del ministerio sacerdotal. Por eso, con ánimo agradecido a Jesucristo, nuestro Señor, reitero que la Eucaristía «es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella».

Las actividades pastorales del presbítero son múltiples. Si se piensa además en las condiciones sociales y culturales del mundo actual, es fácil entender lo sometido que está al peligro de la dispersión por el gran número de tareas diferentes. El Concilio Vaticano II ha identificado en la caridad pastoral el vínculo que da unidad a su vida y a sus actividades. Ésta —añade el Concilio— «brota, sobre todo, del sacrificio eucarístico que, por eso, es el centro y raíz de toda la vida del presbítero». Se entiende, pues, lo importante que es para la vida espiritual del sacerdote, como para el bien de la Iglesia y del mundo, que ponga en práctica la recomendación conciliar de celebrar cotidianamente la Eucaristía, «la cual, aunque no puedan estar presentes los fieles, es ciertamente una acción de Cristo y de la Iglesia». De este modo, el sacerdote será capaz de sobreponerse cada día a toda tensión dispersiva, encontrando en el Sacrificio eucarístico, verdadero centro de su vida y de su ministerio, la energía espiritual necesaria para afrontar los diversos quehaceres pastorales. Cada jornada será así verdaderamente eucarística.

Del carácter central de la Eucaristía en la vida y en el ministerio de los sacerdotes se deriva también su puesto central en la pastoral de las vocaciones sacerdotales. Ante todo, porque la plegaria por las vocaciones encuentra en ella la máxima unión con la oración de Cristo sumo y eterno Sacerdote; pero también porque la diligencia y esmero de los sacerdotes en el ministerio eucarístico, unido a la promoción de la participación consciente, activa y fructuosa de los fieles en la Eucaristía, es un ejemplo eficaz y un incentivo a la respuesta generosa de los jóvenes a la llamada de Dios. Él se sirve a menudo del ejemplo de la caridad pastoral ferviente de un sacerdote para sembrar y desarrollar en el corazón del joven el germen de la llamada al sacerdocio.

La celebración de la Misa, fundamento de toda comunidad cristiana

32. Todo esto demuestra lo doloroso y fuera de lo normal que resulta la situación de una comunidad cristiana que, aún pudiendo ser, por número y variedad de fieles, una parroquia, carece sin embargo de un sacerdote que la guíe. En efecto, la parroquia es una comunidad de bautizados que expresan y confirman su identidad principalmente por la celebración del Sacrificio

eucarístico. Pero esto requiere la presencia de un presbítero, el único a quien compete ofrecer la Eucaristía *in persona Christi*. Cuando la comunidad no tiene sacerdote, ciertamente se ha de paliar de alguna manera, con el fin de que continúen las celebraciones dominicales y, así, los religiosos y los laicos que animan la oración de sus hermanos y hermanas ejercen de modo loable el sacerdocio común de todos los fieles, basado en la gracia del Bautismo. Pero dichas soluciones han de ser consideradas únicamente provisionales, mientras la comunidad está a la espera de un sacerdote.

El hecho de que estas celebraciones sean incompletas desde el punto de vista sacramental ha de impulsar ante todo a toda la comunidad a pedir con mayor fervor que el Señor «envíe obreros a su mies» (Mt 9, 38); y debe estimularla también a llevar a cabo una adecuada pastoral vocacional, sin ceder a la tentación de buscar soluciones que comporten una reducción de las cualidades morales y formativas requeridas para los candidatos al sacerdocio.

33. Cuando, por escasez de sacerdotes, se confía a fieles no ordenados una participación en el cuidado pastoral de una parroquia, éstos han de tener presente que, como enseña el Concilio Vaticano II, «no se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene como raíz y centro la celebración de la sagrada Eucaristía». Por tanto, considerarán como cometido suyo el mantener viva en la comunidad una verdadera «hambre» de la Eucaristía, que lleve a no perder ocasión alguna de tener la celebración de la Misa, incluso aprovechando la presencia ocasional de un sacerdote que no esté impedido por el derecho de la Iglesia para celebrarla.

CAPÍTULO IV

La celebración de la eucaristía exige la comunión con la Iglesia y la integridad de todos sus vínculos

35. La celebración de la Eucaristía, no obstante, no puede ser el punto de partida de la comunión, que la presupone previamente, para consolidarla y llevarla a perfección. El Sacramento expresa este vínculo de comunión, sea en la dimensión invisible que, en Cristo y por la acción del Espíritu Santo, nos une al Padre y entre nosotros, sea en la dimensión visible, que implica la comunión en la doctrina de los Apóstoles, en los Sacramentos y en el orden jerárquico. La íntima relación entre los elementos invisibles y visibles de la comunión eclesial, es constitutiva de la Iglesia como sacramento de salvación. Sólo en este contexto tiene lugar la celebración legítima de la Eucaristía y la verdadera participación en la misma. Por tanto, resulta una exigencia intrínseca a la Eucaristía que se celebre en la comunión y, concretamente, en la integridad de todos sus vínculos.

36. La comunión invisible, aun siendo por naturaleza un crecimiento, supone la vida de gracia, por medio de la cual se nos hace «partícipes de la naturaleza

divina» (2 Pe 1,4), así como la práctica de las virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad. En efecto, sólo de este modo se obtiene verdadera comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. No basta la fe, sino que es preciso perseverar en la gracia santificante y en la caridad, permaneciendo en el seno de la Iglesia con el «cuerpo» y con el «corazón»; es decir, hace falta, por decirlo con palabras de san Pablo, «la fe que actúa por la caridad» (Ga 5,6).

La integridad de los vínculos invisibles es un deber moral bien preciso del cristiano que quiera participar plenamente en la Eucaristía comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. El mismo Apóstol llama la atención sobre este deber con la advertencia: «Examínese, pues, cada cual, y coma así el pan y beba de la copa» (1 Co 11,28). San Juan Crisóstomo, con la fuerza de su elocuencia, exhortaba a los fieles: «También yo alzo la voz, suplico, ruego y exhorto encarecidamente a no sentarse a esta sagrada Mesa con una conciencia manchada y corrompida. Hacer esto, en efecto, nunca jamás podrá llamarse comunión, por más que toquemos mil veces el cuerpo del Señor, sino condena, tormento y mayor castigo».

La necesidad de estar en gracia de Dios para poder comulgar

Precisamente en este sentido, el Catecismo de la Iglesia Católica establece: «Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar». Deseo, por tanto, reiterar que está vigente, y lo estará siempre en la Iglesia, la norma con la cual el Concilio de Trento ha concretado la severa exhortación del apóstol Pablo, al afirmar que, para recibir dignamente la Eucaristía, «debe preceder la confesión de los pecados, cuando uno es consciente de pecado mortal».

37. La Eucaristía y la Penitencia son dos sacramentos estrechamente vinculados entre sí. La Eucaristía, al hacer presente el Sacrificio redentor de la Cruz, perpetuándolo sacramentalmente, significa que de ella se deriva una exigencia continua de conversión, de respuesta personal a la exhortación que san Pablo dirigía a los cristianos de Corinto: «En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!» (2 Co 5,20). Así pues, si el cristiano tiene conciencia de un pecado grave está obligado a seguir el itinerario penitencial, mediante el sacramento de la Reconciliación para acercarse a la plena participación en el Sacrificio eucarístico.

El juicio sobre el estado de gracia, obviamente, corresponde solamente al interesado, tratándose de una valoración de conciencia. No obstante, en los casos de un comportamiento externo grave, abierta y establemente contrario a la norma moral, la Iglesia, en su cuidado pastoral por el buen orden comunitario y por respeto al Sacramento, no puede mostrarse indiferente. A esta situación de manifiesta indisposición moral se refiere la norma del Código de Derecho Canónico

que no permite la admisión a la comunión eucarística a los que «obstinadamente persistan en un manifiesto pecado grave».

38. La comunión eclesial, como antes he recordado, es también visible y se manifiesta en los lazos vinculantes enumerados por el Concilio mismo cuando enseña: «Están plenamente incorporados a la sociedad que es la Iglesia aquellos que, teniendo el Espíritu de Cristo, aceptan íntegramente su constitución y todos los medios de salvación establecidos en ella y están unidos, dentro de su estructura visible, a Cristo, que la rige por medio del Sumo Pontífice y de los obispos, mediante los lazos de la profesión de fe, de los sacramentos, del gobierno eclesiástico y de la comunión».

No se puede dar la comunión a una persona no bautizada o que rechaza la verdad íntegra de fe sobre el Misterio eucarístico

La Eucaristía, siendo la suprema manifestación sacramental de la comunión en la Iglesia, exige que se celebre en un contexto de integridad de los vínculos, incluso externos, de comunión. De modo especial, por ser «como la consumación de la vida espiritual y la finalidad de todos los sacramentos», requiere que los lazos de la comunión en los sacramentos sean reales, particularmente en el Bautismo y en el Orden sacerdotal. No se puede dar la comunión a una persona no bautizada o que rechaza la verdad íntegra de fe sobre el Misterio eucarístico. Cristo es la verdad y da testimonio de la verdad (cf. Jn 14,6; 18,37); el Sacramento de su cuerpo y su sangre no permite ficciones.

39. Además, por el carácter mismo de la comunión eclesial y de la relación que tiene con ella el sacramento de la Eucaristía, se debe recordar que «el Sacrificio eucarístico, aun celebrándose siempre en una comunidad particular, no es nunca celebración de esa sola comunidad: ésta, en efecto, recibiendo la presencia eucarística del Señor, recibe el don completo de la salvación, y se manifiesta así, a pesar de su permanente particularidad visible, como imagen y verdadera presencia de la Iglesia una, santa, católica y apostólica». De esto se deriva que una comunidad realmente eucarística no puede encerrarse en sí misma, como si fuera autosuficiente, sino que ha de mantenerse en sintonía con todas las demás comunidades católicas.

La celebración de la Eucaristía expresa la comunión universal con Pedro y con la Iglesia entera

La comunión eclesial de la asamblea eucarística es comunión con el propio obispo y con el Romano Pontífice. En efecto, el obispo es el principio visible y el fundamento de la unidad en su Iglesia particular. Sería, por tanto, una gran incongruencia que el Sacramento por excelencia de la unidad de la Iglesia fuera

celebrado sin una verdadera comunión con el obispo. San Ignacio de Antioquía escribía: «se considere segura la Eucaristía que se realiza bajo el obispo o quien él haya encargado». Asimismo, puesto que «el Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles» la comunión con él es una exigencia intrínseca de la celebración del Sacrificio eucarístico. De aquí la gran verdad expresada de varios modos en la liturgia: «Toda celebración de la Eucaristía se realiza en unión no sólo con el propio obispo sino también con el Papa, con el orden episcopal, con todo el clero y con el pueblo entero. Toda válida celebración de la Eucaristía expresa esta comunión universal con Pedro y con la Iglesia entera, o la reclama objetivamente, como en el caso de las Iglesias cristianas separadas de Roma».

40. La Eucaristía crea comunión y educa a la comunión. San Pablo escribía a los fieles de Corinto manifestando el gran contraste de sus divisiones en las asambleas eucarísticas con lo que estaban celebrando, la Cena del Señor. Consecuentemente, el Apóstol les invitaba a reflexionar sobre la verdadera realidad de la Eucaristía con el fin de hacerlos volver al espíritu de comunión fraterna (cf. 1 Co 11, 17-34). San Agustín se hizo eco de esta exigencia de manera elocuente cuando, al recordar las palabras del Apóstol: «vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte» (1 Co 12, 27), observaba: «Si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros». Y, de esta constatación, concluía: «Cristo el Señor [...] consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad. El que recibe el misterio de la unidad y no posee el vínculo de la paz, no recibe un misterio para provecho propio, sino un testimonio contra sí».

Obligación de todos los fieles de participar en la Misa dominical

41. Esta peculiar eficacia para promover la comunión, propia de la Eucaristía, es uno de los motivos de la importancia de la Misa dominical. Sobre ella y sobre las razones por las que es fundamental para la vida de la Iglesia y de cada uno de los fieles, me he ocupado en la Carta apostólica sobre la santificación del domingo *Dies Domini*, recordando, además, que participar en la Misa es una obligación para los fieles, a menos que tengan un impedimento grave, lo que impone a los Pastores el correspondiente deber de ofrecer a todos la posibilidad efectiva de cumplir este precepto. Más recientemente, en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, al trazar el camino pastoral de la Iglesia a comienzos del tercer milenio, he querido dar un relieve particular a la Eucaristía dominical, subrayando su eficacia creadora de comunión: Ella –decía– «es el lugar privilegiado donde la comunión es anun-

ciada y cultivada constantemente. Precisamente a través de la participación eucarística, el día del Señor se convierte también en el día de la Iglesia, que puede desempeñar así de manera eficaz su papel de sacramento de unidad».

42. La salvaguarda y promoción de la comunión eclesial es una tarea de todos los fieles, que encuentran en la Eucaristía, como sacramento de la unidad de la Iglesia, un campo de especial aplicación. Más en concreto, este cometido atañe con particular responsabilidad a los Pastores de la Iglesia, cada uno en el propio grado y según el propio oficio eclesiástico. Por tanto, la Iglesia ha dado normas que se orientan a favorecer la participación frecuente y fructuosa de los fieles en la Mesa eucarística y, al mismo tiempo, a determinar las condiciones objetivas en las que no debe administrar la comunión. El esmero en procurar una fiel observancia de dichas normas se convierte en expresión efectiva de amor hacia la Eucaristía y hacia la Iglesia.

43. Al considerar la Eucaristía como Sacramento de la comunión eclesial, hay un argumento que, por su importancia, no puede omitirse: me refiero a su relación con el compromiso ecuménico. Todos nosotros hemos de agradecer a la Santísima Trinidad que, en estas últimas décadas, muchos fieles en todas las partes del mundo se hayan sentido atraídos por el deseo ardiente de la unidad entre todos los cristianos. El Concilio Vaticano II, al comienzo del Decreto sobre el ecumenismo, reconoce en ello un don especial de Dios. Ha sido una gracia eficaz, que ha hecho emprender el camino del ecumenismo tanto a los hijos de la Iglesia católica como a nuestros hermanos de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales.

La aspiración a la meta de la unidad nos impulsa a dirigir la mirada a la Eucaristía, que es el supremo Sacramento de la unidad del Pueblo de Dios, al ser su expresión apropiada y su fuente insuperable. En la celebración del Sacrificio eucarístico la Iglesia eleva su plegaria a Dios, Padre de misericordia, para que conceda a sus hijos la plenitud del Espíritu Santo, de modo que lleguen a ser en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu. Presentando esta súplica al Padre de la luz, de quien proviene «toda dádiva buena y todo don perfecto» (St 1,17), la Iglesia cree en su eficacia, pues ora en unión con Cristo, su cabeza y esposo, que hace suya la súplica de la esposa uniéndola a la de su sacrificio redentor.

Concelebrar la misma liturgia eucarística exige la completa comunión en los vínculos de la profesión de fe, de los sacramentos y del gobierno eclesiástico

44. Precisamente porque la unidad de la Iglesia, que la Eucaristía realiza mediante el sacrificio y la comunión en el cuerpo y la sangre del Señor, exige inderogablemente la completa comunión en los víncu-

los de la profesión de fe, de los sacramentos y del gobierno eclesiástico, una concelebración sin estas condiciones no sería un medio válido, y podría revelarse más bien un obstáculo a la consecución de la plena comunión, encubriendo el sentido de la distancia que queda hasta llegar a la meta e introduciendo o respaldando ambigüedades sobre una u otra verdad de fe. El camino hacia la plena unidad no puede hacerse si no es en la verdad. En este punto, la prohibición contenida en la ley de la Iglesia no deja espacio a incertidumbres, en obediencia a la norma moral proclamada por el Concilio Vaticano II.

De todos modos, quisiera reiterar lo que añadía en la Carta encíclica *Ut unum sint*, tras haber afirmado la imposibilidad de compartir la Eucaristía: «Sin embargo, tenemos el ardiente deseo de celebrar juntos la única Eucaristía del Señor, y este deseo es ya una alabanza común, una misma imploración. Juntos nos dirigimos al Padre y lo hacemos cada vez más “con un mismo corazón”».

La administración de la Eucaristía, en circunstancias especiales, a personas pertenecientes a otras Iglesias

45. Si en ningún caso es legítima la concelebración si falta la plena comunión, no ocurre lo mismo con respecto a la administración de la Eucaristía, en circunstancias especiales, a personas pertenecientes a Iglesias o a Comunidades eclesiales que no están en plena comunión con la Iglesia católica. En efecto, en este caso el objetivo es satisfacer una grave necesidad espiritual para la salvación eterna de los fieles, singularmente considerados, pero no realizar una intercomunión, que no es posible mientras no se hayan restablecido del todo los vínculos visibles de la comunión eclesial.

En este sentido se orientó el Concilio Vaticano II, fijando el comportamiento que se ha de tener con los Orientales que, encontrándose de buena fe separados de la Iglesia católica, están bien dispuestos y piden espontáneamente recibir la eucaristía del ministro católico. Este modo de actuar ha sido ratificado después por ambos Códigos, en los que también se contempla, con las oportunas adaptaciones, el caso de los otros cristianos no orientales que no están en plena comunión con la Iglesia católica.

46. En la Encíclica *Ut unum sint*, yo mismo he manifestado aprecio por esta normativa, que permite atender a la salvación de las almas con el discernimiento oportuno: «Es motivo de alegría recordar que los ministros católicos pueden, en determinados casos particulares, administrar los sacramentos de la Eucaristía, de la Penitencia, de la Unción de enfermos a otros cristianos que no están en comunión plena con la Iglesia católica, pero que desean vivamente recibirlos, los piden libremente, y manifiestan la fe que la Iglesia católica confiesa en estos Sacramentos. Recíprocamente,

en determinados casos y por circunstancias particulares, también los católicos pueden solicitar los mismos Sacramentos a los ministros de aquellas Iglesias en que sean válidos».

CAPÍTULO V

Los abusos introducidos por una malentendida creatividad y adaptación cultural

52. De todo lo dicho se comprende la gran responsabilidad que en la celebración eucarística tienen principalmente los sacerdotes, a quienes compete presidirla *in persona Christi*, dando un testimonio y un servicio de comunión, no sólo a la comunidad que participa directamente en la celebración, sino también a la Iglesia universal, a la cual la Eucaristía hace siempre referencia. Por desgracia, es de lamentar que, sobre todo a partir de los años de la reforma litúrgica postconciliar, por un malentendido sentido de creatividad y de adaptación, no hayan faltado abusos, que para muchos han sido causa de malestar. Una cierta reacción al «formalismo» ha llevado a algunos, especialmente en ciertas regiones, a considerar como no obligatorias las «formas» adoptadas por la gran tradición litúrgica de la Iglesia y su Magisterio, y a introducir innovaciones no autorizadas y con frecuencia del todo inconvenientes.

La fidelidad a las normas litúrgicas, expresión del amor a la Iglesia

Por tanto, siento el deber de hacer una acuciante llamada de atención para que se observen con gran fidelidad las normas litúrgicas en la celebración eucarística. Son una expresión concreta de la auténtica eclesialidad de la Eucaristía; éste es su sentido más profundo. La liturgia nunca es propiedad privada de alguien, ni del celebrante ni de la comunidad en que se celebran los Misterios. El apóstol Pablo tuvo que dirigir duras palabras a la comunidad de Corinto a causa de faltas graves en su celebración eucarística, que llevaron a divisiones (*skísmata*) y a la formación de facciones (*airéseis*) (cf. 1 Co 11, 17-34). También en nuestros tiempos, la obediencia a las normas litúrgicas debería ser redescubierta y valorada como reflejo y testimonio de la Iglesia una y universal, que se hace presente en cada celebración de la Eucaristía. El sacerdote que celebra fielmente la Misa según las normas litúrgicas y la comunidad que se adecúa a ellas, demuestran de manera silenciosa pero elocuente su amor por la Iglesia. Precisamente para reforzar este sentido profundo de las normas litúrgicas, he solicitado a los Dicasterios competentes de la Curia Romana que preparen un documento más específico, incluso con rasgos de carácter jurídico, sobre este tema de gran importancia. A nadie le está permitido infravalorar el Misterio confiado a nuestras manos: éste es demasia-

do grande para que alguien pueda permitirse tratarlo a su arbitrio personal, lo que no respetaría ni su carácter sagrado ni su dimensión universal.

CAPÍTULO VI

58. En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María. Es una verdad que se puede profundizar relejendo el *Magnificat en perspectiva eucarística*. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias. Cuando María exclama «mi alma engrandece al Señor, mi espíritu exulta en Dios, mi Salvador», lleva a Jesús en su seno. Alaba al Padre «por» Jesús, pero también lo alaba «en» Jesús «con» Jesús. Esto es precisamente la verdadera «actitud eucarística».

Al mismo tiempo, María rememora las maravillas que Dios ha hecho en la historia de la salvación, según la promesa hecha a nuestros padres (cf Lc 1,55), anunciando la que supera a todas ellas, la encarnación redentora. En el *Magnificat*, en fin, está presente la tensión escatológica de la Eucaristía. Cada vez que el Hijo de Dios se presenta bajo la «pobreza» de las especies sacramentales, pan y vino, se pone en el mundo el germen de la nueva historia, en la que «se derriba del trono a los poderosos» y se «enaltece a los humildes» (cf Lc 1,52). María canta el «cielo nuevo» y la «tierra nueva» que se anticipan en la Eucaristía y, en cierto sentido, deja entrever su «diseño» programático. Puesto que el *Magnificat* expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad. ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un *magnificat*!

CONCLUSIÓN

En María Santísima contemplamos la fuerza transformadora de la Eucaristía

62. Sigamos, queridos hermanos y hermanas, la enseñanza de los Santos, grandes intérpretes de la verdadera piedad eucarística. Con ellos la teología de la

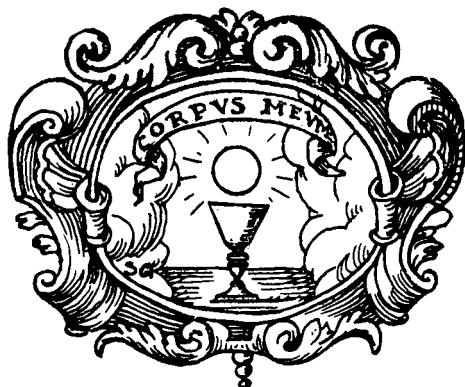
Eucaristía adquiere todo el esplendor de la experiencia vivida, nos «contagia» y, por así decir, nos «enciende». Pongámonos, sobre todo, a la escucha de María Santísima, en quien el Misterio eucarístico se muestra, más que en ningún otro, como misterio de luz. Mirándola a ella conocemos la fuerza transformadora que tiene la Eucaristía. En ella vemos el mundo renovado por el amor. Al contemplarla asunta al cielo en alma y cuerpo vemos un resquicio del «cielo nuevo» y de la «tierra nueva» que se abrirán ante nuestros ojos con la segunda venida de Cristo. La Eucaristía es ya aquí, en la tierra, su prenda y, en cierto modo, su anticipación: «*Veni, Domine Iesu!*» (Ap 22,20).

En el humilde signo del pan y el vino, transformados en su cuerpo y en su sangre, Cristo camina con nosotros como nuestra fuerza y nuestro viático y nos convierte en testigos de esperanza para todos. Si ante este Misterio la razón experimenta sus propios límites, el corazón, iluminado por la gracia del Espíritu Santo, intuye bien cómo ha de comportarse, sumiéndose en la adoración y en un amor sin límites.

Santo Tomás de Aquino, teólogo y cantor apasionado de la Eucaristía

Hagamos nuestros los sentimientos de santo Tomás de Aquino, teólogo eximio y, al mismo tiempo, cantor apasionado de Cristo eucarístico, y dejemos que nuestro ánimo se abra también en esperanza a la contemplación de la meta, a la cual aspira el corazón, sediento como está de alegría y de paz:

*«Bone pastor, panis vere,
Iesu, nostri miserere...».*
*«Buen pastor, pan verdadero,
oh Jesús, piedad de nosotros:
nútrenos y defiéndenos,
llévanos a los bienes eternos
en la tierra de los vivos.
Tú que todo lo sabes y puedes,
que nos alimentas en la tierra,
conduce a tus hermanos
a la mesa del cielo
a la alegría de tus santos».*



A los cuarenta años de la encíclica *Pacem in terris* (I)

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

EL 11 de abril de 1963, solemnidad del *Corpus Christi*, el beato Juan XXIII, promulgaba la encíclica *Pacem in terris* que tenía precisamente por tema recordar a los cristianos y a «todos los hombres de buena voluntad» las condiciones sobre las que se ha de plantear el establecimiento de la paz en la tierra. Tal sucedía en 1963, hace ahora cuarenta años.

Por providencial coincidencia se publicaba una encíclica sobre el tema de la paz el mismo día que se celebra al papa san León Magno, «grande entre los grandes», que hizo lo políticamente imposible, esto es, detener las hordas de Atila a las puertas de Roma en el año 452, cuando el propio emperador y el Senado romano no se sentían capaces de hacerlo. Aquel día el Pontífice salvó al Imperio de Occidente y se preservó así la cultura y el derecho que aquel imperio representaban frente a la pura fuerza militar.

La encíclica, publicada pocos meses antes de su muerte, es un repaso a las principales condiciones de organización social, nacional e internacional, para la pacífica convivencia humana. Destaca el elenco de derechos y sus recíprocos deberes.

Cuáles sean las condiciones fundamentales ineludibles que pueden establecer la paz en el mundo lo decía el Papa desde las primeras palabras de la carta.

La paz en la tierra, profunda aspiración de los hombres de todos los tiempos, no se puede establecer ni asegurar si no se guarda íntegramente el orden establecido por Dios.

Después de esta contundente afirmación poca duda cabe acerca de cuáles han de ser los pilares en los que se ha de cimentar la paz. La paz está de alguna manera dada como condición inicial de la humanidad por el mismo Dios creador del mundo y del hombre.

Ha creado Dios el universo derramando en él los tesoros de su sabiduría y de su bondad como exclama el salmista:

«¡Oh Señor, Señor nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! ¡Qué grandes son tus obras, Señor! Todo lo has hecho con sabiduría».² Ha creado al hombre inteligente y libre «a

su imagen y semejanza»,³ haciéndolo señor de todas las cosas: «Has hecho al hombre –exclama el mismo salmista– un poco inferior a los ángeles, lo has coronado de gloria y honor y lo has colocado sobre las obras de tus manos. Has puesto todo bajo sus pies».⁴

A la perfecta ordenación del universo por su Creador se contraponen la obra de los hombres llena de desorden en sus mutuas relaciones.

¡Cómo contrasta en cambio con este orden maravilloso del universo el desorden que reina no sólo entre los individuos, sino también entre los pueblos! Parece que sus relaciones no pueden regirse sino por la fuerza.

En consecuencia, el poseer la paz y disfrutarla depende sólo de guardar este orden que Dios ha dado al universo. Pero el modo cómo Dios ha dado el orden que lleva a la paz pasa por la libre determinación del hombre que descubre este orden no fuera de sí sino dentro de sí mismo en forma de ley natural.

Sin embargo, el Creador ha impreso el orden aun en lo más íntimo de la naturaleza del hombre: orden que la conciencia descubre y manda perentoriamente seguir. Los hombres «muestran escrita en sus corazones la obra de la ley y de ello da testimonio su propia conciencia».⁵ ¿Cómo podría, por lo demás, ser de otro modo? Todas las obras de Dios son un reflejo de su sabiduría infinita y un reflejo tanto más luminoso cuanto más altas están en la escala de las perfecciones.⁶

Y viene ahora el primer juicio del Pontífice acerca de las filosofías de la Ilustración que consideran la paz como el resultado de un automatismo cientificista que no tiene en cuenta ni la libertad del hombre ni el plan de Dios.

Un error en el que se incurre con bastante frecuencia está en el hecho de que muchos piensan que las relaciones entre los hombres y sus respectivas comunidades políticas se pueden regular con las mismas leyes que rigen las fuerzas y los seres

1. Ps 8,1.

2. Ps 103,24.

3. Cf. *Gen* 1,26.

4. Ps 8,5-6.

5. *Rom* 2,15.

6. Cf. Ps 118, 8-11.

irracionales que constituyen el universo, siendo así que las leyes que regulan las relaciones humanas son de otro género y hay que buscarlas donde Dios las ha dejado escritas, esto es, en la naturaleza del hombre.

Son, en efecto, estas leyes las que indican claramente cómo los individuos deben regular sus relaciones en la convivencia humana.

El hombre no es meramente una determinada especie biológica con determinadas facultades intelectuales o productivas. El hombre es ante todo una «persona», esto es, una imagen de Dios mismo. Los derechos –y deberes– brotan de esta naturaleza y no de ningún pacto o conquista

En toda humana convivencia bien organizada y fecunda hay que colocar como fundamento el principio de que todo ser humano es «persona», es decir, una naturaleza dotada de inteligencia y de voluntad libre y que, por tanto, de esa misma naturaleza directamente nacen al mismo tiempo derechos y deberes que, al ser universales e inviolables, son también absolutamente inalienables.⁷

Esta dignidad constitutiva está enormemente acrecentada por el plan redentor que realizó el Verbo encarnado al elevarnos a la condición de hijos de Dios.

Y si consideramos la dignidad de la persona humana a la luz de las verdades reveladas es forzoso que la estimemos todavía mucho más, dado que el hombre ha sido redimido con la Sangre de Jesucristo, la gracia sobrenatural le ha hecho hijo y amigo de Dios y le ha constituido heredero de la gloria eterna.

El derecho a existir, que menciona el papa como primer derecho, exige el reconocimiento del derecho a nacer. El aborto es tan absurdo que el Papa –en 1963– ni siquiera lo consideraba una cuestión problemática. Al igual que León XIII supone que el trabajo humano ha de bastar para cubrir todas las necesidades humanas.

Todo ser humano tiene el derecho a la existencia, a la integridad física, a los medios indispensables y suficientes para un nivel de vida digno, especialmente en cuanto se refiere a la alimentación, al vestido, a la habitación, al descanso, a la atención médica, a los servicios sociales necesarios. De aquí el derecho a la seguridad en caso de enfermedad, de invalidez, de viudez, de

7. Cf. Pío XII, *Mensaje navideño*, 1942, A.A.S. XXXV, 1943, pp. 9-24; Juan XXIII, discurso 4 de enero de 1963, A.A.S., LV, 1963, pp. 89-91.

vejez, de paro y de cualquier otra eventualidad de pérdida de medios de subsistencia por circunstancias ajenas a su voluntad.⁸

Considera de modo particular el derecho a honrar a Dios, frente al ateísmo militante de tantos Estados, sean comunistas o liberales.

Entre los derechos del hombre, hay que reconocer también el que tiene de honrar a Dios según el dictamen de su recta conciencia y profesar la religión privada y públicamente. Porque, como afirma muy bien Lactancio, «para esto nacemos, para ofrecer a Dios que nos crea los justos y debidos servicios, para buscarle a Él sólo, para seguirle. Este es el vínculo de piedad que a Él nos une y nos liga y del cual deriva el nombre mismo de religión».¹⁰ Y nuestro predecesor, de inmortal memoria, León XIII, afirma: «Esta verdadera y digna libertad de los hijos de Dios, que mantiene alta la dignidad de la persona humana, es mayor que cualquier violencia e injusticia y la Iglesia la deseó y amó siempre. Esta libertad la reivindicaron intrépidamente los Apóstoles, la defendieron con sus escritos los apologistas y la consagró un número ingente de mártires con su propia sangre».¹¹

Afirma el papa el derecho a la elección de estado, sin violentar ni la naturaleza ni la gracia. El matrimonio es entre hombre y mujer –no entre homosexuales. El matrimonio es «contrato» –no unión «de hecho»– y es, por su misma naturaleza, un contrato indisoluble.

Los seres humanos tienen el derecho a la libertad en la elección del propio estado y, por consiguiente, a crear una familia con paridad de derechos y de deberes entre el hombre y la mujer, o también a seguir la vocación al sacerdocio o vida religiosa.¹²

La familia, fundada sobre el matrimonio contraído libremente, uno e indisoluble, es y debe ser considerada como el núcleo primero y natural de la sociedad. De lo cual se sigue que se debe atender con mucha diligencia no sólo a la parte económica y social, sino también a la cultural y moral, que consolidan su unidad y facilitan el cumplimiento de su misión peculiar.

8. Cf. Pío XI, Encíc. *Divini Redemptoris*, A.A.S. XXIX, 1937, p. 78; y Pío XII, mensaje de 1941, A.A.S. XXXIII, 1941, pp. 195-205.

10. *Divinae institutiones*, lib. IV, c. 28, 2; PL. 6, 535.

11. Encíc. *Libertas praestantissimum*, *Acta Leonis XIII*, VIII, 1888, pp. 237-238.

12. Cf. Pío XII, *Mensaje navideño*, 1942, A.A.S. XXXV, 1943, pp. 9-24.

Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (IV)

La madre María Francisca de Saumaise, «procuradora» de santa Margarita María, una de las doce estrellas que Jesús ha puesto en torno a su Corazón (I)

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

De cómo en el siglo xvii el Corazón de Jesús en Paray-le-Monial vinculó a sus planes a la Visitación con la Compañía de Jesús

A finales del siglo xvi las principales villas y ciudades del sur de la Borgoña habían sido ganadas para la herejía. Los ricos burgueses de la borgoñona villa de Paray-le-Monial, en un alarde de su prepotencia calvinista, abrieron un colegio y edificaron un nuevo templo para demostrar su supremacía a la minoría de labradores y artesanos católicos, que se les hallaba sometida. La audacia de los herejes abriendo colegio en Paray alarmó al obispo, quien pidió a los jesuitas que, para contrarrestarles, abriesen otro a su vez, lo que hicieron en 1618. La Providencia quiso que lo emplazaran en la finca donde medio siglo después debía manifestarse el Corazón de Jesús a santa Margarita, el edificio donde está ahora la Visitación. El superior de los jesuitas, padre Du Berry, para preparar en la ciudad un ambiente espiritual propicio, pidió a santa Juana de Chantal que fundara un monasterio de su orden en Paray. La santa estuvo dudando en enviar a sus hijas «a un lugar tan mezquino entre tanto hugonote», pero, inspirada por el Corazón de Jesús, accedió.

El abad de Cluny, el viernes siguiente a la octava del Corpus, el 12 de junio de 1626, firmaba el permiso para erigir el monasterio de la Visitación en Paray-le-Monial, y el 4 de septiembre llegaba a la ciudad, proveniente del monasterio de Lyon, un enjambre de ocho hijas de santa Juana, bajo la dirección de la madre Margarita Isabel de Sansion. Arduos fueron los comienzos por la epidemia de peste y el mal alojamiento, hasta que en 1632 la Visitación y los jesuitas permutaron sus casas, cediéndoles éstos su emplazamiento, y pasando los padres a uno nuevo, que habían edificado en las proximidades, donde hoy se hallan, y donde se veneran los restos de san Claudio la Colombière. Al año siguiente comenzarían las salesas a edificar su capilla, en la que, cuarenta años más tarde tendría lugar «La revelación del Sagrado Corazón, la más importante de las revelaciones que han ilustrado a la Iglesia después de la Encarnación... la mayor ráfaga de luz después de Pentecostés» (Mons. Bougaud. *Vida de*

santa Margarita María de Alacoque), revelación que así narra la santa:

«Fue un día de san Juan Evangelista [27 de diciembre de 1673]. Después de haberme hecho reposar muchas horas en aquel sagrado pecho... se me presentó el Corazón divino como en un trono de llamas, más ardiente que el sol y transparente como un cristal, con su adorable llaga. Estaba rodeado de una corona de espinas... y una cruz encima ... Me hizo ver que el ardiente deseo que tenía de ser amado de los hombres y de apartarlos del camino de perdición, adonde Satanás los precipita en tropel, le había hecho formar el designio de manifestar su Corazón a los hombres con todos los tesoros de amor, de misericordia, de gracia, de santificación y de salvación que contiene» (carta de santa Margarita María al padre Croiset, de 3 de noviembre de 1689).

Año y medio más tarde, el 16 de junio de 1675, infraoctava del Corpus, estando Margarita María ante el Santísimo Sacramento, se le aparece Jesús, y descubriéndole su divino Corazón le dice: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y que no recibe en reconocimiento de la mayor parte sino ingratitude, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este sacramento de amor» (carta 29 a la madre De Saumaise, enero de 1685).

«Aquí es donde te quiero»

DECIDIDA su vocación de salesa, se le propusieron a Margarita de Alacoque varios conventos de la Visitación, los de Charôlles, Maçon, Autun, Dijon, Paray... «Pero al punto que me nombraron Paray, mi corazón se dilató de alegría, y lo escogí». Al visitarlo con su hermano sintió que Jesús le decía amorosamente: «Aquí es donde te quiero», y por su puerta entró feliz el sábado 20 de junio de 1671 Margarita Alacoque, para ya no

salir sino para el cielo. El 25 de agosto, fiesta de san Luis, rey de Francia, tomó el hábito como hermana de coro, y cambió su nombre de Margarita por el de Margarita María. Al día siguiente preguntó a su maestra de novicias, la madre Thouvant, cómo había de hacer oración, recibiendo de ella una respuesta inspirada: «*Poneos delante de Dios como un lienzo delante de un pintor*». Margarita María la cumplió al pie de la letra, pero la maestra estaba desconcertada, pues el lienzo reflejaba una imagen distinta de la que ella esperaba. Fue a ver a la superiora madre Jerónima Hersant para advertirle de que la nueva novicia le contaba unas experiencias sobrenaturales tan singulares que no sabía cómo dirigirla. Llamaron ambas a Margarita María y le advirtieron que si no dejaba esos caminos inapropiados al espíritu de la Visitación, no sería admitida a la profesión. Comenzaba la incompreensión de las superiores y la oposición de la comunidad de Paray sobre el excepcional carisma de su joven hermana Margarita María, de las que no se apartarían hasta que el Corazón de Jesús, empezando por las novicias, les hizo sentir que era Él quien se manifestaba, y que, además, las tenía destinadas a secundar sus proyectos.

En sus casi veinte años como religiosa en su monasterio de Paray-le-Monial santa Margarita María estuvo bajo la dirección de cinco superiores: primero unos pocos meses, desde su ingreso el 20 de junio de 1671 a 1672 bajo la madre Jerónima Hersant; desde mayo de 1672 a 1678 bajo la madre María Francisca de Saumaise, a la que sustituyó la madre Greyfié de 1678 a 1684, y luego la madre Cristina Melin desde 1684 a 1690, y durante unos meses de este su último año en la tierra, la madre Catalina de Levy-Chauteaumorand.

La primera y la última la dirigieron muy poco tiempo, pero las otras tres, que lo hicieron durante dos trienios seguidos, fueron protagonistas de los acontecimientos mediante los que Jesús iba dando a conocer al mundo su mensaje de misericordia y, como tales, quedaron marcadas definitivamente por el carisma de la Santa y por el celo de la gloria del Divino Corazón, cuyo fuego, que llevaron consigo al dejar Paray, hicieron prender en los distintos monasterios de la Visitación por los que pasaron, siendo su testimonio el principal medio de la primera difusión de la devoción por los monasterios de toda Francia, llegando hasta los de Italia, Polonia y Canadá.

En los monasterios de la Visitación, estando próximo a terminar el trienio, o su prórroga por otro más, procede nombrar nueva superiora. En el siglo XVII era usual que la cesante escribiera a la «Santa Fuente», como llamaban a la casa madre de Annecy, exponiendo la situación del monasterio y pidiendo consejo para la elección de sucesora. En Annecy, de entre una lista de salesas de probada virtud y expe-

riencia, identificadas con el espíritu de su fundadora la madre De Chantal, se proponía a la que se creía más apropiada. Recibida la respuesta, normalmente se la elegía.

Tal debió de suceder cuando, terminando en 1672 su sexenio, la madre Hersant escribió a Annecy, refiriendo a las máximas responsables de la Orden los extraordinarios hechos que se habían producido tras la llegada de la piadosa novicia Margarita María de Alacoque, y de las vías místicas por las que parecía que Dios la guiaba, y sobre las que reconocía no saber pronunciarse. Para afrontar tal situación, «la Santa Fuente» seleccionó a una experta superiora conocedora del carisma de santa Juana, ajena a veleidades místicas y a vías extrañas al espíritu de la Orden, y propuso a su treintena de hermanas de coro, cinco conversas y tres torneras del monasterio de Paray-le-Monial, la superiora más indicada para su situación, invitándoles a que eligiesen a la asistenta del monasterio de Dijon, la madre María Francisca de Saumaise.

«Bien sabéis, mi buena Madre, que tenéis gran parte en esta devoción»

SÓLO por las cartas de santa Margarita María y algún raro documento de los archivos de la Visitación se ha conservado noticia de que la madre De Saumaise haya pasado por este mundo; no obstante, la Santa escribe que es ella una de las doce almas que el Señor en el cielo «*colocaría cual doce brillantes estrellas en torno a su divino Corazón*» (*Vida de la madre De Saumaise. F. de Curley S.I.*). Ejerció su autoridad de superiora durante seis años en Paray, primero probando y siempre protegiendo a la hermana Margarita mientras el Corazón de Jesús se le revelaba. Después, tras ordenarle poner por escrito las divinas lecciones que la Santa recibía y le comunicaba bajo secreto, las conservó cuidadosamente. Gracias a que no guardó el secreto, ni quemó las cartas, como la Santa le pedía, pudo cumplir su postrera misión en Moulins, y luego en Dijon. Con la anuencia de sus superiores, a las que transmitió su fuego por la nueva devoción, siempre enferma y encerrada en su claustro, fue el resorte poderoso, pero oculto, que movió casi todo lo que entonces se hizo en la Iglesia para la gloria del Sagrado Corazón.

Nacida en Dijon, ingresó en la Visitación de su ciudad con quince años, y su fundadora y paisana, santa Juana de Chantal, pasando por su convento en su último viaje, quedó admirada de la joven religiosa y le pronosticó que sería una de las grandes superiores de la Orden. De natural apasionado, con la gracia y los años de virtud, había domado su tem-

peramento ardiente, haciéndose más prudente; y poco antes había sido nombrada asistente de la madre Ana Boulier, superiora de Dijon, demostrando suma habilidad para dirigir con acierto los asuntos temporales. Cuando en mayo de 1672, a los 51 años, comenzó a dirigir el convento de Paray-le-Monial, se le presentó la primera cuestión seria, sobre la que ya había sido puesta en antecedentes: poco faltaba para el 25 de agosto en que Margarita María terminaba su año de noviciado y había que resolver sobre si admitirla o rechazarla. Predominaba el parecer de las religiosas antiguas más observantes: «*¿Qué será de la Orden si se admite tan fácilmente a novicias que caminan por vías extraordinarias!*», «*¿Por qué nuestra hermana no obra como las demás de la comunidad? ¿Qué empeño en singularizarse!*».

«Di a tu superiora que nada hay que temer en tu admisión. Yo respondo de tí. Si me considera buen pagador, Yo seré tu fiador.»

LA piadosa y juiciosa madre De Saumaise, tras larga oración y maduro examen, optó por diferir la profesión. Margarita María fue a quejarse ante Jesús: «*¡Ay, Señor mío!, ¿seréis Vos la causa de que no me admitan?*». – «*Di a tu superiora –le repuso Jesús– que nada hay que temer en tu admisión. Yo respondo de tí. Si me considera buen pagador, Yo seré tu fiador.*».

Así se lo contó Margarita María a la madre De Saumaise, y la superiora audazmente replicó: «*Si es verdad, pedid al Señor que os haga útil a la santa Religión por la práctica de todas sus observancias.*». A lo que le repuso Jesús: «*Muy a gusto, hija mía, te volveré más útil a la Religión de lo que ella cree, pero de un modo que nadie conoce sino Yo. En adelante ajustaré mis gracias al espíritu de la Regla, al espíritu de tus superioras y a tu flaqueza, de modo que tendrás por sospechoso todo lo que te aparte del exacto cumplimiento de la regla, que Yo quiero prefieras a todo lo demás. Cuando tus superioras te prohiban lo que Yo te hubiera ordenado, y tú antepongas la voluntad de éstas a la mía, entonces quedaré complacido. Déjales hacer lo que quieran de tí, pues Yo hallaré los medios de que se cumplan mis designios por más contrarios que parezcan. Yo sólo me reservo tu dirección interior y en particular tu corazón, pues he establecido en él el imperio de mi puro amor, y jamás lo cederé a otros.*».

La superiora escribe a Dijon pidiendo consejo a su antigua directora, la madre Ana Boulier, que tenía experiencia en gracias místicas. Tras la rápida y breve respuesta –«la hermana Margarita María es un alma privilegiada, que debe ser admitida sin dilación»–, el 6 de noviembre de 1672 la madre De

Saumaise recibió por fin a la profesión religiosa a Margarita María en la actual capilla de la Visitación y ante la reja que aún se conserva, sin comprender del todo el alcance y sentido de las palabras del Señor.

«Él me había prometido que siempre le daría –[a la madre de Saumaise]– las luces necesarias para guiarme conforme a sus designios.»

LAS palabras de Dios no son vanas como las de los hombres, y si dijo que su elegida Margarita María cumpliría sus designios de mensajera de su amor misericordioso, obedeciendo siempre a sus superioras, era porque a partir de entonces sus superioras iban a ser también instrumentos, conscientes pocas veces, e inconscientes las más, de tales proyectos, en los que quedarían indefectiblemente prendidas. «*Dejé el juicio de todo a mi superiora, a la cual nada podía ocultar, ni dejar de hacer nada de lo que me mandara... porque Él me había prometido que le daría –[a la madre de Saumaise]– siempre las luces necesarias para guiarme conforme a sus designios.*» (Autobiografía)

La superiora se convirtió en su confidente, protectora y amiga a la que profesaba cariño filial: «*No tengo secretos para Vuestra Caridad.*». El Corazón de Jesús le había prometido que inspiraría a sus superioras lo que fuera conforme a su mayor gloria y sus designios sobre ella y así, en abril de 1673, cuenta que la madre De Saumaise, aun aparentando no estar interesada por lo que le contaba Margarita María, le ordenó que pusiera por escrito cuanto pasaba en su interior: «*Sentí gran dificultad en hacerlo. Me dijo Dios: “¿Por qué rehúas obedecer a mi voz y escribir lo que procede de Mí y no de ti, que no tienes parte alguna en ello, sino una simple adhesión”.*».

«Habéis sido la primera a quien Él quiso que yo manifestase el ardiente deseo que tenía de ser conocido, amado y glorificado» (Carta 42, de 2 de marzo de 1682)

LA superiora guardaba para sí los pliegos que Margarita le entregaba, y que se reunieron luego en una «*Memoria de lo que nuestra muy respetable Madre María Francisca de Saumaise mandó escribir a nuestra hermana Margarita María Alacoque en calidad de superiora, durante los seis años que gobernó esta comunidad, y que ha llegado a nuestras manos a la muerte de esta querida Madre.*».

Cuando en 1673 recibe la primera gran revelación, la tímida Margarita María escribe en su «*Autobiografía*» que, desconfiando de sí misma, no se

atrevió a hacer ni decir nada a nadie. Pero Jesús le urge: «*Estáte atenta a mi voz y a lo que te pida para disponerte a realizar mis designios*», y le ordena acudir a ponerla en conocimiento de su superiora, que no creyendo que esos caminos extraordinarios fueran apropiados al espíritu de la Visitación, la mortificó y humilló duramente en público. Personalmente presentía que lo que le contaba Margarita María venía de Dios, pero necesitaba una prueba objetiva, y al caer ésta enferma, la madre De Saumaise le ordena que pida al Señor la inmediata salud como muestra del buen espíritu que la guía, y que sólo así le permitirá comulgar los primeros viernes y hacer la hora santa de vela en la noche de los jueves. La curación fue instantánea, y así autorizó a Margarita María lo que le pedía el Corazón de Jesús.

«Me regocijo de las gracias que Nuestro Señor continúa haciendo [a Margarita María]... y también de la parte que ha tenido usted» (carta de san Claudio la Colombière a la madre De Saumaise)

SÓLO la madre De Saumaise conocía las revelaciones; las hermanas sólo eran testigos de los éxtasis, y aunque guardaban reserva, pues sabían favorable a la superiora, su silencio se tenía por desaprobación, por lo que la madre De Saumaise se vio obligada a pedir el consejo de personas que se tenían por ilustradas, que resolvieron, unos, que eran cosas del diablo, que había que combatir rociándola con agua bendita, y otros, que se debía a su debilidad, por lo que debía tomar doble ración de sopa. Por fin, en 1675 llegó un hombre santo y de criterio en que fiar: el padre La Colombière, quien tras entrevistarse con la madre De Saumaise y con Margarita María, les aseguró a ambas que sin lugar a dudas, era el espíritu de Dios quien se revelaba. En carta desde Londres le escribe: «*Me regocijo de las gracias que Nuestro Señor continúa haciendo a aquella cuyo nombre ha borrado usted de la carta [santa Margarita María], y también de la parte que ha tenido usted... Respondería con gusto a la carta de nuestra santa hermana Alacoque, que me ha edificado muchísimo, pero me siento incapaz de decir-*

le algo... la encuentro tan prudente y tan equilibrada, y además estoy persuadido de que Dios se comunica con ella de una manera tan particular, que habría presunción en querer darle algunos consejos» (carta 32, de febrero de 1678).

Confortada por el padre La Colombière, la madre De Saumaise no temió autorizar a Margarita María a que el 20 de noviembre de 1677 expusiese públicamente cómo Dios le pide sea víctima de los pecados de la Comunidad, tras lo que la superiora ordena que ejerciten disciplinas y penitencias. Fue la última prueba, de la que salieron malparadas tanto la hermana Margarita María, colmada de improprios, como la madre De Saumaise, tenida por insensata y cómplice, por haberla autorizado a hacer expiar imaginarias culpas. En mayo de 1678 cesaba en su mandato y partía para Dijon. Con su marcha comenzaba la segunda etapa de su misión: el apostolado de la devoción al Corazón de Jesús en los conventos de la Visitación, y las gestiones y embajadas ante quienes podían pedir ante la Santa Sede la institución de la fiesta del Corazón de Jesús oficialmente en su Iglesia.

Hemos visto ya algunas de las actuaciones de la madre De Saumaise ante Versalles y ante Roma, pero no acabaron ahí sus desvelos, sino que se extendieron a todo lo que su antigua discípula, y luego maestra, le indicaba. Fue, como le escribe santa Margarita María, su «procuradora», y por ello, la «procuradora» y mandataria de los intereses de su cliente y mandante: el Corazón de Jesús, quien por haber cumplido fiel y exactamente su encomienda, le retribuiría con espléndida minuta de espirituales honorarios: «*Mucho me regocija el ardiente celo que tenéis en darle a conocer y hacerle amar*»... «*Dijisteis una vez que os sentiríais muy dichosa de que ese Corazón os escogiera por procuradora en este asunto... Me causa verdadero contento ver el progreso que por vuestro medio va haciendo esta santa devoción por esos lugares. No os desalentéis. Me parece que quiere que os ocupéis únicamente en eso, que será lo que principalmente labre vuestra corona*» (carta 92, de agosto de 1688). De esta eficaz actuación de la madre De Saumaise durante dieciséis años, desde que salió de Paray en 1678 hasta su muerte en 1694, trataremos, Dios mediante, en el próximo artículo.



Padre Pío de Pietrelcina: santificarse para santificar

FRAY VALENTÍ SERRA DE MANRESA, OFM CAP.

Ofrecemos a nuestros lectores la traducción de la primera parte de la conferencia pronunciada, en lengua catalana, por fray Valentí Serra de Manresa, capuchino, en la institución Balmesiana de Barcelona, el día 11 de diciembre del 2002, dentro del ciclo de conferencias sobre la santidad en la vida cotidiana.

Las ceremonias de beatificación y canonización, durante el pontificado del papa Juan Pablo II han sido muy numerosas. Desde la ya lejana glorificación del padre Francisco Coll, la primera efectuada por el papa Wojtyła, ocurrida en Roma el 29 de abril de 1979, estas ceremonias se han repetido con una frecuencia nada habitual en la historia de la Iglesia. Pero, la que tuvo lugar el 16 de junio de 2002 superó el número de asistentes habituales en este tipo de ceremonias. La glorificación del capuchino Pío de Pietrelcina, uno de los hombres más famosos del siglo xx, desbordó todas las expectativas, tanto que las ceremonias de beatificación y canonización de este humilde religioso capuchino han sido, una y otra, sin ninguna duda, las más multitudinarias, concurridas y vividas entusiastamente por el pueblo fiel a lo largo de la historia de la Iglesia.

Ya de entrada, es bueno recordar que poco después de la muerte del «Padre Pío», el papa Paulo VI, en una audiencia concedida a los frailes capuchinos, en el lejano 20 de febrero de 1971, ofrecía una hermosa síntesis de la vida y el misterio del primer sacerdote estigmatizado de la historia (no olvidemos que san Francisco de Asís, su padre y fundador, era diácono): «El padre Pío —afirmó el papa Montini— era un hombre de oración y de sufrimiento (oraba y hacía orar). Celebraba humildemente la santa Misa, confesaba sin parar y, a través de los estigmas, se convirtió en la representación visible en la tierra de N.S. Jesucristo».

También, y en este mismo sentido, unas palabras del padre Pío, pronunciadas poco después de recibir el don de los estigmas: «Soy un misterio para mí mismo»; manifestaba a la vez el deseo de secundar la iniciativa del papa Sarto, san Pío X, de «santificarse para santificar»; por eso, he querido titular esta conferencia del ciclo «Sed santos, porque Yo, el Señor, soy Santo», con el título de «Santificarse para santificar» en la vida y misterio de un sacerdote estigmatizado. Y es que toda la vida y la proyección espiritual del padre Pío de Pietrelci-

na sólo son comprensibles desde la perspectiva de la santificación y del misterio sobrenatural, porque una aproximación puramente científica o humanista nos imposibilitaría introducirnos en la honda espiritualidad de este testimonio de lo sobrenatural contemporáneo en que el amor y el dolor sintetizan el itinerario espiritual y toda la acción sacerdotal del padre Pío, convirtiéndolo en un verdadero lugar de verificación teológica de la santidad, elocuentemente indicativo de que el amor cristiano pasa necesariamente por la cruz. Él, el padre Pío, a semejanza del apóstol san Pablo, fijó el objetivo de su vida y de su apostolado en la cruz del Señor, tanto, que inflamado de amor a Jesucristo batalló para conformarse a Él por medio de la inmolación de sí mismo para la conversión de los más grandes pecadores.

El padre Pío de Pietrelcina, a través de sus misteriosas enfermedades y, sobre todo, a través de los estigmas, llegó a experimentar, en esta nuestra existencia temporal, los límites del dolor y del amor. El padre Pío, inscrito y bautizado con el nombre de Francesco Forgione, nació el 25 de mayo de 1887 en una pequeña y pobrísima población del sur de Italia llamada Pietrelcina (de tonos y de ambiente muy parecidos al Nazaret de Tierra Santa). Después de una interpelante visión interior, ocurrida cuando contaba 15 años, en la que se le reveló que toda su vida sería una lucha contra los embates diabólicos, el joven Francesco Forgione ingresó decididamente, el 6 de enero de 1903, en el noviciado de los capuchinos de la provincia de Foggia en la bellísima aldea de Morcone. Después de profesar, el 22 de enero de 1904, la Regla de san Francisco, se formó académicamente en filosofía y teología en diversos escolasticados de la Orden capuchina, especialmente en el del convento de Sant'Elia Pianisi. Después de la profesión solemne, efectuada el año 1907, recibió anticipadamente la ordenación sacerdotal, con dispensa pontificia, en la catedral de Benevento, porque entonces se temía seriamente por su vida y los superiores quisieron ofrecerle la gracia de morir sacerdote...

Tras algunas idas y venidas, a causa de las obligaciones derivadas del servicio militar durante la primera guerra mundial, y de una breve estancia en el convento de Santa Ana de Foggia, fray Pío de Pietrelcina fue destinado, en el año 1917, al convento de San Giovanni Rotondo, al pie de la montaña del Gargano, en la provincia de Foggia, espacio conventual que se convertiría en su única residencia hasta el día de su muerte, ocurrida en olor de multitudes, y de santidad, el 23 de septiembre de 1968.

DURANTE la vida del padre Pío, y mucho más todavía después de su muerte, las multitudes han buscado, con avidez, movidas por la fe, y a veces también por la curiosidad, su testimonio de santidad. Este humilde religioso capuchino, verdadero hijo de san Francisco, poco después de recibir los estigmas, escasamente un año después, en 1919, era ya objeto de atención periodística en buena parte de Europa, y las multitudes ya se apelotonaban desmesuradamente en torno al convento de San Giovanni Rotondo, en la pequeña iglesia de Nuestra Señora de las Gracias, iglesia que en 1959 los frailes capuchinos se vieron obligados a transformar en un gran santuario con capacidad para acoger a las multitudes que diariamente acudían allí para confesarse con aquel humilde sacerdote que, muchas veces, debía pasar 16 horas en el confesionario al servicio del pueblo fiel. En los últimos años de la vida del «Padre Pío», los religiosos de su comunidad, para evitar las masificaciones y el fanatismo, exigieron para confesarse con el capuchino estigmatizado una inscripción previa que muchas veces suponía esperarse más de quince días en unas condiciones muy precarias, pero que, en cualquier caso garantizaba, al fin, el encuentro personal con el «mártir del confesionario» que, desde muy joven, se vio también bendecido y agraciado con el don de profecía y penetración de espíritus.

Es bien sabido por todos los amigos y devotos del padre Pío, que el 20 de septiembre de 1918, tres días después de la fiesta de la estigmatización de san Francisco, el joven sacerdote capuchino Francesco Forgione, que sería conocido mundialmente como «Padre Pio da Pietrelcina» (y recientemente incorporado al santoral, con memoria obligatoria para toda la Iglesia, a celebrar el 23 de septiembre), recibía en su cuerpo los estigmas de la Pasión. A pesar del secretismo inicial, durante el mes de mayo de 1919, se filtró ya la sensacional noticia a la prensa, y esta estigmatización del padre Pío, verdadera irrupción de lo sobrenatural ocurrida diez años después de estallar la crisis y controversia modernista, estimuló enormemente la curiosidad de los periodistas y, muy pronto, empezó a hablarse de ello en la prensa, con una primera referencia en *Il giornale d'Italia*,

aparecida el 9 de mayo de 1919. Un poco más tarde, a finales de 1919, la noticia llegaría también a los capuchinos de Cataluña a través de un artículo del padre Bernardino de Apremont, director espiritual del Colegio internacional de los capuchinos, de Roma, publicado en *Le Petit Messager de Saint François*; artículo que ayudó eficazmente a los frailes catalanes a tomar conciencia de la importancia del caso insólito ocurrido en el convento capuchino de San Giovanni Rotondo, de la provincia italiana de Foggia. Debido a esto, en el número 149 de la *Fulla Seràfica*, publicación franciscana destinada – principalmente – a los terciarios y amigos de san Francisco, entonces redactada y divulgada a toda Cataluña desde el pequeño santuario barcelonés de la Mare de Déu de l' Ajuda, correspondiente al mes de diciembre de 1919, prácticamente un año después de la estigmatización de Pío de Pietrelcina, sus hermanos de hábito, desde la provincia de Cataluña escribieron un largo artículo titulado «Un estigmatizado contemporáneo», que significativamente fue la primera información sobre Pío de Pietrelcina aparecida en Cataluña. Los frailes catalanes manifestaban muy acertadamente que se trataba de una «magnífica demostración de lo sobrenatural». En efecto, leemos en la *Fulla Seràfica* que:

Desde «hace algún tiempo existe una magnífica demostración sobrenatural en la pequeña población de San Giovanni Rotondo, situada junto a la montaña de Gargano, no muy lejos de Foggia (Italia). Al hablar de este tema se impone mucha circunspección, puesto que tan sólo la Iglesia es juez competente en estos casos. Pero, puesto que los periódicos ya han hablado de él, parece que ha llegado el momento de contar lo que ocurre. Este estigmatizado contemporáneo vive, pues, en el convento de capuchinos de San Giovanni Rotondo [...] En la actualidad es conocido en toda Italia e incluso fuera de ella. Es el padre Pío, natural de Pietra-Elcina, tendrá unos 33 años y se cree que, dada su enfermedad, morirá pronto. Se dice que está estigmatizado y parece que Dios le ha concedido el don de hacer milagros, penetración de los corazones y profecía. Afectado desde hace mucho tiempo por una enfermedad tuberculosa, su organismo desconcierta completamente a la ciencia médica. Habiendo sido movilizado durante la guerra europea, pronto hubo de ser conducido al hospital militar [...] Cuando, por fin, fue examinado se le detectó un estado febril desconcertante. Todos los termómetros que se le aplicaban estallaban, siendo necesario usar otros medios especiales que registraban la temperatura de cincuenta grados. ¡Cosa maravillosa! Se le devolvió a su convento, en el que todavía se encuentra...

»De todas las partes de Italia recurren a él, recibiendo cada día centenares de cartas que, no hace

falta decirlo, ni puede leer ni mucho menos contestar, porque para hacerlo necesitaría varios secretarios; se limita a rogar a Dios por las intenciones que se le encomiendan. No sólo le envían cartas de todas las provincias de Italia, sino también de Suiza, de Francia y de otras naciones. Si alguien desea acudir a San Giovanni Rotondo es necesario que tenga pedida en Foggia una plaza para el carruaje con cuatro días de anticipación, como mínimo. Las personas que acuden allí diariamente son unas tres mil, y se obtienen muchas conversiones. Cuando el padre Pío celebra el santo Sacrificio, está rodeado de carabineros, precisados a contener a suficiente distancia a toda la multitud, porque todos quieren aprovechar la ocasión para verle las llagas. Debemos decir que los religiosos del convento no bastan para las muchísimas confesiones, y las comuniones se cuentan diariamente por centenares y hasta por millares. A pesar de estar enfermo, el padre Pío confiesa siete horas por la mañana y una por la tarde. Se ha reservado para él, de una manera especial, a los hombres, diciendo siempre: «Quiero a los más grandes pecadores». El resto del tiempo se entrega a la oración. Nunca ha dormido mucho, y de un tiempo a esta parte apenas duerme». El artículo acaba con esta acertada reflexión: «¡Bendito seáis, Dios mío, que todavía os dignáis conceder santos a nuestra pobre sociedad enferma, en este pobre mundo, que no será salvado por medio de la habilidad ni por las agitaciones insensatas de los incrédulos, sino con la verdad católica, por medio de las virtudes evangélicas, por medio de la santidad!». Era una clara referencia a las agitaciones que causaba el positivismo filosófico y el modernismo teológico.

Es un texto periodístico, pero de honda espiritualidad, que destaca como el caso de la estigmatización del padre Pío es «una magnífica demostración de lo sobrenatural», a través de la que manifiesta a nuestro mundo, enfermo por la secularidad (y entonces magullado por la crisis modernista), que había de ser salvado, necesariamente, por los testimonios de santidad. Y este es el motivo por el que el padre Pío quiso emplear todo su sacerdocio, toda su vida religiosa en «santificar santificándose» personalmente, asiduamente, intensamente, obedeciendo las consignas pastorales de uno de los papas más eminentes de la historia eclesiástica, Giuseppe Sarto, san Pío X.

A partir de esta primera noticia periodística sobre la estigmatización del padre Pío, aparecida en la *Fulla Seràfica*, se generó obviamente en Cataluña, entre los frailes capuchinos, entre las clarisas capuchinas y, también entre los miembros de la Tercera Orden, un entusiasmo que muy pronto se vio reprimido por las sucesivas desautorizaciones del Santo Oficio, la primera de ellas firmada el 31 de mayo de

1923, en la que se declaraba, explícitamente, que no constaba la «sobrenaturalidad» de las llagas del padre Pío. A partir de esta primera desautorización se sucedieron otros decretos condenatorios en julio de 1924, abril y julio de 1926 y mayo y junio de 1931, cuando el padre Pío fue obligado a recluirse hasta 1933, año en que fue rehabilitado por el papa Pío XI. Antes de la primera «condena» del Santo Oficio, los capuchinos de la comunidad de Palma de Mallorca, a finales de 1920, dos años después de la impresión de los estigmas en el cuerpo del padre Pío gastaron siete pesetas en un retrato de fray Pío de Pietrelcina que mostraba los estigmas.

Y mientras el padre Pío sufría el aislamiento en San Giovanni Rotondo, motivado por las primeras condenas curialescas, producidas entre 1923 y 1933, llegaron a Cataluña, «veladamente», algunas noticias inéditas a través del padre Antoni d'Argentona, capuchino catalán, que colaboraba en las tareas administrativas de la Curia Generalicia de los capuchinos, en Roma, y que durante sus enfermedades era atendido por el famoso doctor Festa, el mismo médico que visitaba al padre Pío y que en 1949 publicó la extraordinaria monografía *Mistero di scienza e luci de fede*, (Roma 1949) a propósito de las llagas del padre Pío, estudiadas a la luz de la ciencia médica.

Pero, de hecho, a partir de las desautorizaciones del Santo Oficio, donde se declaraba, explícitamente, que no constaba la «sobrenaturalidad» en las llagas y fenómenos del padre Pío decayó notablemente el entusiasmo y la devoción del pueblo catalán hacia el ya mundialmente famoso padre Pío. Con todo, a pesar de los celos y prohibiciones, el padre Antoni d'Argentona hacía llegar, de vez en cuando, noticias a Cataluña sobre el aislamiento que sufría el padre Pío en el convento capuchino de San Giovanni Rotondo, porque le constaba el vivo interés de los frailes catalanes sobre los fenómenos místicos y santidad del padre Pío, sobre todo el interés especial que manifestaba el padre Pelegrí de Mataró, director de Editorial Franciscana y autor de una de las primeras biografías espirituales del padre Pío, publicada el año 1921 que, agotada a las pocas semanas, fue reeditada, inmediatamente, a cargo del médico barcelonés S. Svelta Bocat, con el título de *Succinta relación de la vida del R.P. Pío de Pietrelcina*, y que alcanzó una gran divulgación en Cataluña mientras el padre Pío vivía en San Giovanni Rotondo bajo la «sospecha» del Santo Oficio.

En esta biografía —escrita por el padre Pelegrí— se habla de los fenómenos sobrenaturales en la vida del padre Pío (vg. pp. 21-33), especialmente las llagas (p. 29) y la bilocación (p. 27) con un apartado específico sobre el entusiasmo popular que suscitó



Imagen en bronce del padre Pío de Pietrelcina que se venera en la parroquia de la Purísima Concepción de Barcelona, obra del escultor Manuel Cusachs (dibujo del propio artista).

la figura de fray Pío de Pietrelcina cuando se conoció el fenómeno de las llagas (pp. 52-55), y con un capítulo final titulado *¿Será, pues, santo, el padre Pío?* (Vg. pp. 55-61), donde, proféticamente, ya en el lejano 1921, tres años después de la impresión de los estigmas, tanto el doctor Svelta como el padre

Pelegrí de Mataró coincidían en afirmar que Dios favorecía a la Orden capuchina con un auténtico y extraordinario santo, con gran penetración de las conciencias, que canalizaba, a través de la confesión, las «conversiones ruidosas de tantos y tantos pecadores que ha obrado el Señor por medio de este su siervo» (p. 56), a la vez que recogían, a modo de inventario provisional, algunas de las curaciones milagrosas obradas por intercesión del «Padre Pío» en Barcelona, Terrassa, Igualada, Sabadell y Arenys de Munt, donde se curó una religiosa dominica de la Anunciata.

Por otra parte, resulta elocuente y muy significativo que también forman parte de la vida y misterio del padre Pío aquellas multitudes incontables que, o movidas por la fe y las ansias sobrenaturales, o también por la curiosidad o el fanatismo, se acercaban al convento de San Giovanni Rotondo para sentir la mirada cautivadora de fray Pío de Pietrelcina y, a la vez, poder contemplar sus manos, expresamente escondidas con mitones, esforzarse por acercarse, también a su confesionario, o verle celebrar el santo sacrificio eucarístico, misas celebradas con gran unción y fervor, que el papa Paulo VI valoraba tanto como una «Misión popular».

En los 104 extensos volúmenes que recogen la documentación recopilada para su causa de canonización se explica que durante las sesiones conciliares del Vaticano II, en los días de descanso, fueron muchos los obispos y cardenales que viajaron expresamente a San Giovanni Rotondo para poder ver a aquel venerable capuchino estigmatizado, verdadero testimonio de lo sobrenatural en una sociedad tan magullada por el racionalismo y por la secularización. Y, durante los años de vida temporal del «Padre Pío», también fueron muchos los médicos, los psicólogos y los científicos que intentaron, infructuosamente encontrar una explicación racional y científica –modernista– del misterio de una llagas permanentemente abiertas y sangrantes, durante cincuenta años, en los pies, en las manos y en el costado. Y es que toda la vida sacerdotal y religiosa del padre Pío se desarrolló como un misterio, es decir, algo que sucede sin saber el porqué, tal como lo reconoció él mismo: «soy un misterio para mí mismo».

LA vida y el misterio del padre Pío se vio también «estigmatizada», afectada, llagada por la incomprensión y la calumnia. Ya desde muy pequeño se registran varios casos en que el Maligno quería destruir la obra de Dios en el padre Pío a través de punzantes calumnias; que aumentaron notablemente cuando se convirtió en un testimonio palpable y visible de lo sobrenatural en la vida de cada día. En realidad, las recientes ceremonias

de beatificación y canonización del padre Pío son, por encima de todo, la muestra más elocuente de la victoria de la sobrenaturalidad sobre los criterios humanos porque, ¿quién podía pensar que se vería canonizar a un religioso que fue mirado como sospechoso por algunos de sus superiores generales y repetidamente condenado por la Sagrada Congregación del Santo Oficio?

Gracias a la intervención personal del papa el año 1933, el padre Pío fue rehabilitado en su ministerio pastoral. A partir de esta rehabilitación, el padre Pío luchará para aliviar los sufrimientos del prójimo, pidiendo sufrir en su propio cuerpo los males y las heridas de los demás y, al mismo tiempo, dando los primeros pasos para la construcción de la Casa Sollievo della Sofferenza, actualmente uno de los hospitales más grandes y mejor dotados del mundo, cuya primera piedra fue colocada en mayo de 1947, y que sería solemnemente inaugurado en mayo de 1956. Con la rehabilitación promovida por el papa vino, posteriormente, un rescripto de abril de 1957 en que Pío XII le libraba del voto de pobreza y le facultaba para la administración de las limosnas para la Casa-Sollievo. Entonces empezaría, instigada por Satanás, una de las campañas más violentas contra el padre Pío, a través de las disposiciones de algunos de los superiores de la Orden capuchina, que acuciados por una quiebra económica por su participación en los escándalos financieros de Gianbattista Giuffrè intentaron apoderarse, al precio que fuera, de las limosnas que se recibían para la construcción del hospital.

Esta escandalosa y diabólica persecución, orquestada para apoderarse del dinero que recibía el padre Pío para la construcción de la Casa-Sollievo llegó a su extremo en 1960, cuando algunos frailes decidieron colocar micrófonos en la celda-confesionario de fray Pío de Pietrelcina. Obviamente, la Santa Sede reaccionó y el papa Juan XXIII envió delegados apostólicos como visitantes. La situación era turbia y compleja, y el padre Pío fue mirado con incompreensión y sospecha y, de nuevo, como buen religioso, siempre obediente a la Santa Sede y a la Orden capuchina, tuvo que vivir nuevamente recluido y privado del ministerio sacerdotal desde octubre de 1960 hasta enero de 1964, cuando fue rehabilitado de nuevo por el papa Paulo VI. Esta compleja persecución contra el padre Pío, movida prioritariamente por motivos económicos, fue uno de los motivos que paralizaron la causa de beatificación, iniciada en 1969. Pasados unos años, a través de una petición de Juan Pablo II dirigida al padre Flavio-Roberto

Carraro, ministro general de los capuchinos se desbloqueó el proceso de beatificación del padre Pío porque uno y otro, tanto el Santo Padre como el ministro general habían tratado espiritualmente y se habían confesado con el famosísimo padre Pío de Pietrelcina. Además, el Santo Padre estaba especialmente agradecido a fray Pío porque por sus oraciones había conseguido la curación de la profesora Wanda Poltawska, amiga del obispo Karol Wojtyła, que sanó milagrosamente de un cáncer en 1962, seis días antes de ser operada.

EN realidad, poco después de la muerte del padre Pío, ocurrida en San Giovanni Rotondo el 23 de setiembre de 1969, se comenzó a hablar del proceso de beatificación; y el 4 de noviembre de 1969 el Postulador General de los capuchinos, el padre Bernardino da Siena, dio los primeros pasos y durante el año 1973 se presentó la documentación recopilada a la Congregación de los Santos, pero no se obtuvo el «nihil obstat» de la Sagrada Congregación hasta el 22 de noviembre de 1976 con una respuesta que si bien no era plenamente positiva, tampoco cerraba las puertas a la canonización. El 3 de marzo de 1980, el postulador general entregó nueva documentación a la Congregación de los Santos y durante el generalato del padre Carraro, y a petición de Juan Pablo II se desbloqueó definitivamente, como ya hemos dicho, la causa de canonización del padre Pío, porque el 29 de noviembre de 1982, el papa Juan Pablo II autorizó la apertura del proceso informativo en la diócesis de Manfredonia, después del «nihil obstat» de la Congregación de los Santos, que previamente había declarado que el proceso se apoyaba en una base de sólida documentación. Enseguida, el 20 de marzo de 1983, empezó el proceso diocesano, que duró siete años, por la gran cantidad de testimonios y milagros, recopilados en 104 extensos volúmenes. El 21 de enero de 1990 se clausuró el proceso diocesano y, una vez remitida la documentación a Roma, el 13 de julio de 1997, los consultores teológicos dieron el visto bueno para la declaración de virtudes, después de estudiar una «positio» de cuatro volúmenes divididos en seis tomos que ocupan unas ¡siete mil páginas! Finalmente, el 18 de diciembre de 1997 se publicó el decreto de heroicidad de virtudes, y con la declaración del padre Pío como «venerable» se abrió definitivamente la puerta a la mundialmente anhelada beatificación y canonización del capuchino más famoso de la historia franciscana, y uno de los hombres más famosos del siglo xx.

Schola Cordis Iesu

Sección del Apostolado de la Oración

En la Asamblea General Ordinaria de Schola Cordis Iesu del día 28 de diciembre de 2002 fue presentado este proyecto de estatutos para una posible y deseable institucionalización de Schola Cordis Iesu a nivel internacional, texto sobre el que hubo unánime acuerdo. Por tratarse de algo que compete a la Dirección General del Apostolado de la Oración y por quedar todavía pendientes los puntos que corresponderían al tema del párrafo V, Estructura y organización, en especial los relacionados con la conexión de los centros de Schola Cordis Iesu con el respectivo Secretariado Nacional del A. de la O. en el país respectivo, se acordó también que nuestro consiliario, el padre Pedro Suñer, S.I., continuaría la tarea, de acuerdo con la Junta directiva de Schola Cordis Iesu de Barcelona, para la realización de los pasos convenientes y en su caso para la complementación de los puntos no desarrollados suficientemente en el citado párrafo V. Nos parece oportuno dar a conocer aquellos acuerdos en orden a la difusión internacional de la obra que fundó el padre Orlandis en Barcelona. Se trata de buscar los caminos adecuados para su aprobación pontificia como asociación privada de fieles, sección especial del Apostolado de la Oración que busca la fructificación social y cultural de su espiritualidad y doctrina.

I

Introducción

El padre Ramón Orlandis, S.I. (1873-1958), trabajó en la formación de un grupo de jóvenes seglares según el espíritu y la doctrina del padre Enrique Ramière y los ideales del Apostolado de la Oración y orientándoles según el mensaje del Amor misericordioso y de la Infancia espiritual de santa Teresa del Niño Jesús.

Esta tarea se realizó en dos etapas sucesivas con el nombre de *Iuventus* (1925-1931) y *Schola* (1931-1939).

En 1940 incorporó el grupo, como sección del Apostolado de la Oración, con el nombre de Schola Cordis Iesu, a su centro de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús de Barcelona (calle Caspe). Pronto algunos de sus miembros obtendrían puestos entre el profesorado de la enseñanza oficial. Y en 1944 aparecería la revista *Cristiandad*, fundada colectivamente por los miembros de Schola. La cátedra de Metafísica de la Universidad de Barcelona, obtenidas en 1950 por Jaime Bofill, fue el punto de partida de la que ha venido a ser llamada «escuela tomista de Barcelona».

El 10 de junio de 1957 el director general delegado del Apostolado de la Oración, padre Friedrich Schwendiman, S.I., en carta al padre Roberto Cayuela, entonces director de aquel centro del Apostolado de la Oración de la iglesia del Sagrado Corazón de Barcelona, aprobó unos estatutos, redactados bajo la inspiración del padre Orlandis. De acuerdo con aquellos estatutos, el director diocesano Dr. Cipriano

Montserrat Roig instituyó formalmente Schola Cordis Iesu en 6 de enero de 1960 y nombró director de la misma al que lo era también de aquel centro del Apostolado de la Oración, Francisco Segura, S.I.

En 3 de septiembre de 1970, previa aprobación de la Dirección General del Apostolado de la Oración, siendo director general delegado el padre Francisco Solano, S.I., se aprobaron unos nuevos estatutos conformes a los del Apostolado de la Oración de 1968 y adaptados a las orientaciones del Concilio Vaticano II sobre el lugar de los laicos y de su apostolado en la vida de la Iglesia. El director diocesano, Francisco Muñoz Alarcón, aceptó la nueva orientación que reconocía la iniciativa y responsabilidad de los laicos en Schola Cordis Iesu y nombró su consiliario, el padre Casimiro Puig, S.I.

La Dirección Nacional del Apostolado de la Oración en España, desempeñada entonces por el padre Luis María Mendizábal, S.I., aprobó en 31 de mayo de 1981 unos estatutos de Schola Cordis Iesu como sección nacional del Apostolado de la Oración; las actividades de Schola Cordis Iesu se habían extendido entre tanto en San Sebastián, Bilbao, Pamplona y Palma de Mallorca.

En los estatutos aprobados en Barcelona en 1970 y en los aprobados para toda España en 1981 se hace constar que la inspiración espiritual de Schola Cordis Iesu se expresa en el escrito del padre Ramón Orlandis, S.I., de 1934, titulado «Pensamientos y ocurrencias», publicado a partir de 1955 en la revista *Cristiandad* y sucesivamente en distintas ocasiones conmemorativas.

La Schola Cordis Iesu de Barcelona obtuvo en algunas ulteriores modificaciones de sus estatutos ser

reconocida como dotada de personalidad jurídica canónica privada, por decreto del cardenal Ricard Maria Carles de 25 de noviembre de 1996.

Entre tanto, Schola Cordis Iesu había evolucionado para dejar de ser una obra exclusivamente de juventud masculina y llegar a ser integrada incluso por matrimonios y familias. Han surgido en Schola vocaciones sacerdotales y también religiosas, masculinas y femeninas.

Schola Cordis Iesu, sección específicamente destinada a la tarea formativa, ha podido ser por lo mismo estimulante e impulsora de actividades por las que pudo ser calificada en 1962 por el padre Luis González, S.I., entonces director nacional del Apostolado de la Oración en España como «única en el mundo en cuanto a desarrollar en el plano cultural el ideal del Apostolado de la Oración». El padre Juan Bautista Janssens, prepósito general de la Compañía de Jesús, en carta de 16 de mayo de 1955 al presidente de Schola Cordis Iesu, Domingo Sanmartí Font, expresaba con su felicitación este valioso juicio: «Al propagar las grandes enseñanzas que se encierran en la sólida devoción al Sagrado Corazón de Jesús y en los documentos pontificios para promover el reinado de Cristo en el mundo, estáis realizando un apostolado muy en consonancia con las necesidades de nuestra época. Pido al mismo Divino Corazón quiera bendecir copiosamente vuestra obra para gran bien de la Iglesia y de la sociedad». El padre Peter-Hans Kolvenbach, en carta de 19 de abril del año 2000 al presidente de Schola Cordis Iesu, Gerardo Manresa Presas, reiteró aquellos juicios y sentimientos expresados por el padre Janssens en 1955.

El desarrollo y expansión de Schola Cordis Iesu con actividades también en Huelva, en Madrid y en Santiago de Chile nos sugieren la conveniencia de realizar ahora algo que ya en 1957 había sugerido el padre Schwendiman al padre Roberto Cayuela: presentar a la Dirección General del Apostolado de la Oración el deseo de que Schola Cordis Iesu sea definida y aprobada como una sección propia del Apostolado de la Oración realizable universalmente según inviten a hacerlo las aspiraciones y deseos apostólicos y las circunstancias y posibilidades de grupos de seglares que se sientan alentados por los ideales apostólicos y el ambiente espiritual del Apostolado de la Oración.

II

Qué es Schola Cordis Iesu

Es una asociación privada de fieles, sección especial del Apostolado de la Oración, dedicada a formar miembros aptos para difundir la espiritualidad del Apostolado y que para ello se esfuercen en la comprensión del culto al Sagrado Corazón de Jesús y de su providencial adecuación a las necesidades de la humanidad contemporánea.

Schola Cordis Iesu responde a las aspiraciones y aptitudes de los seglares que se sientan llamados a encontrar en el culto al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María impulso y orientación para las tareas de inculturación de la fe y de instauración del reinado de Cristo en la vida humana.

A la vez que sirve así a los fines apostólicos propios del Apostolado de la Oración, estimula y orienta al servicio del Reino de Cristo la actividad personal de cada uno según su concreta vocación temporal y social en el ámbito de las responsabilidades del cristiano seglar en el campo familiar, ciudadano y profesional.

III

Programa específico de espiritualidad y doctrina

1. Schola Cordis Iesu se inspira en la tarea doctrinal y apostólica del fundador del Apostolado de la Oración, el padre Enrique Ramière, y siguiendo siempre el Magisterio de la Iglesia considera la devoción al Sagrado Corazón como señal de esperanza destinada providencialmente a ser signo de paz, unidad y salvación para el mundo en el reconocimiento de la Realeza de Cristo.

2. Procura vivir como inseparables el culto al Corazón de Jesús y al Espíritu Santo «que mora en la Iglesia y habita en los fieles como en su templo, dando testimonio de su filiación adoptiva y que infunde en nuestros corazones la caridad por la que podemos amar a Aquel que nos amó con corazón de hombre» (cf. Estatutos II, 2).

3. Fomenta en sus socios el culto al Corazón de Cristo en la consagración de sí mismos a Él en respuesta al Amor del Señor, y la reparación por sus pecados y los de todo el mundo, mediante las diversas formas de culto aprobadas por la Iglesia (art. 13 de los Estatutos del Apostolado de la Oración, promulgados por Pablo VI, el 27 de marzo de 1978).

4. Fomenta en sus socios la devoción a María, Madre de Dios y de la Iglesia, conforme a las enseñanzas de la Iglesia sobre la misión de María en el misterio de Cristo y en la economía de la Salvación.

5. Procurando infundir en sus asociados la conciencia de ser miembros de la Iglesia y convencidos de que «por el mismo Espíritu y Señor nuestro que dio los diez mandamientos es regida y gobernada nuestra Santa Madre Iglesia» (Ejercicios, 365) tiene como principio y norma la aceptación filial de las enseñanzas del Magisterio eclesiástico.

6. Promueve la práctica de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola, que considera como par-

ticularmente adecuados para fomentar el espíritu de oración y la unión con Dios en la acción apostólica, y congruentes con la espiritualidad del Corazón de Jesús.

7. Para la armonía y síntesis con la fe de todos los conocimientos verdaderos y de todos los valores humanos en orden al Reino de Cristo se asumirá el criterio establecido por el Concilio Vaticano II: «Estudiando con toda atención los nuevos problemas e investigaciones del progreso moderno, de modo que se vea más claramente cómo la fe y la razón tienden a la misma verdad, siguiendo en ello las enseñanzas de los Doctores de la Iglesia y de modo especial de santo Tomás de Aquino» (*Gravissimum educationis*, 10).

IV

Actividades propias

1. Son actividades propias las de formación espiritual y cultural conducentes a los fines expresados y en general a los fines del Apostolado de la Oración. Para vivir comunitariamente el espíritu de consagración y reparación, Schola Cordis Iesu organizará el culto eucarístico en forma de «Hora santa» y de grupos de Adoración nocturna.

2. Se procurará que este conjunto de tareas de estudio y formación preparen a sus asociados para difundir el ideal del Reino de Cristo por su Corazón y el programa espiritual del Apostolado de la Oración por todos los medios, aun los modernos de comunicación social.

3. Schola Cordis Iesu estimula a sus asociados a colaborar en obras y publicaciones dirigidas a la animación cristiana del orden temporal en el espíritu del Reinado del Sagrado Corazón. También los impulsa a trabajar en tareas de educación cristiana en el ámbito familiar y escolar en todos sus grados. Procura ayudarles en la orientación de su vida como testimonio y servicio al Reino de Cristo en los campos concretos de sus responsabilidades profesionales y sociales.

4. Dedicará especial atención a fomentar la consagración familiar a los Corazones de Jesús y de María, y a trabajar también por mantener y difundir el rezo del Rosario en familia.

5. Las sesiones de estudio, conferencias, cursos o círculos se ambientarán siempre en un sentido de formación apostólica, expresada también en la plegaria en común.

6. Donde las circunstancias y posibilidades lo permitan será procedente la creación de bibliotecas especializadas, hemerotecas, etc., en las materias que resulten conducentes para los fines propios de la sección o para los fines comunes del Apostolado de la Oración.

V

Estructura y organización

1. Schola Cordis Iesu, si se instituye o erige como sección del Apostolado de la Oración, se regula por los estatutos del mismo y por las normas peculiares contenidas en estos estatutos. En conformidad con ellos, cada grupo o centro podrá establecer normativas concretas.

2. Schola Cordis Iesu podrá ser instituida o erigida de acuerdo con las normas comunes del Apostolado de la Oración y las propias de sus secciones en aquellos centros del Apostolado que lo deseen. Donde esto no sea posible o conveniente, si hay un grupo de fieles que deseen constituirse como Schola Cordis Iesu, podrán hacerlo o como grupo independiente o perteneciendo a alguna otra entidad eclesial, siempre con la aprobación de la autoridad eclesiástica pertinente. Podrán tomar un nombre semejante y seguir el espíritu y prácticas de estos estatutos y mantener contacto y colaborar con los demás grupos de Schola Cordis Iesu.

3. La dirección de cada centro de Schola Cordis Iesu podrá realizarse:

a) por un director nombrado para ello que puede ser sacerdote, religioso o laico, varón o mujer.

b) estableciendo en sus estatutos propios una dirección colegial formada por un grupo de responsables elegidos.

4. La Dirección Nacional del Apostolado de la Oración podrá establecer un Secretariado Nacional propio para Schola Cordis Iesu, que cuidará de animar y programar las líneas de formación conformes al espíritu de esta Sección.

5. En el caso previsto en V, 3b, siempre que la Dirección sea desempeñada por un seglar, se podrá pedir a la autoridad competente la designación de un consiliario, sacerdote o religioso, que asesore a Schola Cordis Iesu en su integración y colaboración con las tareas generales del Apostolado de la Oración y demás obras apostólicas.

6. Los distintos centros de Schola Cordis Iesu existentes en una nación se podrán reunir en convivencia con una periodicidad por lo menos anual, para tratar sobre actividades comunes, sobre la expansión y desarrollo de la obra y sobre su colaboración a las tareas del Apostolado de la Oración y sus demás secciones, y de modo general sobre todas las actividades conducentes a difundir el ideal del Reinado de Cristo por su Corazón.

Pensando hoy en su teología de la historia

FRANCISCO CANALS VIDAL

EN el primer artículo escrito en la revista *Cristiandad* por el que había sido maestro de sus redactores, inspirador y «tutor de la revista en su minoría de edad», artículo titulado «Advertencia previa», que introduce un estudio monográfico sobre el fin del Sacro Romano Imperio en 1806 al imponer Napoleón la renuncia de aquel título por el que después se llamaría sólo emperador de Austria, escribió el padre Orlandis: «Uno de los acontecimientos revelados como futuros en la Sagrada Escritura es la aparición en su tiempo del hombre llamado del pecado, del Anticristo, supremo perseguidor de la Iglesia. En los tiempos de fe más viva preocupaba hondamente este hecho profetizado; ahora casi ha desaparecido del cuadro de las preocupaciones humanas. Pues bien, fundándose en la Escritura, los escritores eclesiásticos de los tiempos primeros de la Iglesia pensaban que debía haber sucesión de continuidad entre la desaparición del Imperio romano y la aparición del Anticristo, y por esto fue uno de los motivos de pánico temor para los cristianos del siglo v el derrumbamiento del Imperio.

»Parecía a primera vista suficiente razón para abandonar aquella interpretación de la Escritura, la natural decepción que había de producir en los espíritus el tener ante la vista las ruinas del Imperio. Y, sin embargo, no fue así; continuaron los escritores eclesiásticos aferrados a la interpretación tradicional, y no la abandonaron ni siquiera cuando en el siglo xv, al conquistar los turcos Constantinopla, pereció de muerte miserable el Imperio de Oriente, y quedó tan arraigada la creencia que aun a fines del siglo XVI un varón tan eminente como san Roberto Belarmino no dudaba en esgrimir contra la estolidez de los protestantes que decían que era el Anticristo el pontífice romano, un argumento fundado en la interpretación tradicional, es a saber: que mal podía ser el papa el Anticristo ya que éste no había de aparecer mientras durase el Imperio romano y éste aún existía».

A la tradición teológica aludida se refirió *Cristiandad* ya en su número 5, de 1 de junio de 1944, en el artículo de Domingo Sanmartí Font «Perspectivas históricas en Daniel». Según la interpretación tradicional, se comentaba allí el sueño de Nabucodonosor, narrado en el capítulo II y el sueño de Daniel, narrado en el capítulo VII; en uno y otro,

aquella interpretación hablaba de la sucesión de cuatro imperios: el asirio-babilónico, el medo-persa, el griego de Alejandro Magno y sus Diádocos, y el Imperio romano.

La aparición en la historia del imperio antiteístico del Anticristo (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, núm. 675-677) no sobrevendría sino después de que hubiese cesado el poder imperial romano, que era presentado por muchos autores como aquello que, según el apóstol Pablo, detenía la acción del misterio de iniquidad en el mundo que conduciría a la apostasía y a la manifestación del «hombre del pecado» (cf. II Tes 2,3-7).

Como habrá podido ver el lector, el padre Orlandis recordaba que Belarmino utilizaba el argumento de la existencia del Imperio romano para refutar a los luteranos que presentaban al papa como el Anticristo.

En un pasaje del Apocalipsis en que se habla de la Bestia, símbolo del poder político enemigo de Dios, se alude a «siete cabezas» que simbolizan siete reinos de los que se dice que «cinco cayeron, uno es y el otro todavía no vino, y cuando viniere durará poco» (Ap 17,9-10).

El padre Juan Rovira, en su obra inédita *De Regno Christi in Terris consummato*, comenta el paralelismo entre esta sucesión de reinos y los expresados en las visiones del profeta Daniel, y al notar que *el que es* en el momento de escribir el autor del Apocalipsis es el mismo Imperio romano, el cuarto de la sucesión expresada en Daniel, y que en el Apocalipsis ocupa el quinto lugar. Esto implica la alusión a dos imperios anteriores al asirio-babilónico, es decir, el egipcio, y el primer imperio babilónico. Notemos que en tiempos de este primer imperio tiene lugar la vocación de Abraham; en el Imperio egipcio vive el exilio el pueblo de Israel, liberado por Moisés; Asiria y Babilonia destruyen los reinos de Israel y de Judá y esclavizan de nuevo a los israelitas; son liberados por el Imperio persa; de nuevo sometidos y perseguidos por los griegos en tiempos de Antíoco Epifanes; sometidos finalmente por el Imperio romano, bajo cuyo dominio es destruida Jerusalén y tiene lugar la Diáspora, que habrá de durar hasta la reunión del pueblo judío en su tierra.

Por decir el autor del Apocalipsis que el séptimo imperio habrá de durar poco tiempo, comenta Rovira

que tal vez por esto no fue mencionado en las profecías de Daniel.

Atendiendo a que todos los imperios allí simbolizados están en relación profunda con la vida del pueblo elegido por Dios, he pensado a veces que esta séptima cabeza representa el Imperio, de breve duración que podríamos llamar británico-americano. Dominó la cuarta parte de la tierra, pero como tal imperio comenzó su ocaso al fin de la segunda guerra mundial, cuando renunció Jorge VI al título de emperador de India que había asumido la reina Victoria en el siglo XIX. En él tuvo lugar la formación del Hogar Nacional Judío y de él se separó el Estado de Israel, al que siempre ha apoyado el poder de los Estados Unidos de América. Hoy llaman todos «el Imperio» a América, a la vez que parece que su hegemonía mundial, cuestionada por muchos, está entrando en su etapa final.

El fin de un poder imperial en el mundo implica la entrada en lo que llamaríamos una democracia igualitaria en lo internacional. Queda por ver si ésta es posible o si necesariamente nos lleva a un período anárquico y sin norma en la vida colectiva de la humanidad: sería ésta la preparación congruente al dominio mundial de la potestad anticristiana.

Recordando conversaciones con el padre Orlandis referentes al misterioso hecho de que un poder imperial surgido de ideales de soberbia humana pudiese ser el obstáculo que detenía la acción del misterio de iniquidad en el mundo, y cuya desaparición había de ser previa a la aparición del poder anticristiano en que culmina el enfrentamiento de la humanidad a Dios, advertía que la corriente que llevaría al Anticristo opuesta a Dios y a toda norma de orden de autoridad natural exigía la desaparición previa de autoridad en el mundo.

En el texto del Apocalipsis se habla de «diez cuernos» que recibirán el poder «por una hora» después que hubiese cesado el de las siete cabezas de la Bestia (Ap 17,12-14).

Recordando respuestas del padre Orlandis a preguntas nuestras, he de decir que no veía en el comunismo la realización del Anticristo, sino una etapa previa, a la que seguiría una invasión oriental sobre el mundo cristiano que veía aludida en los textos del Apocalipsis, capítulo IX, versículos 13-21, en que se habla de una orden divina de soltar a los ángeles que están en las orillas del Éufrates.

Preveía también, y pensaba que era algo preanunciado proféticamente, un intento de restauración del imperio político romano, que precedería

a la ruina de Roma, de la que habla Cornelio a Lápide en su comentario al Apocalipsis. Según el gran escriturista, el imperio del Anticristo tendrá su sede en Jerusalén y destruirá Roma en un impulso de odio a Cristo y a la Iglesia, pero cuando ya Roma, la ciudad, no será una ciudad cristiana, sino que habrá vuelto a la mundanidad gentil y a la soberbia antropocéntrica:

«Así pues, concedo a los herejes que aquí [en el Apocalipsis] la ciudad de Roma es llamada Babilonia; concédanme ellos igualmente que de esto no se sigue que se dé el nombre de Babilonia a la Iglesia romana, presidida por el Sumo Pontífice, sucesor de san Pedro, vicario del Señor Jesucristo en la tierra» (*Comentario sobre el Apocalipsis*, cap. 17,1-6).

»La profecía ha de entenderse de la ciudad de Roma como será hacia el fin del mundo: consiguientemente, la ciudad romana volverá entonces a su gloria primera e igualmente a su idolatría y sus vicios, y será cual fue en tiempo de san Juan bajo Domiciano y Nerón. Y de cristiana se volverá gentil...»

»El nombre soberbio de eternidad, y consiguientemente de divinidad fue dado a Roma por los escritores gentiles, que para adularla la llamaron Roma Eterna, Diosa Roma» (*ibídem*).

En toda la profecía apocalíptica de la destrucción de Babilonia como centro del poder político mundano y neopagano, se nos advierte siempre de que el odio de los que «aborrecerán a la ramera y la dejarán devastada y despojada, y devorarán sus carnes y la abrasarán con fuego», es dispuesto providencialmente «porque Dios puso en sus corazones que ejecutasen su designio, y que ejecutasen un mismo designio, para entregar su reino a la Bestia y hasta que se cumpliesen las palabras de Dios» (Ap 17,16-17).

No intentaba aquí desarrollar un sistema teológico-histórico sino evocar en quienes tuvimos la dicha de oírle la actitud esperanzada con la que el padre Orlandis sentía las permisiones divinas por las que en odio a Cristo, se odia también y en apariencia principalmente la soberbia y mundanidad de los poderes políticos ya descristianizados, y sentía en todo este torbellino del mundo contemporáneo la preparación de los caminos del Señor hacia el cumplimiento de su designio:

«Se ha hecho el reino de este mundo del Señor Nuestro y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos» (Ap 11,15).



Pequeñas lecciones de historia

El galicanismo: Trento y el reino de Francia (II)

GERARDO MANRESA

EL galicanismo implantado en Francia, tanto bajo la Pragmática Sanción como luego, de forma solapada, bajo el Concordato de Francisco I, dejó al pueblo francés sin el cuidado de los obispos y con un clero sin celo apostólico.

Al mismo tiempo, el calvinismo fue implantándose entre la aristocracia francesa, como lo había hecho entre los príncipes alemanes, de forma que en el año 1559 Coligny era el general que mandaba las tropas francesas en la batalla de San Quintín y que fue derrotado por Manuel Filiberto de Saboya, jefe de las tropas de Felipe II.

En 1560, muerto ya Enrique II, los hugonotes se sentían tan fuertes que atentaron contra la vida del nuevo rey Francisco II, esposo de María Estuardo de Escocia. En este atentado, en Amboise, participaron Coligny y Condé, instigados por príncipes protestantes alemanes. Condé y Coligny fueron condenados a muerte, pero el fallecimiento de Francisco II y la regencia de Catalina de Médicis les salvaron de la muerte.

Durante la vida de Catalina, mujer ambiciosa e intrigante a quien no agradaba el camino recto, ya en su regencia, ya siendo reyes sus hijos, desde 1562 a 1587, se desarrollaron las guerras de religión en Francia.

Durante todos estos años los príncipes y nobles franceses iban cambiando de religión en función de las ventajas que podían sacar de una u otra situación.

La reacción católica del pueblo de Francia, personalizada políticamente, en los primeros años, por la familia Guisa y, más tarde, por la ciudad de París, fiel a la tradición católica francesa, era animada, casi exclusivamente, por los jesuitas y las órdenes mendicantes, mientras la Corona francesa continuaba con su galicanismo, impidiendo la publicación de los decretos conciliares de Trento, porque hacían depender demasiado la Iglesia francesa de Roma.

La jerarquía de la Iglesia francesa era tan dependiente de la Corona que ni la llegada de un hugonote, Enrique IV, al trono supuso ningún problema, pues, según decía él: «Estoy seguro que me obedecerán antes a mí que al obispo de Roma». Tal era el dominio de la corona sobre los obispos franceses.

Pero el pueblo francés no lo aceptaba así y la guerra continuó, de forma que Enrique IV no vio otra solución para llegar a la paz social de Francia, que su conversión al catolicismo. Una vez convertido, la guerra civil cesó. A todos los seguidores de esta reacción

católica, los jesuitas los primeros, se les llamó ultramontanos, es decir, los que obedecían a la Santa Sede.

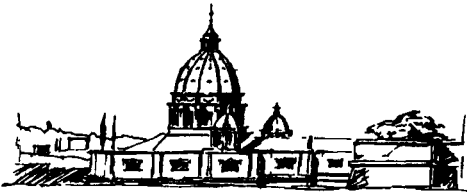
El Concilio de Trento finalizó en el año 1563 y en los años siguientes aparecieron sus decretos, que permitieron la Contrarreforma en muchos países en que la Reforma había hecho estragos, pero en Francia esto no fue posible por oposición directa de los reyes franceses y los Estados Generales, incluso la Asamblea del Clero con ideología galicana, y tuvo que ser la labor de los jesuitas y el pueblo francés más sencillo, con un celo apostólico admirable, los que poco a poco fueran cambiando la situación social francesa.

Salvo excepciones debido a las influencias de las Iglesias de España e Italia, los sacerdotes continuaban buscando su sustento por otros medios y los obispados se obtenían por influencia. En 1608, el obispado de Luçon lo detentaba Antonio de Plessis, que lo abandonó para hacerse cartujo. La familia, para no perder este beneficio, hizo que su hermano Armando-Jean, militar de vocación, obtuviera dicho cargo. Así llegó al cargo de obispo, y más tarde al cardenalato, Armando-Jean de Plessis y de Richelieu. Hay que hacer notar también que dos de los almirantes de la escuadra francesa, entre los años 1630 y 1640, fueron los arzobispos de Burdeos y Nantes.

Hasta el año 1615 la Asamblea del Clero francés no aceptó los decretos del Concilio de Trento y Luis XIII y los Estados Generales se negaron a aceptarlos como ley. A partir de entonces la política de Estado francesa estará por encima de la unidad religiosa y Francia continuará su política religiosa galicana, que justificará su participación en la guerra de los Treinta Años al lado de las potencias protestantes con la única intención de evitar el engrandecimiento de los Habsburgo, la dinastía católica que defendía la religión católica contra los príncipes protestantes.

Este fue el inicio de la separación del poder político de la religión. Desde entonces los políticos católicos, no sólo de Francia sino de todos los países, han ido buscando razones para la separación de la Iglesia y el Estado, cosa que ha hecho llegar a la sociedad occidental cristiana al Estado ateo actual.

A aquellos políticos franceses del siglo XVII, el padre Orlandis les hubiera dicho: «No quieren verlo, pero este error [separación de poderes] llevará al pueblo a la pérdida de la fe».



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Dieciséis fieles, camino de los altares

LA Congregación para la Causa de los Santos anunció ante el papa Juan Pablo II la proclamación de siete milagros, que abren la puerta a la beatificación de otros tantos siervos de Dios, y la proclamación de las virtudes heroicas de 9 fieles.

Los futuros beatos, son:

El siervo de Dios Juan Nepomuceno Zegrí y Moreno (1831-1905): sacerdote de la archidiócesis de Granada (España), fundador en Málaga de la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Santa María Virgen de la Merced (llamadas Mercedarias) para la asistencia de los necesitados.

El siervo de Dios Luigi Talamonti (1848-1926): sacerdote de la archidiócesis de Milán (Italia), profesor en el seminario de Monza y, junto a la viuda Maria Biffi Levati, fundador de la Congregación de las Hermanas Misericordianas de San Gerardo.

El siervo de Dios Luigi Maria Monti (1825-1900): laico, se unió a Dios con votos personales de obediencia y castidad. Ingresó a la Congregación de los Hijos de María. Fundó y gobernó hasta su muerte a los Hijos de la Inmaculada Concepción, para dedicarse a la asistencia de los enfermos y huérfanos y para educar a la juventud.

La sierva de Dios Matilde del Sagrado Corazón, nacida Matilde Téllez Robles (1841-1902), en Salamanca (España). Desde su juventud se dedicó a la adoración eucarística y la asistencia de los más necesitados. En Béjar fundó la Congregación de las Hijas de María Madre de la Iglesia para la educación de las niñas y la asistencia a los enfermos.

La sierva de Dios Piedad de la Cruz, nacida Tomasa Ortiz Real (1842-1916): fundadora en Alcantarilla, cerca de Murcia (España), de la Congregación de las Salesianas del Sagrado Corazón de Jesús. Su firme fe y el espíritu de sacrificio la sostuvieron incluso cuando debió abandonar el gobierno de su obra.

La sierva de Dios Rosalia Rendu, nacida Jeane Marie (1786-1856), educada en el seno de una familia distinguida por proteger a los sacerdotes perseguidos durante la Revolución Francesa. Como Hija de la Caridad de San Vicente de Paúl, se entregó a una inmensa actividad caritativa y de promoción humana y social, fundando centros de educación y de asistencia en París.

La sierva de Dios María Cándida de la Eucaristía, nacida Maria Barba (1884-1949), en Catanzaro (Italia), religiosa de las Carmelitas Descalzas del Monasterio di Santa Teresa en Ragusa. Durante 20 años se dedicó a construir monasterios y difundir la espiritualidad carmelitana con una devota fidelidad a la regla de la Orden.

Fueron declaradas las virtudes heroicas de:

Luigi Boccardo (1861-1936), sacerdote de Turín (Italia), hermano del beato Giovanni Maria Boccardo, a quien sucedió en la dirección de la Congregación de las Pobres Hijas de San Gaetano, en cuyo ámbito él fundó la rama contemplativa de las Hijas de Jesús Rey, ciegas.

Mosé Tovini (1877-1930), sacerdote de la diócesis de Brescia, y sobrino del Beato Giuseppe Antonio Tovini. Se especializó en la formación de candidatos al sacerdocio como rector del seminario de Brescia, donde tuvo como alumno al futuro papa Paulo VI. Fomentó la santidad de los sacerdotes y la enseñanza del catecismo.

Basil Antoine Marie Moreau (1799-1873), sacerdote de la diócesis de Le Mans (Francia), donde fundó la Congregación de los Religiosos de la Santa Cruz para la predicación en el mundo rural, las misiones extranjeras y la educación cristiana. También fundó las religiosas de la Santa Cruz.

Filippo Bardellini (1878-1956), sacerdote del Oratorio de san Felipe Neri, fue protagonista en Verona (Italia) de una vasta actividad caritativa orientada a los sectores más necesitados. Fundó la Obra de las Pobrecillas de la Casa de Nazaret para la asistencia de los jóvenes y mujeres con problemas mentales. Fue amigo de san Giovanni Calabria, con quien compartió el ideal de la santidad.

Eustachio Van Lieshout (1890-1943), sacerdote nacido en Holanda, pero infatigable párroco en el Brasil, donde obtuvo muchas conversiones para la Iglesia Católica. Pertenecía a la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, a la que se había sentido atraído por el heroico ejemplo del beato Damián de Veuster, el apóstol de los leprosos.

Luigi della Consolata, nacido Andrea Bordino (1922-1977), de la diócesis de Alba, sobrevivió con su hermano a la terrible campaña de Rusia durante la segunda guerra mundial. Abandonó los campos de concentración soviéticos con el propósito de continuar su vida al servicio de los enfermos y de los pobres; por lo que ingresó en los Hermanos de San Giuseppe Benedetto Cottolengo de Turín. El hospital fue el centro de su caridad y su testimonio de santidad.

Anna Maria Fiorelli viuda de Lapini (1809-1860), figura ejemplar en el ambiente de Florencia (Italia) durante el siglo XIX. Permaneció viuda después de nueve años de dolorosa vida matrimonial, se consagró a la oración y a las obras de caridad. En la línea de la espiritualidad franciscana fundó la Congregación de las Pobres Hijas de los Santos Estigmas de San Francisco de Asís (Estigmatinas) para asistir a los niños huérfanos y pobres. Su obra contó con el apoyo del beato Pío IX.

Ascensión del Corazón de Jesús, nacida Florencia

Nicol Goñi (1868-1940), nació en España, donde como religiosa dominica vivió hasta los 45 años, trasladándose luego al Perú para realizar una infatigable labor misionera junto al obispo Ramón Zubieta y Les, O.P., cuya causa de beatificación también ha sido introducida. Fue fundadora y superiora general de la Misioneras Dominicas del Santísimo Rosario, creadas para la evangelización de las tribus amazónicas.

Carlos de Habsburgo (1887-1922), emperador de Austria y rey de Hungría. En 1911 se casó con la princesa Zita de los Borbones de Parma, a la cual le dijo el día del matrimonio: «Ahora debemos conducirnos mutuamente al cielo». Ascendió al trono tras el asesinato de Francisco José en 1916, en el curso de la primera guerra mundial. Firme en sus convicciones morales, promotor de la doctrina social de la Iglesia y de una fe ejemplar, prefirió renunciar al poder y al trono antes que sumir a su natal Austria en un conflicto interno. Murió en el exilio, injustamente tratado y en condiciones de gran austeridad en la isla de Madeira (Portugal).

Cinismo sin límites: los asesinos de obispos, sacerdotes, religiosos y laicos reclaman a la Iglesia que «pida perdón»

DESDE la autodenominada fraudulentamente «Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica» se está lanzando, de nuevo y como en tantas ocasiones se ha hecho, una campaña de mentiras y tergiversación de la verdad histórica de nuestra Cruzada.

Con la mayor desfachatez, los sucesores políticos de quienes desataron la más brutal persecución religiosa del siglo XX, han enviado una carta a los obispos españoles reclamando que la Iglesia «pida perdón» por la guerra civil española y asuma, públicamente, con madurez y responsabilidad las consecuencias de sus actos pasados. Dicho documento plantea a los obispos cuatro «demandas»:

– Que la Iglesia Católica abra al público «todos los archivos relacionados con la segunda república, la guerra civil y el franquismo».

– Que retire las placas «dedicadas a los caídos por Dios y por España», para así dejar de «agraviar y culpabilizar públicamente a las familias de las víctimas republicanas, que tienen un derecho a la dignidad incompatible con las citadas placas».

– Que en todas las iglesias «se lea un sermón que reconozca a estas víctimas olvidadas».

– Que Juan Pablo II, durante su próxima visita a España «realice algún gesto simbólico en el que, en representación de la Iglesia, perdone y pida perdón por la colaboración que tuvo la Iglesia con la dictadura franquista».

El historiador Pío Moa, saliendo al paso de estas declaraciones, afirmaba que la carta es «una desvergüenza

asombrosa que intenta imponer una versión histórica incompatible con los datos y los documentos». Pretende «que la Iglesia, que sufrió la mayor y más sangrienta persecución religiosa de la historia, pida perdón a sus martirizadores, cuyos herederos ideológicos, casualmente, ¡no se arrepienten de nada!».

Ciertamente, si se trata de recuperar la memoria histórica, hagámoslo y digamos que la gran víctima de la guerra fue la Iglesia católica, como tituló Castro Albarrán su obra *La gran víctima* que apareció en Salamanca en 1940, pues se trató de exterminar a los representantes de la Iglesia y a la Iglesia misma. Y digamos que fueron asesinados 13 obispos, más de cuatro mil sacerdotes, unos dos mil trescientos religiosos y unas trescientas religiosas sin contar los clérigos sacrificados en la retaguardia de la España republicana. Antonio Montero en su libro *Historia de la persecución religiosa en España* considera que la proporción media de hombres de Iglesia que murieron ejecutados por la represión roja se eleva a un 8 o 10 por ciento. Sin duda, no hubo profesión o grupo social alguno que saliera tan mal parado.

Y en segundo lugar, no puede haber perdón si no hay arrepentimiento, no cabe reconciliación más que en el reconocimiento por parte de los perseguidores de ser los verdaderos causantes de la contienda, y cómo afirma Pío Moa, su herederos ideológicos no se arrepienten de nada.

Más y más abortos en España

A pesar, o más bien cabe decir, gracias a las constantes campañas a favor de un «sexo seguro» mediante el uso de métodos anticonceptivos y preservativos, los casos de aborto continúan aumentando imparablemente en España.

Así, desde 1995, la cifra total de abortos ha crecido en un 41,5%, con un promedio de 5.821 prácticas mensuales, de manera que el aborto se ha transformado actualmente en la principal causa de mortalidad materna en España.

La Pontificia Comisión Bíblica cumple cien años

LA Pontificia Comisión para los Estudios Bíblicos celebró este final del mes de abril toda una serie de actos conmemorativos del centenario de su fundación por el papa León XIII el 30 de octubre de 1902 (carta apostólica *Vigilantiae studii*que).

Dicha Comisión tiene la tarea de promover el progreso en los estudios bíblicos y vigilar frente a los posibles errores que pudieran propagarse. Desde 1904, puede también otorgar títulos académicos en estudios bíblicos, equiparables a los concedidos por los ateneos pontificios desde 1924. Pablo VI, en 1971, reorganizó completamente la Comisión ligándola a la Congregación para la Doctrina de la Fe, de la que depende hoy en día.

Esta inequívoca conciencia de cuál es su misión se remonta a los primeros días de los Estados Unidos de América. En el ya citado discurso de toma de posesión, Bush rememora cómo «*después de la firma de la Declaración de Independencia, el estadista de Virginia John Page le escribió a Thomas Jefferson: “Sabemos que la carrera no la gana el veloz ni la batalla el fuerte. ¿No cree usted que un ángel cabalga el torbellino y dirige esta tormenta?”*». Para acabar a continuación con estas palabras de su propia cosecha: «*Esta historia continúa. Y un ángel todavía cabalga el torbellino y dirige esta tormenta*». De lo que no cabe duda es de que, desde aquel enero de 2001, el torbellino y la tormenta se han desatado con una fuerza inaudita.

Es espíritu del Mayflower y la «nueva alianza»

CUANDO en 1620 una serie de miembros de una congregación puritana que recibía el nombre de Padres Peregrinos se embarcaron hacia América se iniciaba una colonización única en su género. Herederos del espíritu de Cromwell, los disidentes protestantes, puritanos en su mayor parte, que se establecieron masivamente en las colonias americanas, vivían aquel viaje como una reminiscencia del éxodo bíblico. Si en el Antiguo Testamento Dios se había escogido un pueblo y le había entregado una tierra para desde allí alumbrar al mundo, no sin antes hacerlos pasar por penalidades y un largo y duro camino, ahora se repetía esa sucesión de hechos. Sólo que esta vez el pueblo elegido eran los puritanos y su tierra prometida, América. Esta imagen quedaría indeleblemente grabada, incluso en su versión más secularizada, en la mentalidad de los norteamericanos.

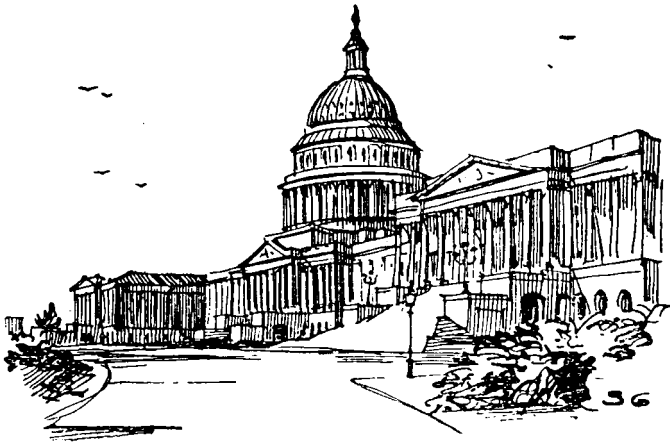
En 1630, John Winthrop, escribía un famoso sermón, «Un modelo de caridad cristiana» a bordo del Arrabella, uno de los once barcos que llevaban a bordo a setecientos hombres, mujeres y niños con el fin de establecer una comunidad puritana en las costas de Massachusetts. En él se plasma con nitidez el espíritu de estos pioneros, tal y como recogen los siguientes pasajes: «*En lo que respecta a la obra que tenemos en las manos, por mutuo consentimiento y en gracia a una intervención especial de la Providencia y de una aprobación más que ordinaria por parte de las Iglesias de Cristo, estamos en busca de un lugar para cohabitar y convivir con una forma debida de gobierno, tanto civil como eclesiástica*». Y más adelante: «*Tal es la relación entre Dios y nosotros: hemos celebrado una Alianza con Él para esta obra*», para acabar afirmando, henchido de resonancias bíblicas, que «*seremos una*

Ciudad sobre una Colina, los ojos de todos los pueblos están sobre nosotros».

Pocos años después, el 19 de mayo de 1643, se constituía la Confederación de las Colonias Unidas de Nueva Inglaterra. El documento es realmente significativo por cuanto pone de relieve ese particular credo norteamericano y el espíritu que infundieron en el país sus primeros moradores. Ya en el prefacio encontramos esta justificación para la confederación: «*Considerando que todos nosotros hemos venido a estas partes de América con un solo e idéntico fin e intención, a saber, para avanzar el Reino de nuestro Señor Jesucristo y para disfrutar las libertades del Evangelio en toda su pureza y paz*». El fin de la colonización de Norteamérica excede pues el ámbito meramente material y asume como propio el establecimiento del Reino de Jesucristo en la tierra, lugar elegido desde donde se propagará al resto del mundo, como se afirma en el artículo segundo: «*Las Colonias Unidas ellas mismas y sus sucesores tanto individual como conjuntamente por la presente se unen en una firme y perpetua liga de amistad y concordia para el ataque y la defensa, ayuda mutua y socorro en toda justa ocasión tanto para preservar y propagar la verdad y las libertades del Evangelio como para su propia seguridad mutua y bienestar*».

Los padres fundadores y la síntesis protestante iluminística

EN 1789, dos años después de la proclamación de la Constitución de los Estados Unidos de América, George Washington era nombrado presidente. Su discurso de toma de posesión es también revelador. En él persiste el tono religioso, una constante en toda la historia norteamericana, pero con matices ya provenientes del iluminismo y las ideas ilustradas. Es pues interesante notar la inventiva desplegada para, al estilo deísta, referirse a Dios sin pronunciar su nombre: «*sería en extremo impropio omitir, en este acto oficial, mis fervorosas súplicas al Todopoderoso que domina el universo; que preside los consejos de todas las naciones, y cuyo auxilio providencial puede superar todos los defectos humanos, que Su bendición consagre las libertades y la felicidad del pueblo de los Estados Unidos, un gobierno instituido por el pueblo mismo para esos fines esenciales. Al ofrecer este homenaje al Gran Autor de todo bien público y privado, seguro estoy de que vuestros sentimientos no son distintos de los míos; tampoco los de mis conciudadanos. No existe pueblo alguno que tenga más obligación de reconocer y adorar a aquella mano invisible que dirige los negocios de*



los hombres, como el de los Estados Unidos. Cada paso hacia el carácter de nación independiente parece haber gozado de alguna prueba de la agencia providencial».

Recoge Washington, pues, esa doble y convergente herencia, la puritana protestante y la deísta iluminista, ambas profundamente revolucionarias, que harán afirmar al primer presidente norteamericano que *«la conservación del fuego sagrado de la libertad, y el destino del modelo republicano de gobierno depende profunda y finalmente del experimento confiado al desempeño del pueblo norteamericano»*.

La religión americana

COMO consecuencia de la multiplicidad de sectas que constituyen el protestantismo y de las concepciones ilustradas en materia de religión, Estados Unidos se funda sobre el pluralismo religioso. Entonces, ¿dónde encontrar un principio común, vital para mantener la unidad de toda comunidad? Todos los cultos serán admisibles, siempre y cuando compartan esa conciencia de elección y de misión del pueblo norteamericano. El norteamericano será religioso, pero su religión tendrá, sea cual sea su credo, un intenso tinte nacionalista. Frente a la unidad de destino de Estados Unidos, las disputas teológicas representan bien poco. En su discurso de despedida de 1796, Washington sostiene esta idea al afirmar que *«con muy poca diferencia, tenéis la misma religión, las mismas maneras, los mismos hábitos y principios políticos»*.

Y Jefferson, en su toma de posesión de 1801, después de insistir en el carácter pseudomesiánico de su patria (*«Una nación que surge y que se extiende sobre vastas y fértiles tierras, y cruza todos los mares transportando los ricos productos de su industria, que avanza con rapidez hacia destinos que escapan a los ojos mortales»*), vuelve a abordar el

carácter de la religiosidad norteamericana, tan vigente hoy como hace dos siglos, al sostener que *«habiendo erradicado de nuestra tierra la intolerancia religiosa que tanta sangre y sufrimientos costó a la humanidad, poco habríamos ganado si aprobásemos una intolerancia igualmente despótica, perversa y capaz de persecuciones tan encarnizadas y sangrientas [...] Dueños de un país elegido, ilustrados por una religión benigna profesada con fe y practicada en formas distintas, pero todas inculcando probidad, verdad, templanza, gratitud y amor al prójimo; reconociendo y adorando una Providencia que al otorgarnos sus dones muestra que le complace la felicidad del hombre en esta vida y la felicidad eterna en la otra; teniendo todas estas bendiciones, ¿qué más es menester para hacer de nosotros un pueblo feliz y próspero?»*.

La Revolución norteamericana

QUIZÁS lo único necesario fuera extender esa vida feliz al estilo norteamericano por todo el orbe. Lo cierto es que Estados Unidos constituían algo nuevo, y los norteamericanos eran conscientes de ello. John Adams, en 1818, volvía a reflexionar sobre el carácter de lo que ya se conocía como Revolución norteamericana. En su opinión *«La Revolución norteamericana no fue un acontecimiento común. Sus efectos y esencias ya se han dejado sentir tremendamente en una gran parte del globo. ¿Cuándo y dónde habrán de cesar?»*. Y prosigue planteando una cuestión trascendental: *«¿Pero qué entendemos por Revolución norteamericana? ¿Entendemos acaso la guerra norteamericana? La Revolución se llevó a cabo antes que la guerra comenzara. La Revolución estaba en los espíritus y en los corazones del pueblo. Fue un cambio en las ideas religiosas de sus deberes y obligaciones»*. Los aranceles y otras cuestiones materiales pasan a segundo término ante *«este enorme e importante cambio en el carácter religioso, moral, político y social del pueblo de las Trece Colonias»*.

Después de recordar sus años en los tribunales de Boston, desde 1758 a 1765, en los que, Adams confiesa, el ambiente de las veladas estaba presidido por la reflexión sobre *«Leibniz, Bolingbroke, Berkeley, la armonía preestablecida del Universo, la naturaleza de la materia y el espíritu y la eterna coincidencia entre operaciones; el destino, la presciencia y lo absoluto»*, vuelve la mirada hacia los orígenes religiosos y protestantes de esa Revolución: *«Los reinos de los Estuardo, los dos Jacobos y los dos Carlos, fueron de común desgracia en Inglaterra. En América siempre se les abominó. La persecu-*

ción y la crueldad sufridas por sus antepasados bajo esos reinados se habían transmitido por la historia y la tradición, y Mayhew parece haber sido educado para volver a dar vida a la aversión contra la tiranía, en la Iglesia y el Estado, y al mismo tiempo destruir su intolerancia, fanatismo y contradicción». La Revolución americana, pues, vendría de lejos y no puede ocultar su cariz anticatólico.

Un himno para una idea

LA guerra de Secesión supuso un paso adelante por la senda de la Revolución, extirpando algunos residuos del viejo orden que pervivían en la aristocracia agraria del sur. Las élites intelectuales de los estados del norte habían ya adoptado a gran escala las ideas provenientes del deísmo inglés y del jacobinismo francés, entroncándolas en la propia tradición milenarista protestante, ahora secularizada. El «Himno de batalla de la República», compuesto en 1861 por Julia Ward Howe, provocaría las lágrimas del mismo Abraham Lincoln al reflejar los anhelos del espíritu nacional. Con un estribillo que afirma que «*Nuestro Dios sigue su marcha*», el himno reúne en sí altas dosis de patriotismo, alabanzas a Dios y odas a la libertad, todo ello con un fuerte tono milenarista.

La marcha de la bandera

EL mismo tono que empleará el senador Beveridge en 1898 al redactar su célebre discurso «La marcha de la bandera», que se inicia con un explícito texto que merece una atenta lectura:

«Noble es la tierra que Dios nos ha dado, tierra que puede alimentar y vestir al mundo; tierra cuyas costas envolverían a la mitad de los países de Europa, tierra que se yergue como centinela entre los dos océanos imperiales del planeta, una Inglaterra más vasta con un destino más noble.

»Poderoso es el pueblo que Él ha plantado en esta tierra; pueblo que ha brotado de la sangre más egregia de la historia; pueblo que vuelve de continuo a la vida gracias a su gente, la más viril, trabajadora y productora de hombres de todo el planeta; pueblo imperial por virtud de su poder, por derecho de sus instituciones, por autoridad de sus propósitos, que se dirigen al cielo: los propagandistas de la libertad y no los avaros.

»Gloriosa es la historia que nuestro Dios ha dado a Su pueblo elegido; heroica historia con fe en nuestra misión y nuestro futuro; historia de estadistas que ensancharon las fronteras de la Re-

pública hasta alcanzar la tierra inexplorada y la vastedad salvaje; historia de soldados que llevaron la bandera a través de desiertos candentes y por entre las montañas hostiles, alcanzando aun las puertas del ocaso; historia de pueblos que se multiplican hasta ocupar un continente en medio siglo; historia de profetas que vieron las consecuencias de los males heredados del pasado y de los mártires que murieron para salvarnos de aquéllos; historia divinamente lógica, en el proceso de cuyo ingente razonamiento nos encontramos ahora».

Partiendo de semejantes presupuestos, la llamada al imperialismo benéfico es obligada. Un imperio diferente de los antiguos, cuyos efectos benéficos los norteamericanos sienten que no pueden guardarse para ellos solos: «*¿Continuará acaso el pueblo norteamericano su marcha hacia la supremacía comercial del mundo? ¿Deben las instituciones libres ampliar su reino sagrado, mientras los hijos de la libertad crecen en fortaleza, hasta que el imperio de nuestros principios se establezca sobre las almas de toda la humanidad? ¿No tenemos acaso una misión que llevar a cabo, un deber que cumplir para con nuestros hermanos? ¿Nos ha otorgado Dios ciertos dones más allá de nuestros desiertos, señalándonos como el pueblo de Su favor, sólo para pudrirnos en nuestro propio egoísmo?»*

La víctima de este exaltado credo será en esos momentos precisamente España, en Cuba y Filipinas, pero en realidad no existe límite para este avance: «*¿Recordaréis que no hacemos sino lo que nuestros padres hicieron —sólo abrimos los pabellones de la libertad más hacia el oeste, más hacia el sur—, que sólo continuamos la marcha de la bandera? Los desleales al evangelio de la libertad montaron en cólera, ¡pero la bandera se movió majestuosa! Y en la actualidad, obedeciendo a la misma voz que oyeron y obedecieron Jefferson, Jackson, Monroe, Seward, Grant y Harrison, nuestro presidente planta la bandera sobre las islas de los mares, puestos de avanzada del comercio, ciudadelas de la seguridad nacional, y así ¡la marcha de la bandera sigue su curso!*

»Prodigiosamente, Dios nos ha guiado. Allí, en Bunker Hill y en Yorktown, Su Providencia estaba con nosotros. En Nueva Orleans y en los mares ensangrentados, Su mano nos ha ayudado. Abraham Lincoln fue Su ministro, y suyo fue el altar de libertad que los soldados de la nación levantaron en cientos de campos de batalla. Su poder dirigió a Dewey en el Oriente y dejó a la flota española en nuestras manos, como dejó a la antigua Armada en manos de nuestros padres ingleses hace dos siglos.

«No podemos huir de nuestros deberes para con el mundo; es nuestra la ocasión de llevar a cabo el propósito de un destino que nos ha llevado a ser mayores que nuestras pequeñas intenciones. No podemos retirarnos de tierra alguna en donde la Providencia haya desplegado nuestra bandera; es nuestra la ocasión de salvar esta tierra para la libertad y la civilización».

El nacionalismo de Roosevelt

A menudo se considera a Theodore Roosevelt como un nacionalista aislacionista y realista. Si bien caben ciertas matizaciones, lo cierto es que su nacionalismo es partícipe también de ese mesianismo secularizado común a los dirigentes norteamericanos. En efecto, una mirada más atenta a su discurso titulado «El nuevo nacionalismo», de 1910, nos confirma en la idea de que, aparte de diferencias de detalle, todos los presidentes estadounidenses han estado imbuidos del mismo espíritu. Así, para Roosevelt *«Nuestro país –esta gran república– nada significa a menos que represente el triunfo de la verdadera democracia, el triunfo del gobierno popular. Así pues, la historia de los Estados Unidos es hoy el fundamento de la historia del mundo, ya que el mundo tiene esperanza en nuestra democracia, y, ¡ay mis conciudadanos! cada uno de vosotros lleva sobre los hombros la enorme responsabilidad de hacer las cosas bien en beneficio de vuestro país, y la responsabilidad de hacer las cosas bien y de velar por que esta nación haga las cosas bien en beneficio de la humanidad».*

Los Catorce Puntos de Wilson

PROSIGUIENDO nuestro camino por el convulso siglo XX nos encontramos con Woodrow Wilson, el presidente que decidió la entrada, determinante para su desenlace, de Estados Unidos en la primera guerra mundial. La configuración de la nueva Europa, que tan funesta se demostró, se basó en los principios del «Discurso de los Catorce Puntos» de Wilson en 1918, inspirado por ese omnipresente sentido de misión estadounidense. Las motivaciones norteamericanas serían pues desinteresadas y responderían a su deber, impuesto por el Altísimo: *«Entramos en esta guerra porque se cometieron violaciones al derecho que nos conmovieron e hicieron imposible la vida de nuestro pueblo, si no se resarcían y el mundo quedaba a salvo, de una vez y para siempre, de su repetición [...] El programa de la paz mundial es, entonces, nuestro programa».* El

país llamado a regir el orbe aceleraba el paso hacia su meta.

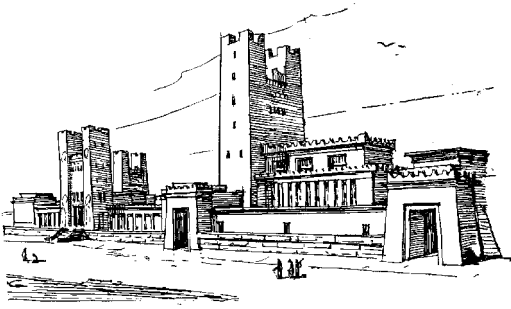
Pax americana

FRANKLIN D. Roosevelt, en 1937, se dirigió a su país en lo que se conoce como el «Discurso de la Cuarentena». Estados Unidos dejaba atrás la crisis del 29 y se preparaba para extender su doctrina por todo el mundo. En opinión de Roosevelt, *«en las condiciones modernas, y por el bien de su propio futuro, el pueblo de los Estados Unidos debe pensar en el resto del mundo».* La paz, pero no cualquiera, sino la pax americana sería la que anhelaba el mundo: *«Si la civilización ha de sobrevivir, los principios del Príncipe de la Paz deben restaurarse [...] Los Estados Unidos odian la guerra. Los Estados Unidos esperan la paz. Los Estados Unidos se comprometen activamente en la búsqueda de la paz».*

Acabada la segunda guerra mundial, Estados Unidos se erige como uno de los dos modelos ofrecidos a la humanidad. En el mensaje que el presidente Truman envía al Congreso, el 24 de junio de 1949, se afirma la esperanza en esa pax americana, ambiciosa en su alcance y teñida de tintes seudomesiánicos: *«Solamente la democracia puede proporcionar la fuerza vital capaz de llevar a los pueblos del mundo hacia una acción triunfal, no sólo contra sus opresores humanos, sino también contra sus antiguos enemigos: el hambre, la miseria y la desesperanza».*

Un presidente «católico»

LA llegada a la presidencia de John F. Kennedy, el primer y último presidente católico, al menos de origen familiar, de los Estados Unidos fue recibida como una gran novedad. Si bien es cierto que ciertas formas variaron, su discurso no desentona dentro de lo que hemos ido viendo que constituye este peculiar espíritu norteamericano. Con un mensaje que adopta tonos más vagos pero enormemente deudores del mesianismo norteamericano, Kennedy alude en su discurso de toma de posesión, el 20 de enero de 1961, a la era de paz y prosperidad que Estados Unidos traerá al mundo, superando los riesgos de destrucción total a los que se enfrenta la humanidad: *«El mundo es muy distinto ahora, porque el hombre tiene en sus manos mortales el poder de abolir toda forma de pobreza humana y, también, toda forma de vida humana. Y, sin embargo, las mismas ideas revolucionarias por las que lucharon nuestros antepasados siguen discutiéndose en todo el planeta. No nos atrevamos a olvidar, hoy día, que somos he-*



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

¿Es realmente George Bush un iluminado que se cree elegido por Dios para extender la democracia norteamericana por todo el orbe? ¿Han tenido sus creencias religiosas un papel fundamental en el desencadenamiento de la reciente guerra de Iraq? Según muchos de los comentarios aparecidos en la prensa estos días todo se reduciría a que un país, con un poder sin igual en la historia, ha caído en manos de un loco fundamentalista que ha dado un giro de timón, convirtiendo a esa potencia benéfica en un Leviatán desatado. Una mirada libre de prejuicios nos mostrará los errores en que incurre dicho análisis.

Las creencias de George W. Bush

EL actual presidente estadounidense es lo que los cristianos protestantes evangelistas denominan un «born-again», un nacido de nuevo. Primogénito de una familia rica y poderosa, llegó a los 39 años en plena crisis, hundido por los fracasos y el alcoholismo. Corría 1986 y un encuentro con el telepredicador Billy Graham le haría cambiar su vida, retornando a la fe y emprendiendo una carrera empresarial y política que desembocaría en su elección presidencial. Bush ha sido desde entonces un evangelista convencido que cree que el puesto que ocupa no es casual («No podría gobernar —ha afirmado— si no creyera en un plan divino que trasciende los otros planes») y que Estados Unidos es una nación con una misión especial, como recoge el lema norteamericano «Una sola nación bajo Dios».

Bush, 20 de enero de 2001

GEORGE W. Bush no ha cambiado en lo esencial después de los atentados del 11-S. Si bien es cierto que esa fecha marca un giro en la dinámica de sus decisiones, ya en su toma de posesión como presidente, el 20 de enero de 2001, reflejó cuáles eran sus ideas respecto al papel de Estados Unidos en la historia. La amenaza del terrorismo no ha hecho más que reforzarlas y dotarlas de un plan más agresivo de cara a su realización. En su discurso

Estados Unidos es contemplado como «un mundo nuevo que se convirtió en amigo y liberador del viejo», en referencia a la «Vieja Europa». Y prosigue, en un revelador párrafo:

«Durante gran parte del último siglo, la fe de Estados Unidos en la libertad y la democracia fue una roca en un mar enfurecido. Ahora es una semilla al viento, que echa raíces en muchas naciones.»

Nuestra fe democrática es algo más que el credo de nuestro país, es la esperanza innata de nuestra humanidad, un ideal que llevamos con nosotros pero del cual no somos dueños, una responsabilidad que asumimos y transmitimos. Y aún después de cerca de 225 años, tenemos un largo camino por recorrer.»

Esta conciencia de poseer una misión especial, se completa con la confesión que hace el presidente norteamericano: «Sé que esto está a nuestro alcance porque nos guía un poder mayor que nosotros mismos». Estados Unidos es insustituible («Si nuestro país no lidera la causa de la libertad, la causa de la libertad no será liderada») y traerá a la humanidad la paz y la prosperidad («En el fondo de la conciencia estadounidense sabemos que la pobreza profunda y persistente es indigna de las promesas de nuestra nación»).

Y en el discurso del estado de la Unión del 28 de enero de 2003, Bush resumía su visión de la actualidad internacional: «En Afganistán liberamos a los oprimidos. En Oriente Medio continuaremos buscando la paz entre un Israel seguro y una Palestina democrática. A lo largo y ancho de la tierra, América está alimentando a los hambrientos. Mientras movemos tropas y establecemos alianzas para hacer el mundo más seguro, debemos también recordar nuestra vocación como un país bendecido para mejorar este mundo». Estados Unidos, al mismo tiempo, se percibe como esencialmente no egoísta; es por ello que el presidente norteamericano añade: «La libertad que tanto apreciamos no es el regalo de América al mundo, es el regalo de Dios a la humanidad». De ahí la extrañeza ante el rechazo que múltiples países manifiestan ante este «regalo» que, de este modo, debe ser entregado a la fuerza.

rederos de esa primera revolución. Que sepan desde aquí y ahora, amigos y enemigos por igual, que la antorcha ha pasado a manos de una nueva generación de estadounidenses nacidos en este siglo, templados por la guerra, disciplinados por una paz dura y amarga, orgullosos de nuestro antiguo legado, y nunca dispuestos a ser testigos o permitir la lenta desintegración de los derechos humanos con los que esta nación se ha comprometido siempre, y con los que hoy estamos comprometidos aquí y en todo el mundo. Que sepan todas las naciones, quiérannos bien o mal, que pagaremos cualquier precio, llevaremos cualquier carga, enfrentaremos cualquier penuria, apoyaremos a cualquier amigo, nos opondremos a cualquier enemigo con el fin de asegurar la supervivencia y el triunfo de la libertad. Nos consagramos a todo esto y a mucho más.

»Busquemos invocar las maravillas de la ciencia en lugar de sus terrores. Exploremos juntos las estrellas, conquistemos los desiertos, erradiquemos las enfermedades, lleguemos hasta las profundidades del océano y fomentemos las artes y el comercio. Unámonos para atender en todos los rincones de la tierra el mandato de Isaías. “Deshaced las pesadas cargas y dejad ir libres a los oprimidos”. Y si una cabeza de playa de cooperación puede aclarar las selvas de la sospecha, unámonos, pues, en una nueva empresa; no un nuevo equilibrio de poder, sino un nuevo mundo de ley, en que los fuertes sean justos; los débiles, seguros y se conserve, así, la paz».

Clinton y el siglo americano

ACABADA la «guerra fría», Estados Unidos aparece como una potencia hegemónica mundial. Acorde con estas nuevas circunstancias y aplicando con coherencia el ya conocido espíritu norteamericano, los mandatos de William Clinton se saldaron con un incremento de las intervenciones norteamericanas a lo largo y ancho del mundo. Adoptando su versión más secularizada, pero sin renunciar a referencias bíblicas, Clinton inicia su discurso de toma de posesión recuperando la imagen de Estados Unidos como nuevo Israel: «Guiados por la antigua visión de la tierra prometida fijemos nuestras miras en la tierra de la nueva promesa».

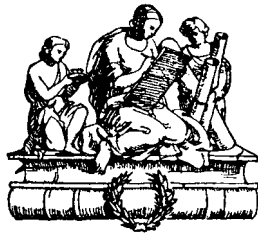
Derrotado el comunismo, Estados Unidos ve más cerca el cumplimiento de su misión en este nuevo siglo en el que suya es la supremacía internacional, ahora que, según Clinton, se puede «dar rienda suelta al potencial ilimitado de todo nuestro pueblo».

La vanagloria y la confianza en las propias capacidades son manifiestas: «Estados Unidos está solo como el país indispensable del mundo [...] Los problemas que otrora parecían destinados a intensificarse, ahora ceden ante nuestros esfuerzos». Ningún rincón del mundo será ajeno a la marcha que los Estados Unidos prosiguen desde su fundación y que llevará a este «nuevo siglo el sueño estadounidense, con el fuego brillante de la libertad estadounidense propagándose por todo el mundo». Y efectivamente, el fuego no está en absoluto ausente de esta empresa.

La paz pasa por Israel

Lo que hemos llamado espíritu norteamericano no ha surgido pues de la mente pueril del presidente Bush, como muchos pretenden hacernos creer. Se trata de una constante presente desde los orígenes puritanos de los primeros Padres Fundadores de Estados Unidos, un nacionalismo religioso de raíces bíblicas distorsionado por una lectura milenarista protestante de las Sagradas Escrituras. Más adelante se producirá una síntesis de este primer espíritu con las ideas iluministas y deístas preponderantes entre las élites intelectuales del país. El sentimiento de elección divina, de misión universal, de ser portadores de las esperanzas de la humanidad serán rasgos determinantes del carácter nacional.

El mesianismo norteamericano hará que, de manera natural, el sionismo judío sea visto con algo más que mera simpatía. Lo que ocurra con el pueblo de la Antigua Alianza no puede serle ajeno al pueblo de la Nueva Alianza. La paz y prosperidad de Israel en un mundo bajo hegemonía norteamericana son contempladas pues como la prueba, difícil pero definitiva, de que efectivamente Dios ha hecho una nueva alianza con Estados Unidos y que, a partir de ella, se abre una nueva era en la historia de la humanidad. No es de extrañar, pues, la confluencia, particularmente intensa y visible en la actual administración norteamericana, entre círculos protestantes, a los que pertenece con fervor el presidente Bush, e influyentes personalidades judías adscritas a lo que se ha dado en llamar *neoconservatismo*, de marcadas simpatías sionistas. Una vez más, Israel se encuentra en el centro de la historia y de su futuro dependerán las pretensiones de los Estados Unidos de América, una singular nación poseedora de una conciencia mesiánica sólo compartida en la actualidad por el propio Israel.



EVAN McIAN

El velo de Verónica

Gertrud von Le Fort

Traducción: Valentín García Yebra

Madrid, Ediciones Encuentro, 1998

A veces leer novelas es una actividad rutinaria y profesionalizada que nos hace apretar el paso para llegar al final lo antes posible y saber cómo acaban; otras veces resulta un placer sosegado, que se degusta despacio, leyendo página tras página con detenimiento, sin impaciencia alguna por llegar al desenlace. Son raras las ocasiones en que se conjuran los astros y disfrutamos del exquisito paladar del mejor estilo, a la vez que somos sacudidos por la urgencia de avanzar en la lectura. Cuando nos encontramos con esta rara experiencia, a buen seguro tenemos entre manos alta literatura, quizá un clásico. Éste es el caso que nos ocupa, tanto en esta primera parte de la novela como en la segunda, *La corona de los ángeles*.

El argumento es sencillo. Una mujer, Verónica, nos narra su adolescencia en Roma, poco antes de la primera guerra mundial, mientras vivía con su abuela, su tía Edelgart y su criada Jeannette, tras ser enviada allí por su padre (el gran ausente) por la muerte de la madre. Nos cuenta cómo, a través de la relación con estos personajes y de la amistad con Enzo, un joven poeta amigo de la familia que vivirá con ellas durante una temporada, va a ir madurando hasta llegar a su conversión al catolicismo.

Esta novela es, antes que nada, un vívido retrato de Roma. La ciudad palpita como símbolo a través de todo el recorrido existencial que por ella transcurre. Se nos dice sobre los poemas del joven Enzo algo que podríamos aplicar metafóricamente a toda la novela: «giran en torno al templo de San Pedro (...) en consonancia con la fantasía de la obra (...) como una gran custodia, solemnemente expuesta ante la Roma profana, que se agita en confusión caótica. Pero este contraste dura sólo un momento; después triunfa el resplandor del misterioso centro de la custodia, y entonces, lenta pero irresistiblemente, se ve inundado todo por su luz. Un principio nuevo parece haber penetrado en el mundo; una realidad misteriosa, que traspasa, consolida y clarifica su mera fantasmagoría; la propia Roma se convierte en una mera aureola del gigantesco templo-custodia de San Pedro».

Pero Roma no sólo es el lugar que permite reconocer lo eterno en lo temporal, en lo caduco de las ruinas de todas las edades que Roma aglutina, sino también es la belleza que Gertrud von Le Fort es capaz de revelar en cada uno de los más escondidos detalles de su narración, que es reconstrucción de una realidad observada, contemplada y vivida hasta el detalle. Con una prosa que sólo hallaría parangón en la fraseología de Proust en cuanto a la forma y en el *Cuarteto de Alejandría*, de Lawrence Durrell, en cuanto a su capacidad para el retrato de una ciudad que parece estar viva, la autora nos señala, ya desde el principio, lo esencial

del escenario, cuando dice: «La canción de mi juventud fue la canción de un pequeño surtidor romano, que vertía su delicado chorro en el vetusto cáliz marmóreo de un antiguo sarcófago, a cuyo borde se me había trasplantado desde la lejana Alemania siendo yo niña. El viejo palacio, en cuyo patio brotaba el surtidor, alzaba sus doradas masas en la sombría confusión de las calles hondas y quebradas del Campo Marzio, frente a la pequeña y soleada plaza de Santa Maria sopra Minerva. Desde las ventanas de nuestra morada contemplábamos el frontispicio erguido, austero y misterioso de esta iglesia. Frente a ella estaban las habitaciones de mi tía Edelgart y de Jeannette, mientras que el magnífico salón de mi abuela miraba a la majestuosa rotonda del Panteón, en la que venera la Ciudad Eterna el monumento mejor conservado de su gloriosa antigüedad». Verónica nos hace, para empezar, un pequeño mapa explicativo de lo que va a ser todo el relato. Su vida de adolescente en busca de una identidad, de una pertenencia, de una paternidad que no acaba de encontrar, va a ser vivida en una tensión entre dos fuerzas: por un lado, el mundo moderno, la civilización cristiana secularizada, la mera razón natural encarnada en la abuela de Verónica, que conserva todavía el gusto por la cultura de la verdad, el bien y la belleza; y, por otro lado, la Iglesia, representada en la humilde figura de Jeannette, la criada, que es el secreto corazón de la casa, de la historia y de esa cultura que en Roma florece.

En todo momento se percibe que la autora está queriendo significar que en la adolescencia de Verónica se está produciendo un punto de inflexión en la historia de Europa. A través de la gracia de su conversión, Verónica se sumerge en la relación con Enzo como quien intenta ser signo de Cristo, ser el velo de la Verónica frente a su generación.

Enzo es un poeta. No es hijo carnal de la abuela, pero sí que en cierto modo es su hijo espiritual (no hay tiempo ahora de explicarlo, pero se parece mucho a la relación que encontramos entre liberales y nihilistas en *Los demonios*, de Dostoievski). Es un chico entusiasmado con el mundo, con su belleza, en el cual la abuela tiene depositadas sus más secretas esperanzas, pero que finalmente no corresponde a las expectativas porque percibe el engaño racionalista, el vano optimismo ilustrado sobre el que éstas se sustentan. Tras el desencanto, la abuela empezará a enfermar para morir: la nueva generación ha de tomar el relevo. Por eso leemos: «el velo resplandeciente, extendido durante decenios sobre el mundo por su alma fuerte y por sus prudentes manos, ahora se le había rasgado, de pronto, obligándola a contemplar la faz odiosa y cruel de las miserias terrenas, que ella siempre había negado».

Las hordas que vienen son las que provocarán la primera guerra mundial y toda la destrucción que ésta conlleva. Pero esto ya nos lleva a la segunda parte del libro, *La corona de los ángeles*, que es imposible no leer una vez leída la primera parte.



El verdadero rostro del comunismo

Mucho se está hablando de recuperar la memoria histórica y de que el olvido del pasado sólo puede dar frutos envenenados. Así es, siempre, claro está, que se busque la verdad histórica, sin falsificaciones ni segundas intenciones. Por eso nos escama el silencio que se cierne en nuestro país acerca de lo que significó el comunismo real y nos provoca sorpresa que alguien pueda definirse públicamente con toda tranquilidad como comunista, manteniendo un cierto halo romántico que en nada concuerda con la realidad de una praxis genocida y totalitaria. No sucede lo mismo en otros países, como queda de manifiesto en las siguientes reseñas extraídas de un reciente repaso a la prensa internacional:

El genocidio de Ucrania

Hace sesenta años de la gran hambruna provocada por Stalin que causó entre 6 y 11 millones de muertos.

Los ucranianos la llaman *holodomor* y es una herida aún abierta. Es la gran hambruna inducida por el régimen soviético en 1932-1933, que costó la vida a un número impresionante de personas: el cómputo de los estudiosos habla de al menos 6 millones, pero hay quienes lo elevan a 10-11. Pero lo que se discute no son tanto las cifras sino la memoria, cómo preservarla e incrementarla. Cada año, en la patria y en el extranjero, se hace memoria de aquel genocidio perpetrado bajo Stalin el cuarto domingo de noviembre.

Que la hambruna fue fruto de una estrategia precisa está fuera de toda discusión. El *Libro negro del comunismo* recuerda cómo los soviéticos, mientras para la hambruna de 1921-22 pidieron la ayuda de la comuni-

dad internacional, buscaron esconder la de diez años después. De hecho, se conservan las notas de un diplomático italiano que en mayo de 1933 escribía: «El hambre continúa realizando estragos de tal magnitud sobre la población que resulta del todo inexplicable cómo el mundo permanece indiferente ante tal catástrofe». Y prosigue: «No hay duda de que esta hambre se deriva principalmente de una carestía organizada y deseada para dar una lección al campesino». Era el proceso de *deskulakización* forzada (los *kulaks* eran los campesinos propietarios de tierras) en nombre del colectivismo.

«Las consecuencias de la hambruna las notamos todavía hoy – escribe el cardenal Lubomyr Husar, arzobispo de Lvov – puesto que con el exterminio físico del pueblo ucraniano, sobre todo de sus campesinos, se desató también un horrendo golpe a su espiritualidad». Golpe que dura hasta nuestros días.

Una jornada para recordar a las víctimas del gulag

Hay fechas conmemorativas cuya recurrencia logra sustraerse a la rutina del ritual retórico e inducen a una reflexión profunda sobre aquello que dicha fecha realmente significa. Una de éstas es la que evoca el episodio quizás más terrible de un siglo, el que acabamos de pasar, nada avaro en horrores: el Holocausto, la Shoah. Un recuerdo que tiene un valor particular en estos momentos, cuando la víctima de la masacre perpetrada por el nacionalsocialismo, el pueblo judío, se encuentra en plena tempestad en la tierra que recuperó.

Pero el evento catastrófico conmemorado, la Shoah, trágicamente fundamental en la atormentada historia judía por el paroxismo de violencia ciega y sistemática que destruyó millones de vidas, superando cual-

quier otra persecución de la que hayan sido víctimas los judíos, no ha sido el único exterminio en el que se haya manchado la humanidad a lo largo del siglo pasado. Otra palabra desagradable ha entrado a formar parte del léxico internacional para designar otra masacre ingente: gulag, entendiéndolo por ello, en primer lugar los lager (*gulag* son las siglas rusas de *Glavnoe upravlenie lagerej*, Dirección central de los lager, esto es, los campos de concentración, explotación y exterminio), pero también, en un sentido más amplio, todo el conjunto de masacres perpetradas primero por el régimen soviético y después por todos los otros regímenes comunistas en el mundo. Se trata de un genocidio no racial, sino social en cuanto que las víctimas fueron sobre todo estratos sociales completos (desde los «burgueses» a los campesinos), pero que también alcanzó a políticos y religiosos; un genocidio cuyas víctimas, como se sabe, se cuentan no por millones, sino por decenas de millones.

No se trata, naturalmente, de poner sobre una abominable balanza los muertos de los dos genocidios para realizar un monstruoso recuento comparativo, sino simplemente de recordar que han existido dos masacres, fruto de dos ideologías perversas distintas, reconociendo, al mismo tiempo a cada una de ellas su especificidad pero también su unicidad: único fue el Holocausto, oprobio de la historia europea y momento misterioso de la historia de los judíos. Único ha sido también el otro genocidio que se ha desencadenado en un país cristiano como Rusia por obra de una ideología atea y que se difundiría por otras civilizaciones, intoxicando mentes y conciencias, incluso allí donde no alcanzó el poder. Pedir que la memoria colectiva conmemore también el genocidio del gulag no significa hacer equilibristas políticos, sino realizar un acto de elemental justicia moral que arranque a la memoria del

crimen antisemita cualquier velo de hipócrita unilateralidad. ¿Encontrará nuestra sociedad la fuerza moral y la valentía civil para añadir a la fecha conmemorativa del Holocausto otra fecha (quizás el 7 de noviembre, aniversario de la Revolución de Octubre) para recordar a las conciencias las decenas de millones de víctimas de otra hecatombe sin precedentes cuya responsabilidad grava también sobre la civilización europea?

Materialismo y genocidio

Si hablamos de memoria no es por una enfermiza atracción hacia el pasado, sino porque sin tener una visión clara de la historia hasta el más trivial de los asuntos presentes se nos presenta como inexplicable. El historiador Pío Moa, desde Libertad Digital, señala el origen ideológico de los genocidios que han ensangrentado nuestro pasado más reciente y que también creemos que aporta luz para la comprensión de las actitudes terroristas que se han convertido en la pesadilla de nuestros días. Escribe Moa que «como una gran masa de la crítica revolucionaria al pasado consiste en destacar los crímenes del capital y de la religión, podría pensarse que los comunistas (o los anarquistas) poseen una fina sensibilidad moral, y que detestan la opresión y el asesinato. Sin embargo, y en aparente paradoja, han sido ellos quienes han impues-

to regímenes de una opresión nunca antes conocida, y perpetrado, junto con los nazis, los mayores genocidios del siglo xx, que también son, probablemente, los mayores o al menos los más deliberados de la historia. Baste recordar el gulag soviético, las campañas de «rectificación» maoístas o las matanzas de Camboya.

»Sin embargo, esa contradicción tiene importancia menor. Volviendo al anarquista Tarrida del Mármol, él se consolaba de la muerte, si la palabra consolar viene aquí al caso, con unas consideraciones a su entender científicas: «La muerte en sí no existe. La cantidad de materia, la cantidad de movimiento, son constantes; no sólo no mueren, sino que también son invariables. Lo único que ha hecho, hace y hará eternamente la materia del mundo infinito, es transformarse por efecto de las infinitas combinaciones de que son capaces los elementos que constituyen el mundo material. Al pasar un cuerpo de inorgánico a organizado, se produce la vida; al pasar de organizado a inorgánico o mineral, se produce eso que llaman muerte (...) benéfico fenómeno». Esta concepción, aunque expuesta con alguna rudeza, también era, básicamente, la de Marx y Engels.

»Pues bien, parece difícil que tal idea del mundo pueda producir respeto a la vida humana o, incluso, una moral cualquiera. En definitiva, vida y muerte serían sólo manifestaciones de la fuerza ciega de la naturaleza,

de la cual serían instrumentos los hombres en sus luchas. ¿Instrumentos ciegos, a su vez? Para Marx, no del todo, pues él creía haber llegado a conocer la dinámica de la evolución humana, y ese conocimiento o conciencia permitiría la libertad (dudosa) de aceptar esa dinámica y adaptarse a ella, o, en otro caso, de resistir... y terminar inexorablemente en «el basurero de la historia». Con esa visión, el exterminio de los que resisten no tiene otra envergadura moral que una transformación de la materia como tantas otras, que diría Tarrida. Quizá esto ayude a entender la frialdad y falta de remordimientos con que han solido asesinar en masa los revolucionarios, actuando como agentes de las «infinitas combinaciones» materiales.

»El contraste entre la hipersensibilidad hacia los «crímenes de la reacción», denunciados hasta la histeria, y la impasibilidad ante los genocidios propios es, pues, una paradoja secundaria. La principal, de la cual es un reflejo la anterior, consiste en que el revolucionario se figura ser agente consciente, y por tanto no ciego, del impulso de la materia, cuando este impulso, a su vez, sí es ciego necesariamente. Pues tan pronto le supusiéramos un sentido o finalidad, estaríamos entrando en el terreno del «idealismo», en la admisión de algo fuera de la materia capaz de aportarle un sentido. ¡El revolucionario sería el agente consciente de una “necesidad” ciega!».

La doctrina católica tradicional

Como quiera que la libertad religiosa que exigen los hombres para el cumplimiento de su obligación de rendir culto a Dios se refiere a la inmunidad de coacción en la sociedad civil, deja íntegra la doctrina tradicional católica acerca del deber moral de los hombres y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo.

Concilio Vaticano II: *Declaración sobre la libertad religiosa*

La justicia y la razón prohíben, por tanto, el ateísmo del Estado o, lo que equivaldría al ateísmo, el indiferentismo del Estado en materia religiosa y la igualdad jurídica indiscriminada de todas las religiones. Siendo, pues, necesario al Estado profesar una religión, ha de profesar la única verdadera.

LEÓN XIII: Encíclica *Libertas* (1888)



De otras fuentes

Tierra Santa se queda sin cristianos

El pasado mes de enero, la revista Tierra Santa, que editan en Jerusalén los padres franciscanos de la Custodia, se preguntaba en su editorial si quedarán cristianos en Palestina, y por extensión en todo el mundo árabe, en el tercer milenio. Y para ilustrar este gravísimo problema publicaba un documentado artículo del padre Artemio Vítores, superior del convento de San Salvador, con el título que encabeza estas líneas. Por su interés, lo reproducimos a continuación:

Los medios de comunicación nos inundan cada día con noticias de ataques y represalias, del clima absurdo de violencia que se ha instalado permanentemente en Tierra Santa. La relación entre israelíes y palestinos se asemeja mucho a la de Caín y Abel, los dos hermanos que viven inmersos en una espiral de odio mutuo que nadie puede o quiere romper. El israelí ve en el palestino al enemigo que le odia y que quiere suprimirlo, mientras que para el palestino el israelí se ha convertido también en el enemigo que le odia y que ha usurpado su tierra, el recién llegado que le ha privado de su patria y de su libertad, al que hay que eliminar. En este contexto son evidentes algunas consecuencias nefastas: el sufrimiento de la gente, el hambre, la destrucción de las posesiones, las violaciones contra la libertad y demás derechos fundamentales del hombre. Esto, evidentemente, vale para los dos pueblos, aunque es obvio que, dado el actual reparto de fuerzas, las peores consecuencias son para los palestinos. A pesar de los intentos de mediación, tanto de los líderes

políticos del mundo como de los líderes religiosos, poco se está logrando para que la justicia, la paz y la tolerancia sustituyan al odio y a la violencia, y puedan construir juntos, israelíes y palestinos, una nueva sociedad.

La disminución drástica del cristianismo en Tierra Santa

En este contexto hay un problema muy grave que los medios de comunicación, tanto locales como extranjeros, silencian o pasan de puntillas por él, sin dar el realce que sería necesario: el **éxodo de los cristianos**. ¡Tierra Santa se queda sin cristianos! O mejor dicho: los cristianos se han convertido en una pequeña minoría, casi insignificante, en relación a la población global de Tierra Santa. La comunidad cristiana, la Iglesia Madre de Tierra Santa, se queda cada día más empobrecida y más raquítica, con las consecuencias previsibles que comporta para todos los cristianos del mundo. Además, y creo que esto es muy importante, la visión cristiana del hombre, que es universal e igualitaria (todos somos iguales porque somos hijos del mismo Padre y Cristo ha muerto por todos), ayudaría a solucionar el conflicto entre israelíes y palestinos, porque se comprendería mejor la importancia del respeto a la persona y a la vida, eliminando la tentación de la exclusión «del otro», aunque en estos momentos, debido a la disminución creciente de los cristianos, poco se puede hacer. Si no se soluciona el problema la presencia cristiana en la cuna del cristianismo será sólo testimonial, ya que el éxodo continúa y se está acelerando, tanto en Israel como sobre todo en los territorios palestinos, como lo demuestra el hecho de que cada vez son más los que piden un visado

para emigrar a un país extranjero, según datos de las embajadas.

Tres son los factores que se han aliado para hacer que, poco a poco, los cristianos constituyan una parte ínfima de la población global del país: la inmigración masiva de judíos, la natalidad galopante de los musulmanes y el éxodo de los cristianos. Sólo algunos datos. Según el Dr. Bernard Sabella, de la Universidad de Belén, desde el 1948 unos 230.000 árabes cristianos han abandonado Tierra Santa y, desde la guerra de 1967, ha emigrado el 35% de la población cristiana palestina y se estima que, en el 2020 los cristianos sólo representarán el 1,6 % de la población total.

Este fenómeno se puede ver en los tres centros principales bíblicos y cristianos: Jerusalén, Belén y Nazaret. La población cristiana de **Jerusalén** ha caído del 25 % al 2 % entre el 1840 y el 2002. En este período los judíos han pasado de 4.000 a 400.000 a causa de la inmigración; los musulmanes han pasado de 4.600 a 143.000, gracias a una natalidad que, como sucede en la mayor parte de los países musulmanes, logra doblar su número cada 25 años. Por el contrario, se ha registrado una emigración muy importante de cristianos, especialmente a partir de la guerra de 1948, pasando de 25.000 a 14.000. A raíz de la «Primera Intifada» ha habido una **emigración** lenta pero continua, ya que en el 1994 los cristianos no llegaban a 12.000.

Belén era, en 1863, una ciudad casi completamente cristiana con 4.400 cristianos frente a los 600 musulmanes; en 1922 había 5.838 cristianos y sólo 818 musulmanes. En 2002 la Ciudad de David tiene sólo 12.000 cristianos en comparación con 33.500 musulmanes. Este cambio de tendencia tan drástica se debe, además de a las razones anteriores, a dos factores adicionales:

la creación de los campos de refugiados alrededor de Belén tras la guerra del 1948 y su consiguiente crecimiento demográfico, y a la llegada a Belén de los musulmanes de Hebrón. A esto hay que añadir la emigración lenta pero constante de los cristianos de Belén durante todo el siglo xx.

Los tres factores apuntados anteriormente se han conjurado para realizar la disminución de los cristianos de **Nazaret**. Hacia el 1897 Nazaret era una pequeña ciudad habitada sobre todo por cristianos: unos 4.000 frente a unos 2.000 musulmanes. En 1947 se había doblado la población alcanzando los 12.000 habitantes, con mayoría de cristianos. Pero la huida hacia Nazaret de todos los habitantes de la ciudad de Séforis, dinamitada por el Ejército israelí, hizo crecer la población de Nazaret de 12.000 a 40.000, siendo musulmanes la mayoría de los nuevos llegados. Algunos años después Israel creó, al este de la ciudad árabe, un barrio judío –Nazaret «Illit»– que ha crecido de un modo desmesurado en estos últimos años. A ello se ha añadido una lenta pero constante emigración cristiana. Y así la Nazaret cristiana del 1900 se ha convertido, en el 2002, según datos de la municipalidad, en una ciudad de 140.000 habitantes, de los que 70.000 son judíos, 38.000 musulmanes y 32.000 cristianos.

Es difícil hacer una estadística sobre el éxodo de los cristianos palestinos en estos últimos años, especialmente desde el inicio de la «Segunda Intifada», que estalló en septiembre de 2000. Ni siquiera los párrocos tienen en su poder datos fiables, ya que, a veces, se trata de una emigración encubierta. Pero existe y se agudiza cada día que pasa a causa de la crisis del turismo y la ausencia total de peregrinos. Como botón de muestra valga éste: sólo de «Casa Nova» de Jerusalén (la hospedería franciscana) cuatro jóvenes han dejado el país en estos últimos meses y es probable que no vuelvan nunca. Pero todos conocemos casos concretos de personas que se han ido, aunque oficialmente no hayan emigrado. Según datos de las alcaldías de Belén, Beit Jala y Beit Shahour en estos últimos me-

ses han dejado estas ciudades oficialmente 412 personas, la mayoría cristianos: Belén, 100; Beit Jala, 40; Beit Sahour, 272. También en este caso vale lo dicho anteriormente: otras muchas personas se han marchado sin que aparezcan como emigrantes. Todas estas personas, la mayor parte de ellos chicos jóvenes, emigran al extranjero para buscar un futuro mejor. Quedan los mayores y las personas menos capacitadas que no darán mucho vigor a la Iglesia de Tierra Santa. En esta situación penosa está surgiendo un problema, que no lo es menos: muchas chicas cristianas de esta zona de Belén tienen que buscar su futuro marido entre los jóvenes musulmanes, a sabiendas que los hijos no serán nunca cristianos. Para entender el éxodo masivo de cristianos hay que tener en cuenta que el crecimiento demográfico de la población cristiana debería ser mucho mayor de lo que es, pues, a pesar de que las familias cristianas no tienen tantos hijos como las musulmanas, tienen sin embargo una media de 3 a 4 hijos, lo cual debería suponer un crecimiento sostenido de la población cristiana. Y además no hay apenas mortalidad infantil. Por tanto, si los cristianos disminuyen en Jerusalén, Belén o Nazaret, es sobre todo a causa de la emigración. Y esto vale para las demás ciudades y pueblos cristianos de Tierra Santa.

Las causas de la emigración de los cristianos

¿Por qué emigran los cristianos de Palestina? La disminución se debe sobre todo a la situación insostenible derivada del conflicto árabe-israelí, que imposibilita el normal desarrollo de una vida digna. Faltan las condiciones elementales como la vivienda, el trabajo, la seguridad, entre otras, para creer en un futuro que merezca la pena y llevar una vida digna. La actual situación política empuja sobre todo a los cristianos a dejar el país y hay además muchas facilidades por parte de Israel para fomentar esta emigración. Las causas reales de este éxodo de cristianos, como refiere un informe de la Agencia Papal

(CNEWA) sobre «*la emigración cristiana de Palestina*», son las siguientes:

1. La casi imposibilidad de disponer de una vivienda: Sobre todo para las parejas que desean casarse, ya que los bajos salarios no permiten afrontar un gasto tan elevado para comprar una casa ni siquiera alquilarla, si es que están disponibles en Jerusalén, donde los precios de las viviendas son astronómicos. Además, Israel ha confiscado un 60 % de la tierra de los palestinos para construir asentamientos judíos, lo que impide la construcción de nuevas viviendas y, cuando el suelo existe, las autoridades ponen todas las dificultades y trabas para dar el permiso de construcción. A esto se añade otro fenómeno no menos grave: la reconstrucción o la reparación de las propias viviendas. Sólo un dato: en la zona de Belén, Beit Jala y Bet Sahour 2992 casas han sido destruidas o dañadas en estos últimos meses.

2. Falta de trabajo estable: La crisis política actual ha dejado sin trabajo a muchos cristianos y los que lo tienen han visto disminuidos sus salarios drásticamente. Según las estadísticas, el poder adquisitivo de los palestinos ha disminuido en un 65 % y sus salarios se han reducido a la mitad desde hace dos años.

3. Futuro incierto: Las arbitrariedades y restricciones del Ejército israelí, especialmente en las zonas de Belén y Ramala, y la nula presencia de los cristianos en el seno de la Autoridad Nacional Palestina (ANP), contribuye a la ausencia de perspectivas de vida para los cristianos, que desean emigrar para buscar algo mejor.

4. Peligro de perder la vida: La invasión del Ejército israelí no sólo ha ocasionado la destrucción de casas, sino que supone un riesgo para la propia vida debido a los ataques indiscriminados de la maquinaria bélica israelí. Además, sobre todo en la zona de Belén, los radicales musulmanes han usado las casas de los cristianos para atacar a los israelíes y los cristianos han sufrido

do las represalias militares. Tampoco se libran de la destrucción vandálica e impune de las propiedades por parte de los colonos y otros habitantes de los asentamientos judíos.

5. Una educación sin futuro: No hay porvenir para los profesionales y los especialistas, muchos de los cuales son cristianos con mayor nivel educativo y, especialmente los jóvenes, buscan mejores oportunidades en el exterior. Hay que resaltar la situación desastrosa en la que se encuentran las escuelas y colegios, que se han visto obligados a cerrar sus puertas durante mucho tiempo, si no siguen siendo blanco de los ataques del Ejército u ocupados por éste. Se calcula que más de 2000 estudiantes palestinos han sido heridos y 137 muertos, y la mayoría sufren problemas psicológicos. Muchos padres, al no recibir ningún salario, no tienen dinero para pagar los gastos escolares. Sólo en los dos colegios de Belén, en los que estudian 1942 alumnos –dos terceras partes de ellos cristianos y el resto musulmanes–, los franciscanos aportan cada mes una cantidad de dinero considerable para que continúen su función. El mismo problema atañe, aunque en menor medida, a los árabes cristianos que viven en Israel.

6. Falta de ayuda social: Los servicios médicos, el agua, la electricidad y demás servicios y suministros, que antes recibían de Israel, ahora han sido prácticamente cortados.

7. Crisis de identidad cristiana: Los cristianos se sienten atrapados entre los dos grandes grupos: el judaísmo y el islam, que identifican fuertemente religión y estado. Los cristianos se sienten presionados a aceptar un modelo de sociedad y de vida que no es suyo. Esto produce una tensión evidente entre musulmanes y cristianos. A menudo, los musulmanes identifican a los cristianos con una parte del sionismo y, sobre todo, con la política de los países cristianos, especialmente Estados Unidos.

8. Las pequeñas comunidades cristianas están siendo aisladas

por el Ejército israelí: No hablamos sólo de algunos centros urbanos como *Ramala*, sino de esos lugares bíblicos que eran lugares de peregrinación de miles de cristianos, tanto locales como extranjeros. Una zanja rodea desde hace más de un año toda la ciudad bíblica de *Jericó* e impide su acceso, y lo mismo sucede con *Emaús*, el lugar del encuentro de Jesús con los dos discípulos el domingo de Pascua. Dificultades enormes hacen casi imposible la entrada y la salida de *Betania*, y, a pesar de las promesas del Ejército, si eres extranjero hay que guardar largas colas y armarse de paciencia para poder entrar en *Belén*. Los palestinos que logran atravesar los puestos de control militares lo hacen a pie y soportan su personal calvario. Esperan horas bajo un sol de justicia, atraviesan escombros –a veces– bajo toda clase de insultos y sufriendo todo tipo de vejaciones. Los cristianos de estos lugares, que normalmente trabajaban en *Jerusalén*, especialmente en los centros eclesiásticos de la Ciudad Santa –escuelas, conventos, casas para peregrinos, etc.– reciben los permisos con cuentagotas y, cuando los consiguen, se pueden considerar afortunados si lo son para un mes, pues muchas veces son válidos solamente cinco días. En estas condiciones es muy difícil seguir adelante. Además, no hay posibilidad para los cristianos de estas zonas de visitar *Jerusalén* y los Santos Lugares, con el consiguiente desconocimiento de sus raíces cristianas.

9. Trabas de Israel para renovar los permisos de residencia. Es ésta una situación muy preocupante, ya que toca directamente a los responsables de las comunidades cristianas y afecta tanto a los franciscanos (quienes dirigen los principales centros cristianos) como al Patriarcado Latino o a las otras comunidades tanto católicas como ortodoxas. Las comunidades cristianas son de lengua árabe y las actividades parroquiales, educativas o de otra índole están dirigidas por religiosos de esa lengua, ya sean palestinos, árabes israelíes o de otras naciones del Medio Oriente: libaneses, jordanos, sirios o egipcios. Si hasta hace un año no había

grandes dificultades para que los árabes extranjeros recibieran la residencia temporal en Israel, ahora cada vez es más difícil y a algunos se les ha denegado el permiso de residencia. Las mismas restricciones son impuestas a los religiosos y seminaristas que cursan sus estudios eclesiásticos en *Jerusalén*. Esta situación supone un enorme peligro para el cristianismo de Tierra Santa, pues las pequeñas comunidades corren el riesgo de quedarse sin pastores. De poco valen las protestas cuando se tiene delante un muro burocrático que, a veces, es imposible superar.

Los cristianos abandonados a su suerte

¿Qué se puede hacer? Los gobiernos del Occidente cristiano, llevados por una falsa visión de la libertad religiosa y quizás por un laicismo exacerbado, no sólo no han hecho nada, sino que, con su actitud, empeoran la situación. «Nosotros no ayudamos a los cristianos –suelen decir–, ayudamos a los palestinos». Y no se dan cuenta de que la religión en Oriente es un factor importante y decisivo. Estamos ante un conflicto político, pero no hay que olvidar que este conflicto está empapado por la religión y esta tierra tan disputada por todos tiene la identidad y la connotación de una «tierra prometida». Quien posee la tierra o las casas de una ciudad o de un pueblo, sólo él tiene el poder. Por eso, en *Jerusalén* hay una carrera frenética tanto de judíos como de musulmanes por hacerse con la posesión de las casas por las que pagan sumas astronómicas que, a veces, suponen cuatro veces más de su valor real. Es una carrera política, pero es también una lucha religiosa. Los edificios que cada comunidad posee en *Jerusalén* serán un elemento muy importante en la futura discusión del «status» político y religioso de la Ciudad Santa. Al no tener en cuenta esta perspectiva, las ayudas del Occidente van a parar sobre todo a los musulmanes, que son la mayoría y detentan el poder; a los cristianos les llegan al máximo las migajas. Con la ayuda de los gobiernos del Occidente cristiano la mayoría musulmana se hace

más fuerte, dejando a un lado a la minoría cristiana, que queda aplastada viéndose obligada a emigrar. Esto no ocurre con las otras dos comunidades: la ayuda americana a Israel es evidente para todos, como también lo son los capitales que tanto los gobiernos como las sociedades de beneficencia musulmanes aportan exclusivamente a los musulmanes.

Los cristianos están siendo abandonados por todos, dejados a su propia suerte. Nadie se preocupa de ellos, al menos a nivel oficial. Y a veces hay que hablar: «*Os digo que si éstos (los niños) callan gritarán las piedras*» (Lc 19,40), respondió Jesús a los fariseos cuando entró solemnemente en Jerusalén. Y, ahora es el momento en el que no se puede estar callados, después quizás será demasiado tarde.

La construcción de casas para los cristianos, un freno a su éxodo

La vida de un cristiano en Tierra Santa nunca ha sido fácil y probablemente nunca lo será. Hay muchos condicionamientos sociales, políticos, religiosos y de otra índole que impiden la normal realización de una existencia digna para un cristiano. Hay que hacer algo para frenar esta hemorragia, este éxodo de cristianos. No basta hablar. Hay que hacer algo concreto: «*Dadles vosotros de comer*» (Lc 9,13), diría también hoy Jesús a sus discípulos. Es lo que han hecho desde siempre **los franciscanos de Tierra Santa**. Con muchas iniciativas: escuelas gratuitas, becas para estudiantes universitarios que quieran estudiar en la región, trabajo en sus centros, todo tipo de ayudas sociales (por ejemplo, durante estos dos años de «Intifada» a los obreros que trabajan en las hospederías franciscanas se les ha seguido pagando el 75 % del salario, aunque no haya peregrinos o dichos centros estén cerrados) y, sobre todo, **la construcción de casas para los cristianos**.

Esta obra social no es nueva. Se remonta al siglo xvi. Y la razón es muy sencilla: en el período en que los turcos gobernaron Palestina,

desde el 1517 hasta el 1917, *los cristianos estaban excluidos de todo trabajo remunerativo* y, en consecuencia, se encontraban en la imposibilidad de poseer o pagar el alquiler de un alojamiento. Para cualquier familia, sobre todo en Oriente, la casa es el elemento vital para la permanencia en un lugar (se puede entender así el significado de las demoliciones de casas que realiza el Ejército de Israel). Los franciscanos fueron desde el principio conscientes de la importancia de este problema y por eso comenzaron a comprar casas o a alquilarlas para poder alojar a los cristianos y que tuvieran raíces estables, especialmente en Jerusalén. Actualmente los franciscanos poseen en la Ciudad Vieja de Jerusalén, a beneficio de los cristianos, 392 *alojamientos*, de los cuales 357 son de su propiedad y 35 alquilados, con un total de 392 familias alojadas. La mayor parte de estas familias habitan gratuitamente o pagan una cantidad simbólica. En estos últimos decenios se ha trabajado mucho para modernizar estas casas.

Pero esto tampoco es suficiente. Por eso, en estos últimos años, los franciscanos han volcado gran parte de sus energías y la mayor parte de su presupuesto económico en construir nuevas casas. Así en **Beit Hanina**, al norte de Jerusalén, se han construido 42 apartamentos para otras tantas familias cristianas; en **Betania**, la ciudad de Marta, María y Lázaro, «los amigos de Jesús», viven 20 familias cristianas en otros tantos pisos construidos recientemente; en **Er-Ram**, que se encuentra entre Beit Hanina y Ramala, viven ya 18 familias en otras tantas casas construidas por los franciscanos.

Hay otros proyectos, como la construcción de 35 apartamentos en **Belén**, que está en fase de estudio muy avanzado. Pero el más ambicioso es el que ya está en marcha en **Betfagé**, junto al Santuario franciscano que recuerda el inicio de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén y donde comienza cada año la procesión del Domingo de Ramos. Es un proyecto muy ambicioso, aunque ha sido, y quizás será, muy difícil llevarlo adelante. Ha

sido difícil, pues los franciscanos han necesitado 15 años para conseguir el permiso de construcción por parte de la autoridad de Israel, superando toda clase de trabas e impedimentos burocráticos, lo cual contrasta con la facilidad con que Israel construye edificios donde y como quiere. Y será difícil por el gasto económico que ello supone. El proyecto, que tiene por nombre «Viviendas de San Francisco», está ya en marcha: se ha nivelado el terreno, se ha preparado la infraestructura y se ha comenzado la construcción de los primeros bloques. Todo el proyecto supondrá un desembolso de **más de 10 millones de dólares**.

Puede parecer extraño que los franciscanos, «hombres de la pobreza», se tengan que dedicar a estas labores empresariales, pero ellos han entendido, desde el siglo xiii en que se instalan en Tierra Santa y la Iglesia les encomienda la salvaguardia de los Santos Lugares, que éste era el modo mejor para evitar la emigración masiva de los cristianos y la consiguiente desaparición de esa presencia viva de la Iglesia. Los Santuarios que recuerdan los lugares bíblicos «por donde Jesús ha pasado» serían, sin los cristianos, simples museos.

Para realizar esta misión esencial también para todos los cristianos del mundo, los franciscanos no han contado con la ayuda de los Gobiernos que «miran a otro lugar», como sucedió durante los 38 días que duró el asedio de la Basílica de Belén. Ellos, como buenos hijos de San Francisco, han confiado, y siguen confiando, en la Providencia de Dios que mueve los corazones de las personas más sencillas, que son capaces de ayudar, aun en su pobreza, a los pobres y necesitados, conscientes de que su gesto no caerá en el vacío, pues están realizando una acción muy meritoria: *frenar el éxodo forzado de los cristianos de Tierra Santa*. Los franciscanos saben que su labor es quizás sólo una gota de agua en este inmenso océano de dificultades que es Tierra Santa, pero piensan que pueden dar a tantos cristianos «un motivo seguro de esperanza», porque es una **esperanza tangible**.

La Iglesia, fundamento de Europa

Vivía Barcelona los ecos recientes de la magna predicación del padre Lombardi y nuestra revista se hacía eco de aquella campaña que se conoció como «por un mundo mejor», aunque el insigne jesuita hablaba de un «mundo nuevo», con la novedad del Evangelio. No es difícil hacer una analogía entre aquella predicación, en la que se decía, en síntesis, que el mundo sólo tiene remedio si se vuelve hacia Cristo, siguiendo las enseñanzas de Pío XII y la llamada del papa actual a una nueva evangelización cuyo mensaje esencial es el mismo.

Nuestra revista planteaba el tema en lo nuclear y abordaba el papel teórico y práctico del pontificado en el mundo, a partir, en particular, del gran papa san León I quien –entre otras grandes actuaciones en defensa de la ortodoxia– salvó al Imperio de Occidente de las hordas de Atila.

Cuando la actual Europa está en vías de elaborar una común Constitución el debate sobre el papel de la Iglesia católica –y por tanto de la religión católica– está sobre el tapete. Es innegable lo que ha sido la Iglesia en la construcción de Europa, aunque haya tanta reticencia en reconocerlo, pero para nosotros es también evidente que

si la Iglesia fue la madre común de todos los pueblos cristianos éstos no se reconocerán hermanos más que si la siguen mirando como a su madre. Se ha hablado de una plural incidencia en la construcción de Europa sin distinguir lo que ha contribuido a edificarla de lo que ha servido más bien para cuartearla y enfrentarla. Lo que precedió a la aparición del cristianismo y era asumible por él fue justamente salvado por la Iglesia católica –y sólo por ella– frente a la barbarie. Pero una Europa descristianizada no tendrá nunca conciencia de pertenecer a una misma comunidad, porque faltará tanto lo que la hizo nacer como lo que le dio unidad, ni tendrá fuerza para enfrentarse a las amenazas no sólo posiblemente exteriores sino incluso a las mismas amenazas internas, el nefasto nacionalismo y su nueva arma: el terrorismo.

En la Iglesia hay, como decía el editorial que reproducimos del 1 de abril de 1953, un conjunto doctrinal político, económico y social capaz de resolver todos los problemas modernos. Ella habla un lenguaje asequible a todos los hombres, sea cual sea su tradición cultural, porque habla un lenguaje divino que llega al corazón de cada hombre.

El papado y la Cristiandad

Es ahora tan corriente, al referirse a los tiempos en que vivimos como a una época de crisis, subrayar su analogía con el momento histórico caracterizado como «el final del mundo antiguo» que ha venido a ser este un tema del que se ocupan no sólo historiadores y «filósofos de la cultura» sino la cotidiana literatura periodística y la conversación corriente entre personas cultas. No es preciso decir que de este modo se le ha convertido con frecuencia en tópico vacío de todo significado.

Si aludimos ahora a este tema no es porque queramos entrar en el examen de los problemas de interpretación de la historia que plantea, sino para llamar la atención de nuestros lectores sobre un aspecto del mismo de fundamental importancia práctica e íntimamente relacionado con aquello a que CRISTIANDAD

quiere dedicar su esfuerzo principal: es decir, con aquel llamamiento a los católicos para la empresa de la construcción de un mundo mejor, cuyo alcance e intento universal proclamó Pío XII en la alocución de 12 de octubre del pasado año a los hombres de la Acción Católica italiana.

En aquella alocución, el propio Pío XII aludía efectivamente a aquel paralelismo evocando la excelsa y admirable figura del pontífice León Magno, que gobernó la Iglesia hacía la mitad de aquel siglo v. Esta circunstancia nos ha llevado, en ocasión de la festividad litúrgica de aquel santo Pontífice (11 de abril) a invitar al lector a considerar la acción de un sucesor de san Pedro «grande entre los grandes» que presidió desde la cátedra romana una época de ruina y de amenaza universal.

Hemos dicho que no era un intento de investigación histórica sino una intención práctica la que nos ha impulsado a hacerlo. En efecto, ocurre a veces hoy que en los medios selectos, en las «élites» intelectuales católicas, afanosamente entregados a la búsqueda de nuevas metas y para la acción «social» de los seglares, se infiltra tal vez una tendencia que lleva a que no se reconozca al lenguaje pontificio la eficacia de adecuación a la realidad concreta de la vida contemporánea, ni se le preste por lo mismo la atención con que se sigue todo cuanto es de algún modo «actual» y adecuado a la mentalidad y a los problemas de nuestra sociedad.

Más bien llega a creerse a veces que una atención demasiado deferente a la palabra del Papa podría incluso ser un obstáculo que cortase la espontaneidad del «diálogo» y ahogase la fecundidad de la investigación.

Por este camino se ha llegado a veces también a olvidar –y no es preciso subrayar con cuánto daño para aquella misma investigación de métodos y caminos de apostolado y acción cultural y social– este hecho importantísimo: la existencia en la enseñanza de los Papas modernos de todo un cuerpo de doctrina religioso-político-social que contiene la norma y la ley de una solución cristiana de los problemas de la sociedad contemporánea. Cuerpo de doctrina que se ataca por el contrario como conjunto de «soluciones hechas», olvidando que lo que hace falta y urge precisamente es *llevarlo a la práctica en la acción* y no tanto «discutir o buscar nuevas metas u objetivos».

Ahora bien, para superar esta contraposición y como discontinuidad que en nombre de la «actualidad» y del «espíritu práctico» se quiere ver entre el pensamiento pontificio en su aspecto social y «político» y la actuación eficaz de los católicos, podría contribuir a lo que creemos un más profundo y sentido conocimiento de la historia de la Iglesia y concretamente de la función del Pontificado en la tarea secular de la creación de la unidad de la Cristiandad, en que se salvaron a la vez los más valiosos y positivos elementos de la cultura helénica y romana. No se diga que la diversidad de épocas históricas hace que de ningún modo pueda esperarse hoy algo semejante; por el contrario, aún en circunstancias tan distintas y de complejidad universal de nuestro tiempo, la construcción de un mundo mejor y la creación de un orden mundial cristiano tiene reservado en el futuro a la acción de la Iglesia y del Pontificado un vasto campo cuya naturaleza señaló definitivamente el Mensaje de Navidad de 1952.

No intentamos entrar en las breves páginas que al tema dedicamos en este número en un estudio detenido, sino sólo sugerir de alguna manera a la mente del lector los rasgos de tan decisivo momento histórico y algún ejemplo del magisterio sereno y grandioso de aquel Papa que podríamos considerar casi como el primero en el cual la majestad de la Sede romana aparece en una acción universal de influencia poderosa sobre la sociedad de todas las partes del mundo cristiano, como anuncio ya y más bien realización manifiesta del papel que iba a jugar durante los siglos de la Cristiandad.

HOMILÍA DEL PAPA SAN LEÓN MAGNO EN EL ANIVERSARIO DE SU ELECCIÓN

Cuantas veces la divina misericordia se digna renovar el día de sus celestiales dones, oh carísimos, hay justa y razonable causa de alegría; siempre que el comienzo del cargo recibido se recuerde en alabanza de su autor. Tal conducta conviene que sigan todos los sacerdotes, pero para mí principalmente es necesaria, teniendo en cuenta lo poco que valgo y la magnitud del ministerio que se me ha encomendado, viéndome obligado a proclamar aquello del profeta: *Señor, escuché tu voz y temblé, reflexioné sobre tus obras y me aterró* (Hab 3,2). ¿Hay algo más extraordinario y que cause más miedo que el trabajo fuerte al apocado, la grandeza al pequeño y la dignidad al que no se merece sobrellevarla? Mas con todo, no perdemos la esperanza ni desconfiamos, puesto que no lo esperamos de nosotros, sino de Aquel que ha obrado esto en nosotros. Y así cantaremos también el salmo de David, amados hermanos, refiriéndolo no al propio envanecimiento, sino a la gloria de Cristo, Señor nuestro: *Tú eres Pontífice ciertamente, según el orden de Melquisedec* (Ps 109,5); esto es, *no según el orden de Aarón* (Hebr 7,11), cuyo sacerdocio, transmitiéndose por la generación carnal, tuvo un destino temporal y cesó con la ley del Antiguo Testamento, sino *según el orden de Melquisedec*, en el cual se plasmó el sacerdocio del Pontífice eterno. Y en que no se haga mención de la ascendencia de sus padres, ya de por sí se colige que hace referencia a aquél, cuya generación no puede contarse. Por último, cuando este divino y misterioso sacerdocio se ejerce por ministerio humano no se propaga por el sistema de herencia, ni se tiene en cuenta la carne y la sangre, sino que cesando ya el privilegio de los patriarcas y dando de lado la lista de las tribus, la Iglesia elige para que la gobiernen a aquellos que el Espíritu Santo tiene preparados, para que en el pueblo adoptivo de Dios, que todo él es sacerdotal y real, no se alcance la unción por prerrogativa de origen terreno, sino por voluntad de la gracia celestial se hagan los preladados.

CONTRAPORTADA

El confesor debe referir la enseñanza auténtica de la Iglesia

Juan Pablo II a la Penitenciaría Apostólica

Deseo considerar en particular la relación privilegiada que existe entre el sacerdocio y el sacramento de la Reconciliación, que el presbítero debe recibir ante todo con fe y humildad, además de hacerlo con frecuencia por convicción. En efecto, con respecto a los eclesiásticos, el concilio Vaticano II enseña: «Los ministros de la gracia sacramental se unen íntimamente a Cristo, salvador y pastor, por medio de la fructuosa recepción de los sacramentos, sobre todo por la confesión sacramental frecuente, ya que, preparado con el examen de conciencia diario, favorece muchísimo la necesaria conversión del corazón al amor del Padre de las misericordias» (*Presbyterorum ordinis*, 18; *Código de derecho canónico*, c. 276, 2, 5º y, análogamente, *Código de cánones de las Iglesias orientales*, c. 369, 1).

Al valor intrínseco del sacramento de la Penitencia, en cuanto recibido por el sacerdote como penitente, se añade su eficacia ascética como ocasión de examen de sí mismo y, por tanto, de verificación, gozosa o dolorosa, del propio nivel de fidelidad a las promesas. Además, es un momento inefable de «experiencia» de la caridad eterna que el Señor siente por cada uno de nosotros en su singularidad irrepetible; es desahogo de desilusiones y amarguras, que tal vez nos han infligido injustamente; y es bálsamo consolador para las múltiples formas de sufrimiento que caracterizan la vida.

Asimismo, en cuanto ministro del sacramento de la Penitencia, el sacerdote, consciente del valioso don de gracia puesto en sus manos, debe ofrecer a los fieles la caridad de la acogida solícita, sin escatimar su tiempo, y sin aspereza o frialdad en su trato. A la vez, debe practicar la caridad, más aún, la justicia, al referir, sin variantes ideológicas y sin rebajas arbitrarias, la enseñanza auténtica de la Iglesia, rechazando las profanas *vocum novitates*, con respecto a sus problemas

En particular, deseo llamar aquí vuestra atención hacia la necesaria adhesión al Magisterio de la Iglesia sobre los complejos problemas que se plantean en el campo bioético y sobre la normativa moral y canónica en el ámbito matrimonial. En mi carta dirigida a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 2002 observé: «A veces sucede que los fieles, a propósito de ciertas cuestiones éticas de actualidad, salen de la confesión con ideas bastante confusas, en parte porque «tampoco encuentran en los confesores la misma línea de juicio». En realidad, quienes ejercen en nombre de Dios y de la Iglesia este delicado ministerio tienen el preciso deber de no cultivar, y menos aún manifestar en el momento de la confesión, valoraciones personales no conformes con lo que la Iglesia enseña y proclama. «No se puede confundir con el amor el faltar a la verdad por un mal entendido sentido de comprensión»» (Carta a los sacerdotes, 17 de marzo de 2002, n. 10: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 22 de marzo de 2002, p. 9).